



*No te separes
de mí*

A.C. McAllister

No te separes de mí

A.C. McAllister

Corrección: Ayla Adams

Maquetación y diseño de cubierta: A.C. McAllister

Cuando Estela pierde su beca para estudiar Bellas Artes en París, todo su mundo se viene abajo. De repente la ciudad se hace tan grande y tan inhóspita como imposibles de acabar sus lienzos. Por si fuera poco, el enigmático señor Frost no deja de cruzarse en su vida, haciendo que dude de su propia cordura.

Adentrándose en una maraña de conspiraciones, ladrones de arte y criminales internacionales, lo que antes consideraba importante comenzará a desvanecerse.

1

Cuando alzó la vista por encima del lienzo, Estela se encontró con unos ojos de color azul grisáceo mirándola. Normalmente no llevaba bien la curiosidad de los visitantes del museo, a veces demasiado indiscretos y descarados. Los turistas que se dejaban caer hasta la tercera planta del museo Lemprière, en busca de una foto más para su Instagram, solían rodearla, estudiándola como si se tratase de una pieza viviente de la exposición. Así era difícil concentrarse en la pintura. Al menos eso se decía a modo de excusa cuando la inspiración la abandonaba o el pulso flaqueaba y el pincel no acababa donde ella quería. Pero el dueño de aquellos ojos azules transmitía una sensación diferente. Su mirada parecía sonreír, y cuando pudo verle más de cerca, la expresión de su rostro se lo confirmó.

—Perdone que la interrumpa, pero quería decirle que me gusta mucho su trabajo —dijo el desconocido, con franca naturalidad.

—Se lo agradezco, pero aún no está terminado —respondió ella, indecisa sobre cómo tomarse el cumplido, le costaba estar conforme con lo que hacía.

El hombre avanzó hasta ponerse junto a ella y estudió el retrato que estaba copiando. Estela tuvo unos instantes para observarle con discreción. Vestía de forma sobria y elegante, con un traje y un abrigo oscuros, y llevaba varios libros, libretas y papeles enrollados bajo el brazo. Daba la impresión de ser un profesor de universidad muy ocupado o un bibliotecario en sus horas libres, aunque era joven en realidad, con el pelo peinado a un lado y un mechón rebelde que apartaba de su frente de cuando en cuando. Su forma de comportarse también era algo poco habitual. Había recibido alabanzas de otros, pero reconocía enseguida cuándo eran palabras superficiales, dirigidas más a entablar conversación y tratar de engatusarla para salir después. El

recién llegado recorría las pinceladas de su cuadro, como si lo evaluase mentalmente. De forma demasiado profunda para ser un simple aficionado.

—¿Es usted pintor? —dijo ella, al fin.

—Lo fui, pero no tengo la constancia necesaria... los pinceles me frustran demasiado rápido —rio—. Si no hacen lo que tengo en la cabeza acabo por querer romperlos y tirarlo todo a la basura.

—Le entiendo perfectamente —respondió Estela, reconociendo aquella sensación.

—Ahora vendo antigüedades, a veces las restauro. Es lo más cerca del arte que me permito estar.

—Además de venir al museo.

—Además de venir aquí, sí —asintió él, con una nueva sonrisa—. El Lemprière es muy tranquilo, casi nadie lo conoce, solo aparece como un apunte al pie en las guías de viaje o en los libros especializados. También lo recomiendan algunos profesores. ¿Es usted estudiante de arte?

—¿Se nota mucho?

—No tanto, no. Pero ha elegido un retrato particular como modelo, del barroco holandés. Quizá ahora no esté tan de moda, pero hace un tiempo era el preferido en Bellas Artes —su tono se volvió ensimismado—. El uso del color y la delicadeza de los rasgos es fascinante. Me gusta pensar que hay un secreto detrás de cada figura.

—Me alegro de que piense así, pensaba que era la única que lo veía de esa forma —le gustó la descripción, ella adoraba esa obra y no dejaba de preguntarse por la vida de la modelo. Había imaginado infinidad de historias para ella—. Mis compañeros son más de arte moderno.

—No saben lo que se pierden —dijo él con un gesto cómplice. Se volvió y le tendió la mano—. Ante todo, resolvamos las formalidades. Me llamo William Frost, encantado de conocerla, señorita...

—Estela —completó ella estrechando su mano. La palma mezclaba suavidad con cierta dureza, como si tras aquella fachada elegante hubiese un pasado más difícil, de trabajo duro—. Estela Darmon. Lo mismo digo. No es usted francés, debería haberlo imaginado.

—¿Por qué lo dice? —inquirió él con una chispa levemente curiosa en sus

pupilas.

—Ha preferido darme la mano antes que la eterna sucesión de besos.

—Me educaron para ser más discreto, no tan... efusivo. Aunque hay costumbres a las que no está mal adaptarse.

Ambos sonrieron y tras unos segundos en silencio, él hizo ademán de volverse en dirección a la puerta.

—No quiero interrumpirla más. Espero poder ver cómo avanza su retrato en otra ocasión, señorita Darmon —dijo con una leve inclinación de cabeza hacia su lienzo—. Que su pincel vaya siempre donde desee.

—Gracias, ojalá su deseo se cumpla, señor Frost.

Con una nueva sonrisa, el hombre se volvió y se alejó hacia la salida. Cuando desapareció, Estela se dio cuenta de que conocerle había causado el efecto contrario: ahora le resultaba mucho más difícil retomar lo que estaba haciendo. Suspiró y se forzó a volver hacia su paleta de colores y a lo mucho que quedaba todavía por hacer. Dar vida a aquel rostro, uno que alguien ya había inmortalizado hacía cientos de años mucho mejor que ella.

Los primeros focos comenzaron a bajar, anunciando que el museo cerraba, y Estela parpadeó ligeramente confusa. Las horas habían pasado volando, la resistencia inicial había dado paso a casi un estado de trance. No sabía si por las palabras del desconocido de ojos azules o por su propia terquedad. No se resignaba a dejar inacabado el lienzo, debía hacer justicia a la joven holandesa que retrataba, aunque fuese a su manera torpe y poco fluida. Podría justificarse diciendo que estaba en primero de carrera y no se esperaba tanto de ella, pero no le gustaba poner excusas. Se suponía que aquella era su vocación y debía demostrarlo. Cerró su caballete y bajó con su mochila llena hasta los topes a la primera planta. Los guardias la saludaron familiarmente al verla pasar y al cruzar las dobles puertas acristaladas, la recibió el bullicio tardío de la Ciudad de la Luz.

Mudarse a París para estudiar arte había sido una decisión traumática para ella, pero más aún para su familia. Su madre nunca se había planteado que fuese a hacer algo tan inapropiado, y su padre directamente la había tildado de loca e irresponsable. Su futuro, según él, estaba en la carrera de Derecho y en

el bufete que llevaba los apellidos familiares. Quizá eso mismo, la idea de llevar sus apellidos como una cadena al cuello durante toda la vida, la habían empujado aún en otra dirección. París y Bellas Artes estaban muy lejos, tanto geográfica como mentalmente, de su vida anterior.

Sin embargo la rebeldía tenía un precio, pensó mientras caminaba en dirección a la pensión donde alquilaba una habitación diminuta. Sus padres habían dejado claro que aquella “locura transitoria” tendría que costearla de su bolsillo, quizá confiando en que la falta de medios la dejaran en tierra antes de poder siquiera hacer despegar sus sueños. Sin embargo había estado ahorrando durante más tiempo del que ellos podían imaginar, y su futuro en el extranjero, por lo menos durante aquel primer año, era muy posible. Después tendría que plantearse buscar un trabajo de camarera o dar clases particulares, pero de momento prefería centrarse en sus estudios. Si se distraía nada más llegar, podía ponerlo todo en peligro. Y no les daría la satisfacción de verla regresar con la cabeza gacha, ni de llamar pidiendo ayuda para llegar a fin de mes, que era justo lo que estaban esperando.

Su madre había insinuado esa posibilidad, varias semanas después de su llegada, cuando su determinación había quedado clara. Su disgusto inicial había dado paso a una reacia aceptación, y después a genuina preocupación. ¿En serio iba a vivir un año, o varios, en otro país? ¿A miles de kilómetros? Le había preguntado si necesitaba algo, dispuesta a enviarle dinero, estaba segura, aunque fuese en contra de las órdenes expresas de su padre. Pero ella no quería hacer las cosas así. Si quería apoyarla, que fuese defendiendo su vocación a las claras, delante de él. No creía que hiciese nada malo, así que no quería que nadie tuviese que actuar a escondidas por ella.

—Él solo quiere lo mejor para ti... —había argumentado su madre, en su enésimo intento de reconciliarles.

—Quiere que se hagan las cosas a su manera y que cada uno de nosotros interprete el papel que nos ha asignado. Pero yo no voy a pasarme la vida como un trofeo más que exhibir en las fiestas del bufete.

Estaba segura de que su madre no le trasladaría sus palabras literalmente a su padre, pero tampoco importaba demasiado. La ofensa para él era demasiado grande y sabía que no tenía intención de volver a dirigirle la

palabra, salvo que ella se disculpase y acatase sus deseos, algo que no iba a ocurrir. Con el tiempo había preguntado cómo estaba, pero no sabía si se trataba de un interés real o solo deseaba constatar si su profecía de que aquel capricho acabaría mal se estaba cumpliendo. Realmente ya no le importaba, tenía demasiado en qué pensar.

Al entrar en su barrio tuvo un recordatorio inmediato de lo precario de su situación. No podía pagarse un alojamiento cerca de la facultad, así que había tenido que elegir una pensión en la periferia. Abundaban los edificios viejos, con portales oscuros en los que se reunían personas de ocupaciones dudosas. Se había acostumbrado a que la observasen al pasar como si se tratase de una presa, un pez inocente en un estanque con tiburones. Se decía a sí misma que lo de toda esa gente solo era una fachada para intimidar y procuraba no apretar el paso y demostrar sus dudas.

En la puerta de su edificio, sin embargo, no había nadie con mala pinta. Los dueños de la pensión, Flora y André Fantin, no habrían permitido que elementos de ese tipo se reuniesen allí. Sin embargo no podían evitar que los hijos de los inquilinos, la mayoría quinceañeros aspirantes a raperos con demasiado tiempo libre, se agolpasen en las escaleras, retándose mutuamente a decirle algo mientras pasaba.

—Hola, Estela ¿quieres algo bueno y rico para pintar? —dijo uno agarrándose el paquete mientras ella subía, esquivándoles como podía, peldaño a peldaño.

El resto se echaron a reír coreando la ocurrencia.

—Me he dejado la lupa en clase, lo siento, tendrá que ser otro día —respondió ella, superando al último y subiendo sin detenerse hacia el último piso.

Las carcajadas de los chavales seguidas de las quejas del ofendido resonaron en el hueco de las escaleras, quedándose atrás con rapidez. No había sido tan malo esta vez. En ocasiones se topaba con chicos más mayores que proponían cosas peores y no se tomaban tan bien las negativas. Ahí tenía que usar toda su persuasión para escapar. Deseó con todas sus fuerzas poder pagarse un sitio mejor, a pesar de lo buenos que habían sido con ella los Fantin.

Flora y André eran de las mejores personas que había conocido. Alquilaban habitaciones a familias inmigrantes, trabajadores de paso y gente con pocos recursos. Lo hacían recordando la situación en que ellos mismos habían llegado a París, casi sin nada en la maleta, dependiendo de la buena voluntad de los extraños. Tras años muy difíciles, ahora podían prestar su ayuda a otros. En cuanto se enteraron de su historia, accedieron a alquilarle una habitación, en unas condiciones inmejorables.

Mientras introducía la llave en la cerradura, pensó en lo bohemio que sonaba decir que vivía en una pequeña buhardilla de París. La realidad era que sus cosas se apiñaban en un cuarto de techo bajo e inclinado, con el espacio justo para una mesa de trabajo, una cama y, por suerte, un baño propio. El armario empotrado era más bien un viejo escobero reconvertido. “Íntimo y recogido”, pensó con una leve sonrisa irónica. Sería lo que habría dicho un hipotético anuncio de una agencia inmobiliaria. Un rinconcito con encanto. Solo una cosa destacaba sobre todo lo demás y compensaba las estrecheces: la terraza.

Dejando sus cosas sobre la cama, abrió la ventana y se encaramó a la precaria escalerita que daba al exterior. Dudaba de que el constructor original hubiese concebido el espacio hasta el borde del tejado como un lugar para relajarse, pero los Fantin o alguno de los inquilinos originales había descubierto sus posibilidades. Una pequeña mesita y dos sillas en las que reclinarsen convertían el lugar en el mejor mirador sobre las azoteas de París. Si algo mantenía su cordura tras los interminables días de estrés, era poder salir allí y perderse con la mirada en el horizonte.

Mientras se acomodaba, una figura pequeña y peluda saltó desde una de las cornisas y se acercó a ella con parsimonia. Era Iska, el gato blanco que la había adoptado cuando se instaló. Había aparecido el primer día tras su mudanza y se había colado en su cuarto para curiosear. Tras asomarse a todas sus cajas y frotarse contra sus piernas, se había marchado con la misma indiferencia, como si su labor allí hubiese concluido al marcarla como de su propiedad. Había preguntado a los dueños, que se habían encogido de hombros. No era suyo. Le puso el nombre por un cuento que leía de niña, sin saber si volvería. Pero lo hizo, y sus visitas siempre la hacían sonreír.

Estirándose para alcanzarlo, acarició su cuello hasta que comenzó a ronronear.

Sus ojos volvieron a los tejados de color azul grisáceo. Como los ojos de William Frost, pensó. Se habían presentado, así que ya no era un desconocido, estrictamente. Había resultado muy agradable, no podía negarlo. Hacía bastante que no tenía una charla sobre arte con nadie que no fuese de su facultad, o que no tuviese segundas intenciones. Su sexto sentido solía advertirle sobre esos, que ni siquiera miraban su trabajo, solo su escote. Era desesperante. Salvo por su mejor amiga, su existencia allí se había vuelto bastante solitaria. Quizá había sido por voluntad propia, tuvo que reconocer. Los desengaños de los primeros meses la habían vuelto más suspicaz y habían hecho que se volcase en los estudios. Para cuando había querido darse cuenta, su vida social casi había desaparecido, y no sabía si lamentarlo o no. ¿Se sentía aislada a veces? Sí, para qué negarlo. ¿Sería por eso que aquella breve charla con un amable —y guapo— restaurador alto y moreno se había fijado en su cabeza? Puede. De lo que estaba segura era de que le apetecía volver a verle.

2

La mañana siguiente se encontró tumbada en la cama, sin saber muy bien cómo o cuándo había decidido acostarse. Todavía llevaba la ropa del día anterior y junto a su mano tenía una libreta de dibujo. La levantó para mirarla y encontró un boceto, mejor de lo que esperaba, de William Frost. Recordaba vagamente haber pensado en dibujarle, pero no llegar a hacerlo. En los últimos instantes, antes de que el sueño la venciese, parecía que se había decidido. Los ojos que la observaban desde el papel no le hacían justicia, pero eran una aceptable aproximación. Con un suspiro dejó el cuaderno a un lado y miró el reloj. Al ver la posición de las manecillas pegó un bote. Llegaba tarde... ¡de nuevo!

Diez minutos más tarde corría escaleras abajo, como tantas otras veces, demasiadas ya. Su afición por quedarse despierta hasta tarde no dejaba de pasarle factura. Por suerte el siguiente autobús hacia su facultad no había pasado aún y pudo alcanzarlo en el último momento. Sin aliento, se agarró a la barra y cruzó los dedos para que el tráfico no les retrasase.

Al acercarse a su parada, vio una figura familiar, una chica vestida de negro que no paraba de consultar el móvil mientras miraba en su dirección con cara de enfado.

—¿Voy a tener que regalarte un despertador? —dijo Monique, era su mejor amiga y su ángel de la guarda.

Monique no había sido la primera persona que había conocido al llegar a la facultad, pero sí la primera que no la había tratado con condescendencia o con mal disimulado desagrado, ya fuese por ser nueva, extranjera o simplemente por existir. Esa semana llevaba su largo pelo negro con las puntas teñidas de azul. Ya había renunciado a adivinar el estilo con el que se presentaría de un día para otro, solo su ropa rota y desgastada era una

constante. No tuvo tiempo de hacer ningún comentario sobre el cambio, los segundos pasaban a toda velocidad.

—Lo siento... —respondió avergonzada, mientras subían apresuradamente las escaleras.

Los timbres ya estaban sonando y los alumnos se distribuían en un baile frenético por las diferentes aulas. La suya quedaba en la primera planta, así que ascendieron por los peldaños de la escalinata de mármol de dos en dos y entraron atropelladamente antes de que la puerta se cerrase.

—Me alegro de que hayan decidido acompañarnos, a pesar de sus importantes compromisos —dijo con sorna el profesor Parmentier, apoyado en su mesa y observándolas con desaprobarción.

—Disculpe, profesor —dijeron ambas casi al unísono, dirigiéndose con rapidez al fondo de la clase, mientras sus compañeros las observaban sin atreverse siquiera a sonreír. Todos se habían visto en algún momento en su misma situación y el profesor no era una persona con la que hacer bromas.

—La hora de entrada es la misma todos los días —continuó el hombre, quien a pesar de su delgada figura resultaba imponente y amenazador, aparentando medir más de dos metros en ese momento—. Hagan algo mejor que disculparse, tatúensela en la frente y no la olviden. Sus excusas no me valen de nada.

Se instauró un tenso silencio en el semicírculo de caballetes de dibujo, roto solo por el pasar del papel para bocetos y la apertura de cajas de carboncillos. Incluso esas interrupciones hacían estremecerse en su sitio a los que las provocaban sin pretenderlo. Parmentier les recorrió con la mirada una última vez, a punto de bufar con desdén, pero pareció decidir que no merecía la pena y se volvió hacia la pizarra, dispuesto a empezar la lección. En ese momento, la manija de la puerta se movió y esta se abrió. Un chico de pelo castaño y barba de unos días entró despreocupadamente, cerrando de un golpe y ajustándose su bandolera antes de echar un vistazo y elegir a qué punto del aula dirigirse.

—Será una broma, señor Clancey... —comenzó a decir el profesor, con su rostro encendiéndose de indignación.

—Perdone, profesor. Estaba reunido con el director —respondió el recién

llegado como única disculpa. Tenía suerte, era la única que Parmentier aceptaría, aunque a regañadientes. Solo el director y el subdirector estaban por encima de los profesores en cuanto a potestad sobre los alumnos y sus horarios. Si ellos querían podían paralizar el colegio entero.

Con paso decidido, el joven buscó un caballete libre tras el de Estela y Monique y dejó sus cosas en el suelo. Parmentier pareció a punto de decir algo, pero se limitó a apretar la tiza entre sus dedos, provocando un sonoro chasquido. Si hubiese podido, seguro que habría estrangulado a más de la mitad de la clase, quizá a toda ella, empezando primero por Ryan Clancey. Ese chico descarado... que por desgracia era el exnovio de Estela. O algo así, pensó ella.

La clase comenzó al fin, una de las amenas, por suerte. Parmentier podía ser estricto, pero era un artista excepcional, formado con los mejores del Europa, y un profesor que realmente se preocupaba por lo que enseñaba. A pesar de haber dibujado desde niña, Estela se había sentido muy torpe e ignorante al empezar las clases con él. Pero nunca había recibido un reproche de su parte, solo cuando se rendía y dejaba de intentarlo, o cuando flaqueaba y optaba por las soluciones más fáciles.

—Estela... ¿tienes algo que hacer el jueves por la noche? —dijo Ryan tras ella, en lo que él imaginaba que era un susurro.

Estaban en los minutos que Parmentier les dejaba para practicar lo que acababa de enseñarles, un momento algo más relajado y distendido, pero en el que tampoco estaba permitido hablar.

—Ryan, cállate y dibuja —le soltó Monique, volviéndose lo justo para lanzarle una mirada furiosa.

No era ningún secreto que el chico y ella no se tragaban, algo que se había originado mucho antes de que Estela y él saliesen juntos. No había un motivo concreto para su enemistad, ninguno de los dos había sabido explicárselo, si acaso su evidente incompatibilidad. Ambos eran como el día y la noche, a pesar de venir de familias acomodadas y haber crecido en ambientes parecidos. Sin embargo todo lo que había convertido a Monique en una persona alegre, abierta y amistosa, a él le había vuelto distante y a menudo directamente esnob. Ahora era capaz de ver todos sus defectos, pero antes su

encanto y su sonrisa habían eclipsado todo lo demás, hasta que ya había sido tarde.

—Inauguran una galería nueva, *La Saison Rouge* —continuó él, haciendo como si no hubiese oído la advertencia de la morena—. Si te apetece puedo pasarme a buscarte y vamos juntos...

La facilidad con la que Ryan hacía planes que la incluían seguía sorprendiéndola. Hacía semanas que habían roto pero parecía que la nueva situación no había calado en su mente. Quizá no estaba acostumbrado a las negativas. A juzgar por cómo le trataba todo el mundo allí, como si fuese el heredero de un pequeño país, imaginaba que estaba en lo cierto. Lo de su cita con el director no había sido un farol, estaba segura. Los Clancey tenían trato preferente en la facultad y en los despachos más importantes de París, gracias a la fortuna familiar y a sus generosas donaciones a instituciones y partidos políticos.

—Ya tengo planes —respondió Estela, susurrando—. Y aunque no los tuviese no iría contigo. Ahora dibuja, por favor. No quiero que me echen por tu culpa.

—¿Planes, un jueves? Si te pasas los días estudiando o pintando. Venga, lo pasaremos bien...

—¿Interrumpo su reunión social? —dijo la cortante voz del profesor Parmentier, poniéndose a su altura como salido de la nada.

—No, profesor —se apresuró a decir Estela.

Ryan permaneció callado, como si aquello no fuese con él. Cualquiera consecuencia de sus actos parecía rebotar contra su sonriente fachada, como ya era habitual. Estela y Monique parecieron encoger, avergonzadas, aunque la culpa no fuese suya.

—Me alegro. Recuerden para qué están aquí. Todos —dijo el hombre, lanzando una significativa mirada hacia Ryan—. Señorita Darmon, quédese un momento al terminar la clase, tengo que hablar con usted.

Cuando se hubo alejado, Estela intercambió una mirada con su compañera. Normalmente aquello no significaba nada bueno. Los siguientes minutos transcurrieron imaginando las mil formas en que podría vengarse de su exnovio. Él se marcharía sin más, mientras ella se ganaba una buena

reprimenda de Parmentier, si no algo peor. No era de extrañar que ninguno de sus dibujos estuviese saliendo como debía. Apretó el carboncillo y trató de relajarse, tomando aire profundamente. Sus gestos trazaron las líneas maestras de un rostro, una nariz, unos ojos. El boceto se completó con rapidez, la expresión ya familiar en su recuerdo de William surgió, solo un apunte esta vez, no tan detallado como el de su cuaderno. Aun así había logrado captar otro fragmento de ese recuerdo y alejar por un momento el estrés.

—Oye, ¿quién es ese? —le dijo Monique lanzando una mirada curiosa y apreciativa al bosquejo.

—Nadie. Alguien que conocí ayer —respondió Estela, percatándose de lo que había hecho.

—Pues ya podías presentármelo —su amiga rio entre dientes.

—¿De quién habláis? —intervino Ryan, asomándose entre los caballetes para mirar el retrato.

Ignorando su pregunta, Estela dio la vuelta al papel para comenzar una hoja nueva. No quería dar explicaciones en aquel momento, y mucho menos a él. Sabiéndose fuera de la conversación, algo que le fastidiaba sobremanera, el chico desapareció y no volvió a dirigirles la palabra. Era muy fácil adivinar sus temas de interés: todo lo que girase en torno a él. Lo que se salía de ese escaso campo le provocaba indiferencia o directamente le molestaba. Era algo que ella había aprendido tras quedar con él varias veces y ver cómo sus conversaciones seguían siempre el mismo patrón, ella hablando de las cosas que le preocupaban o le entusiasmaban y él fingiendo seguir el hilo hasta que era evidente que lo hacía de manera mecánica, por complacerla. En unos minutos lo habría olvidado todo.

La clase acabó y sus compañeros recogieron apresuradamente para dirigirse a la siguiente, o más bien para escapar de la inquisitiva mirada de águila de su profesor. Mientras se acercaban a su mesa, Monique apretó la mano de Estela afectuosamente, como para darle ánimos, y le hizo señas indicando que la esperaría en el pasillo. Ryan se puso a su altura, inclinándose para hablarle al oído, rodeando su cintura con su brazo.

—Te veo en la cafetería luego, ¿vale?

Ella se zafó, incómoda, y se volvió hacia Parmentier, que observó con los

labios apretados y un brillo duro en los ojos cómo el chico se alejaba. Al volverse hacia Estela, sin embargo, su expresión se dulcificó, algo que a ella le sorprendió un poco.

—Siéntese, señorita Darmon. Creo que no hemos tenido oportunidad de hablar de su futuro desde que está en mi clase, ¿verdad? —dijo el hombre, acercándole una silla y apoyándose el mismo en su escritorio. La observó con atención, con los brazos cruzados, pero ni en su tono ni en su lenguaje corporal parecía haber nada del reproche que ella esperaba.

—He ido a varias de sus tutorías pero solo hemos hablado de trabajos y exámenes —respondió ella, confusa respecto a dónde se dirigía aquella conversación.

—*Mademoiselle* Darmon, voy a serle sincero, creo que tiene usted talento, y sobre todo voluntad y constancia. Me he enterado de su situación, se ha mudado a París usted sola para estudiar Bellas Artes. Es un gran paso, podríamos decir, lanzarse de cabeza tras una vocación, ¿no?

—Sí, esto es lo único que quiero hacer. Estoy segura.

—Se nota en sus trabajos... hay pasión, y mucho potencial, la mayoría de sus compañeros no saben aún qué expresar en sus lienzos y usted a menudo sobrepasa los límites. Le gusta experimentar, no está aquí porque considere esto una carrera “bonita” o “bohemia”, ¿verdad? —enfaticó las dos palabras—. Usted lo siente de verdad.

—Supongo que sí. Pinto desde pequeña y siempre ha sido lo que más me ha llenado...

—No la voy a engañar, está lejos aún de ser una profesional, le quedan años por delante hasta que madure y su estilo se forme. Pero la posibilidad está ahí. Por eso quería avisarla.

—¿Avisarme de qué? —Estela no pudo evitar abrir los ojos como platos por la sorpresa. Su profesor no parecía dado a malgastar el tiempo con bromas.

—Las cosas son difíciles aquí, hay mucha competitividad y por desgracia mucha política —continuó Parmentier, de manera enigmática—. Me gustaría que me prometiese que hará lo posible por seguir aferrándose su vocación, aunque las cosas se pongan difíciles.

—No le entiendo, profesor. ¿Es por lo que ha pasado con Ryan? ¿Van a amonestarme?

—El señor Clancey es un tonto con ínfulas, sabe coger los lápices lo justo para que el resto de los profesores tengan una excusa para besarle el culo.

La expresión, tan inesperada en los labios del formal profesor de dibujo, hizo que a Estela se le escapase una pequeña risa, rompiendo la tensión que la atenazaba. Suspiró y trató de ordenar todo lo que el hombre le había dicho.

—Si no es por él, ¿de qué tengo que preocuparme?

—No puedo decirle más —su profesor meneó la cabeza con resignación, como si tuviese las manos atadas—, pero llegado el momento, venga a hablar conmigo si lo necesita. Como dije antes, recuerde por qué está aquí. Ahora puede irse.

Con paso lento y meditabundo, Estela salió al pasillo. Tenía la mirada perdida, sumida en sus pensamientos, tratando de adivinar sobre qué dificultades había tratado de advertirla Parmentier de forma tan críptica. ¿Y por qué no podía decírselo sin más? Le gustaban los misterios, pero no cuando tenían que ver con su futuro, la ponían nerviosa. Una cosa más que sumar a su lista de preocupaciones diaria.

—Chica, estás ida —dijo Monique mirándola con el ceño fruncido—. ¿Tan grave ha sido? ¿Te han dado un aviso?

—No, ha sido otra cosa. Pero aún no sé muy bien qué —respondió ella, frunciendo el ceño.

—Sea lo que sea, seguro que se pasa con algo de chocolate. Vamos a la cafetería, me muero de hambre.

—¿Y la siguiente clase?

—Se ha retrasado, tenemos tiempo.

Dejó que su amiga tirase de ella hacia allí. Los dulces eran la perdición de Monique, cuando no estaba comiendo gominolas sacaba un paquete de galletas de su bolso y se ponía a engullirlas a pedacitos, como una niña pequeña. El chocolate, por encima de todo, era una droga para ella. No sabía cómo se mantenía delgada, quizá porque el azúcar servía de combustible para su expansiva personalidad.

Cuando cruzaron las puertas dobles del bullicioso recinto, Estela recordó lo que le había dicho Ryan. Reculó ligeramente, no quería encontrarse con él, o que tuviese la impresión de que había ido allí a propósito para verle. Sabía que era una estupidez y odiaba que condicionase de aquella forma su forma de pensar y actuar. Pasar página en su relación estaba siendo verdaderamente agónico. Estaba deseando que llegase el día en que no se encontrase con sus mensajes en el móvil o sus incansables insinuaciones en clase o por los pasillos.

—Ryan me dijo que quería que nos viésemos aquí —le advirtió a su amiga.

—Le vi salir de la facultad, si vuelve será más tarde. No te preocupes, pido algo y nos vamos.

Monique se puso a la cola del mostrador, mirando con gula los bollos recién hechos. Si se le agotaban las ideas para su cumpleaños, sabía que la haría feliz regalándole una bandeja de pasteles, sin más.

—Sabes, quizá no sería mala idea ir a esa inauguración... —dejó caer su amiga como si tal cosa, mirando para otra parte con fingida despreocupación.

Conocía ese gesto, algo había estado maquinando, pero sin atreverse a decírselo por temor a su reacción.

—¿A *La Saison Rouge*? ¿No queda un poco fuera de nuestras posibilidades?

—¡Por eso mismo tenemos que empezar a movernos ya! Esas fiestas son el primer paso para hacernos un nombre —respondió Monique enfáticamente, como si fuese lo más obvio del mundo.

—Me parece una locura, además no me apetece cruzarme con quien tú ya sabes...

—Me imaginaba que os encontraría aquí —dijo entonces una voz femenina, marcada con un ligero tono burlón.

Al volverse, Estela se encontró con el rostro pecoso y perfectamente maquillado de Gina Ceccarelli. Como ella, era una estudiante de primer curso, pero ahí acababa las similitudes. Italiana, segura de sí misma y siempre dispuesta a demostrarlo, por lo que decían era hija de un empresario automovilístico de Milán. Su padre estaba encantado de que su hija favorita

hiciese algo más que codearse con aspirantes a futbolistas y cazafortunas. En la facultad siempre la seguía un coro de chicos y chicas nuevo, dispuestos a adularla y a reír sus gracias. Para ser justa con la italiana, había visto su trabajo y tenía que reconocer que era muy buena. Quizá algo fría en sus obras, apegada a lo que sus profesores de arte le habían enseñado desde pequeña, pero envidiaba la precisión que tenía en todo lo que hacía. No había simpatía entre ellas, sin embargo. El motivo era que Gina no soportaba a nadie que se interpusiese en lo que ella quería.

—Me han dicho que Ryan y tú habéis vuelto —dijo, mirando a Estela fijamente, como si tratase de encontrar cualquier fallo o punto débil en sus explicaciones.

—No es verdad —respondió de inmediato, antes siquiera de plantearse quién querría propagar algo así... aparte de su propio exnovio—. Da igual lo que te hayan contado.

—¿No estabais muy acaramelados en clase de dibujo?

—Le tenía colgado de mi hombro, como siempre —bufó ella, las noticias volaban allí—. Pero tranquila, no me planteo volver con él ni en un millón de años.

—Me alegro. Ryan y yo tenemos planes y no quiero que haya malentendidos —dijo Gina, sonriendo ligeramente, algo que la hacía parecer aún más peligrosa.

—¿Y él sabe eso? —dijo Monique, volviéndose hacia ambas con un *croissant* relleno en una mano y gesto de felicidad. Le dio un mordisco mientras esperaba la respuesta.

—Lo sabe todo el mundo, por eso quería aclararlo.

—Entonces haz que se enteren también los que van esparciendo esos rumores sobre nosotros —añadió Estela, mirando por encima del hombro de Gina hacia las dos chicas que la acompañaban. Al menos una de ellas estaba en la clase de Parmentier.

—Tranquila, lo haré. Pasadlo bien —dijo Gina con otra sonrisa de tiburón a modo de despedida, antes de darse la vuelta y alejarse en busca de una mesa, rodeada por su séquito.

Monique dio otro mordisco a su bollo y gruñó por lo bajo, sacudiendo la

cabeza.

—No sé cómo la aguantas.

—En el fondo no es tan mala como parece.

—Parece que te apuñalaría por la espalda si pudiese, así de mala —
sentenció su amiga—. ¿Vamos a clase?

—¿Pero no se había aplazado?

La morena sonrió y encogió los hombros como si la hubiesen pillado haciendo una travesura.

—Eso... puede que no fuese del todo cierto.

No tuvo tiempo de reñir a Monique por engañarla. Tras correr hasta quedarse sin aliento por los pasillos para llegar a su aula, esperando que realmente el profesor hubiese llegado tarde, se toparon con uno de los bedeles delante de la puerta. Los alumnos que apuraban los últimos segundos antes de entrar la señalaron al verla llegar y el hombre se acercó a ella, entregándole un papel doblado.

—¿Estela Darmon? El subdirector quiere verla.

Lanzando una mirada a su amiga, que parecía igual de confusa que ella, se despidió y siguió al bedel. Se encaminaron hacia la planta superior, donde se encontraban los despachos administrativos. Su acompañante la abandonó a medio camino para regresar a su puesto. El papeleo se hacía en la planta baja, pero las personas que realmente tenían poder de decisión, como el director, el subdirector o el jefe de estudios, ocupaban los despachos con las mejores vistas, más arriba. Mientras subía por las escaleras pensó que aquello no podía ser una casualidad, primero Parmentier y ahora la segunda persona más importante del centro la convocaba. Si fuese por algún trámite burocrático que tuviese pendiente, como las docenas de formularios que había tenido que rellenar cuando comenzó a estudiar allí, le habrían enviado un email. Salvo que se tratase de una expulsión, eso sí querrían decírselo en persona. Con un estremecimiento, llamó a la puerta de roble oscuro.

—Adelante —dijo una voz grave y amortiguada.

El subdirector Lemoigne no llegaba a los cincuenta, era un hombre relativamente joven para lo que cabría esperar en ese cargo. Su pelo oscuro

sin una sola cana acentuaba esa impresión, pero su barba y las gafas redondas de estilo antiguo, que frotaba cuando estaba pensativo, entre frase y frase, le hacían parecer más mayor de lo que era. Quizá cultivaba ese aspecto de profesor tradicional para ganarse el respeto de colegas y alumnos. En cualquier caso era bastante reconocido en los círculos profesionales, en sus clases de Arte Contemporáneo nunca había plazas y las charlas que daba también eran muy populares. Estela había asistido a algunas, de ahí que le resultase familiar su aire sereno y reflexivo, que puso en práctica ahora, observándola unos instantes antes de hablar.

—Señorita Darmon, ¿qué tal le van las clases? —comenzó, sonriendo de manera amistosa.

—Bien, en algunas materias aún me cuesta un poco ponerme al día, pero no me quejo —respondió ella con sinceridad, el hombre tenía su expediente delante, lo sabía mejor que ella.

—Me alegro. Sus profesores solo tienen buenas palabras hacia usted.

—Gracias —dijo de forma automática, sin acabar de creérselo.

—Ese es uno de los motivos de que la haya hecho venir —dijo Lemoigne, con un tono repentinamente más serio en su voz—. Normalmente no trato estos temas directamente con el alumnado, es un asunto administrativo. Pero algunos de sus profesores me han pedido que interceda por usted. Le ven potencial.

—Se lo agradezco, ¿pero a qué temas se refiere?

—Para no andarnos con rodeos, el año que viene habrá recortes en el número y la cuantía de las becas que se conceden para estudiar en la escuela —la pausa se volvió realmente dramática esta vez, percibió un ligero temblor en su tono—. La dirección ha decidido cambiar los criterios de adjudicación e incentivar a las nuevas promesas locales, lo que significa que habrá menos becas disponibles para los extranjeros... y eso la afecta a usted.

La implacable realidad la golpeó. Sin la beca de estudios, que cubría gran parte de los costes de matrícula y materiales, su futuro allí se acabaría rápido. Quizá pudiese usar todos sus ahorros y pagar un año más, pero tendría que buscar un trabajo y ni siquiera así tenía garantizado poder seguir. París era una ciudad muy cara... y si ahora cada gasto ya le suponía un esfuerzo, con su cuenta vacía estaría en la cuerda floja.

—¿No hay ninguna posibilidad? ¿Me la quitan sin más? —preguntó sin tapujos, tratando aún de asumir la demoledora noticia.

—Como le decía, viene usted bien recomendada por sus tutores. Aunque va contra las normas que haya cualquier tipo de favoritismo, sí que puedo orientarla —dijo el subdirector, tendiéndole varias hojas impresas.

Era un denso texto legal que enumeraba de los cambios en el sistema de becas, pero también las condiciones para seleccionar a los estudiantes extranjeros que podían optar a ellas.

—Sería una pena perderla, señorita Darmon —Lemoigne pasó las páginas de su expediente, con fotos de sus obras, además de sus trabajos académicos —. Viendo su progresión hasta ahora, yo también lo creo. Mi consejo es el siguiente: estudie atentamente las nuevas condiciones. Los resultados de sus exámenes y en especial su nota en su proyecto de final de curso tendrán mucho peso. Si se esfuerza y ofrece al tribunal de evaluación algo diferente, algo que destaque, tiene muchas posibilidades de quedarse. Que le adjudiquen la beca los años siguientes casi será puro trámite. Pero todo depende de lo que haga ahora.

—Me esforzaré, se lo prometo —respondió Estela, sujetando con fuerza los folios pero sin verlos. Parte de ella tenía ganas de arrojarlos lejos como si se tratase de una serpiente venenosa.

—Contamos con usted, señorita Darmon —dijo el subdirector, mirándola fijamente, en un gesto que no supo identificar, antes de ponerse en pie, dando el punto final de la reunión.

Estela se dirigió a la puerta acompañada por el hombre, que habló una última vez cuando ella ya salía.

—No se desanime, si trabaja duro puede lograrlo —había un deje extraño en su voz, una sonrisa forzada, algo que ya había notado, como si aquello le provocase una extrema incomodidad. Pero al fin y al cabo era su trabajo, así que ¿a qué se debía?

—Gracias, eso haré —respondió únicamente ella, guardándose sus dudas.

Trabajar duro. Como si no lo hubiese estado haciendo hasta ahora. La llamada del subdirector la había excusado de su clase y decidió aprovechar para

volver temprano a casa. Envío un mensaje a Monique para que no la esperase al salir. Necesitaba pensar. Llevaba encima muchas de sus herramientas de dibujo, así que optó por saltarse la rutina e ir directamente al museo Lemprière. Comería algo, haría bocetos y reflexionaría. No le gustaba pensar en ello, pero quizá esta era una señal más de que su aventura francesa era solo eso, una aventura, y ya tocaba a su fin.

Mientras caminaba por calles secundarias, evitando a la gente y el tráfico, pensó en lo que había dicho el subdirector Lemoigne. No tenía problema en estudiar más, reconocía que la parte práctica era lo que le apasionaba y donde sacaba mejores notas, pero si hacía falta que bordase los exámenes, lo haría. Era el proyecto de final de curso lo que hacía que se echase a temblar. ¿Algo que impresionase al tribunal? Si hasta hacía dos días no se sentía cómoda copiando un retrato, ¿qué podía ofrecerles? Por otro lado, para lograrlo tendría que definir su estilo y llevar una propuesta que rompiese moldes, algo que no hubiesen visto antes. La enésima versión de los clásicos holandeses, por muy bien que estuviese realizada, no impresionaría a los profesores. Le serviría para vendérsela a los turistas como pintora en los parques... quizá esa sería su única perspectiva de futuro, si todo se iba a pique. Suspiró y tuvo ganas de darse de cabezazos contra un muro. No podía cambiar con tanta facilidad lo que le gustaba, la pintura clásica. ¿Qué había de malo en ella? Dejaba la vanguardia para sus compañeros de clase, los que deseaban ser los siguientes chicos malos del arte, adorados por la prensa y los galeristas, de esos que colocaban animales en formol y cobraban millones por ello.

Al llegar a la plazoleta frente al museo, buscó con la mirada un banco libre y se sentó para comer a pequeños bocados el sándwich que había comprado en una tienda cercana. También se había dado el capricho de comprar un *muffin* de chocolate como postre. Improvisó un pequeño mantel con una servilleta y trató de hacer el lugar lo más acogedor posible para distraerse y olvidarse de las últimas noticias, sabiendo que era imposible. No había una solución fácil para su situación. Quizá al día siguiente, después de consultarlo con la almohada, se abriese ante ella una revelación sobre sus estudios, el proyecto o aquel desastre de vida que llevaba. Por ahora todo eran nervios y preocupación. Suspiró y se hizo el propósito de dedicar la tarde a pintar,

relajarse y tratar de no volverse loca.

Un hombre vestido de oscuro cruzó la plaza, surgiendo de una de las entradas laterales. Sus miradas se cruzaron y le reconoció: era William. Con una gran sonrisa, se acercó hasta el banco donde ella había improvisado su pequeño pícnic. En cada mano llevaba un vaso de café.

—Volvemos a vernos, señorita Darmon. ¿Me permite que me siente? —comenzó él, con exagerada formalidad, quedándose de pie como esperando la invitación a su pequeño reino—. ¿Y quizá invitarla a un café?

—Adelante —dijo ella con gesto regio, siguiéndole la corriente—. Pero no sería muy prudente por mi parte beber cualquier cosa que me traiga un desconocido, ¿verdad?

—Por suerte yo no soy un desconocido —dijo William sonriendo y acomodándose junto a ella. Le tendió el vaso y dio un sorbo al suyo mirándola con una sonrisa—. O espero no serlo. ¿Un mal día?

—¿Tanto se nota? —respondió con un suspiro.

—Un poco.

—Los ha habido mejores. Pero ya se solucionará.

Siguió un momento de silencio que ella aprovechó para probar el café. El punto justo de dulzor y amargura. La metáfora que había allí no le pasó desapercibida, era un pequeño resumen de su vida en un vaso de cartón. Trató de ser una compañía algo más agradable y se fijó en que William llevaba de nuevo colgando del hombro su bandolera, atestada de cuadernos de dibujo y rollos de papel. Sobresalían como si hubiese apurado el espacio al límite y aún un poco más.

—¿Un proyecto personal? —preguntó haciendo una seña con la cabeza—. Ya has visto lo que yo pinto, ¿puedo...?

—Claro —respondió él con un leve gesto que ella interpretó como timidez. O quizá solo pudor de artista—. Pero sé benévola. Aún me queda mucho para terminarlo.

Sacando uno de los cuadernos, lo abrió para mostrarle las últimas páginas. Eran bocetos del museo, la fachada, detalles de los florones de piedra que adornaban los balcones, varios estudios de perspectiva desde la calle... Pasó a la siguiente con curiosidad. Eran vistas del interior, retratos de los

visitantes, riendo, con gesto interesado observando una pintura, un niño corriendo, congelado en el tiempo. Recordaba aquella visita, había sido la semana anterior. Un grupo de turistas americanos que no paraban de reñir a un crío evidentemente aburrido. Casi había chocado con ella mientras recorría las salas a toda prisa con los brazos abiertos, imitando a algún héroe de dibujos animados.

—Son muy buenos —dijo ella con sinceridad, su talento para captar los rasgos y las expresiones le daba envidia—. Pensaba que dibujarías algo relacionado con tu trabajo.

—Empezó como algo así, un estudio para restaurar una fachada. Pero me gusta distraerme de vez en cuando.

Al pasar a la siguiente hoja, Estela se ruborizó. A toda página, con más detalle del que le gustaría, había un retrato suyo. Se la veía desde un lateral, con esa mirada que tenía cuando estaba enfrascada en la pintura, como decía Monique. Una mezcla entre soñadora y concentrada. En tamaño más pequeño, rodeando el retrato, había otros dibujos de ella, de pie junto a su caballete, con la pintura que le servía de modelo al fondo. El breve bosquejo que William había hecho le pareció más natural que su propia copia y eso la distrajo un poco de la vergüenza de haber sido inmortalizada sin saberlo.

—Espero que no te importe —dijo él con una leve sonrisa, haciendo difícil que pudiese enfadarse.

—No hay mucho que yo pueda decir, ya lo has hecho... —respondió ella, fingiendo estar ligeramente molesta, pero sin poder evitar sonreír al final, aún algo sonrojada—. Pero la próxima vez pídeme permiso antes.

—Lo haré, prometido.

—Ahora tengo curiosidad por ver tus otros trabajos... Me lo debes, después de esto —dijo, aprovechando para cambiar de tema y también para saciar su curiosidad.

—¿Te refieres a mi tienda? Por muy exótico que parezca vender antigüedades, la mayoría son cosas viejas que limpio y barnizo —William meneó la cabeza mientras cerraba su cuaderno, se dio cuenta de que había empezado a tutearla, y ella a él, con toda naturalidad. Y le gustaba—. Quizá te llesves una decepción.

—Estoy segura de que no. Solo si no es molestia.

—Para nada, me gusta tener visitas, el taller es muy aburrido a veces.
¿Cuándo te viene bien?

—¿Mañana? —dijo por impulso, pensando que quizá aquello cambiaría su desastroso comienzo de semana.

—Por mí, encantado —sus ojos brillaron, contagiado de su entusiasmo—. Podemos quedar aquí y te llevo en mi coche, no está muy lejos.

—Muy bien, mañana a esta hora entonces.

Tras sellar su acuerdo con una sonrisa mutua, siguieron charlando un poco más, sobre material de pintura, los visitantes más curiosos con los que se habían encontrado en el museo, sus estudios, los de él... Para cuando quiso darse cuenta, el café se le había enfriado entre las manos sin que volviese a probarlo. No le importó. Finalmente William se puso en pie.

—Debo irme ya. Además creo que te he retenido demasiado, tu pintura te espera.

—No lo digas. Cada día tengo más la sensación de chocar con un muro.

—Quizá te exiges demasiado. Recuerda cómo empezaste, siendo niña. Olvídate de la gente, los profesores... solo disfruta. Pinta algo hoy y guárdatelo como un secreto.

—Eso es fácil de decir, yo soy mi crítica más dura... pero lo intentaré —replicó ella, esbozando una sonrisa.

Olvidarse del público y pintar para sí misma. Había escuchado antes aquel consejo, pero de sus labios sonaba mejor, más convincente. Lo haría.

—¿Nos vemos mañana entonces?

—Sí, mañana hablaremos sobre ti en vez de todo sobre mí.

—Eso suena a venganza —bromeó él—. ¿También vas a dibujarme?

—No... no sé, puede —dijo Estela, manteniendo la compostura al recordar su cuaderno y el boceto de él que había hecho en clase.

—No se me olvidará. Hasta mañana, entonces.

Se despidió y se alejó entre la gente, con un breve saludo en su dirección antes de desaparecer del todo. Se dio cuenta de que fuera lo que fuese lo que William había ido a hacer en el museo, lo había dejado de lado para pasar tiempo con ella. Se sintió un poco culpable pero en cierta forma le pareció

halagador. Miró su reloj. Ella también había agotado más horas de las que creía, si quería aprovechar la tarde tendría que ponerse ya a trabajar. Con esa idea recogió sus cosas y se dispuso a poner en práctica lo que había prometido, pintar algo propio y secreto, por muy imposible que le pareciese.

3

Monique se abrazó a ella y la zarandeó entusiasmada, provocando miradas entre divertidas y desaprobadoras del resto de estudiantes que subían por la escalinata de la facultad de Bellas Artes. Mentiría si pretendiese que no estaban ya acostumbrados a los estallidos emotivos de su amiga.

—¿Has quedado con él? Estoy orgullosa de ti, te he enseñado bien...

—Solo voy a ver su tienda —respondió ella, tratando de quitarle importancia—. De antigüedades. No puede haber nada más inocente que eso.

—Claro, la tienda del chico que te estuvo dibujando a escondidas durante no se sabe cuánto tiempo. ¡Y además se lo propusiste tú! —rio su amiga—. No te reconozco.

—La próxima vez no te contaré nada.

—Sabes que sí, o te lo sacaré con tortura —hizo ademán de pellizcarla pero se conformó con solo simularlo—. Quiero un informe detallado.

—De acuerdo, pero solo porque me das mucho miedo —respondió Estela siguiendo la broma.

Entraron en la facultad, por una vez sin tener que correr por los pasillos. Mientras subían a la segunda planta, decidió que no tenía sentido alargarlo más y le explicó brevemente a Monique su charla con el subdirector Lemoigne. La expresión de su cara se ensombreció, pocas veces había visto a su amiga tan seria. No había querido pensar demasiado en ello, pero tenía razón para preocuparse. Quizá en un año ya no estuviesen compartiendo clase, llegando tarde los lunes y comentando las últimas novedades en la cafetería. Su vida parisina podía volverse muy breve si las cosas no mejoraban.

—Pero aún no han decidido nada, ¿no? —dijo finalmente ella, con un deje de angustia en su voz—. Quiero decir, puedes optar a la beca, y si te la dan,

todo seguirá igual.

—Tengo que sacar las mejores notas que pueda y clavar el proyecto final. Va a ser difícil, hay más gente en mi misma situación.

—¡Yo te ayudaré! Tú eres una cerebritito, con los exámenes no tendrás problema. Y con el proyecto tampoco, he visto cómo pintas, me das mil vueltas.

—Creo que esperan algo diferente, aquí hay mucha competencia...

—¡No te quiero oír hablar así! Por favor —su amiga se encaró con ella, mirándola a los ojos—. Eres mi mejor amiga, no soportaría que te fueses. ¿Qué haría yo aquí sin ti?

—¿Volver loca a otra? —esbozó una sonrisa para tratar de animarla.

—Serás bicho... —Monique rio y amenazó con cogerla del cuello, para abrazarla finalmente y hablarle al oído, con su voz quebrada delatando lo afectada que estaba en realidad—. Haremos lo que haga falta. Pero no te vayas, por favor.

—Prometido —dijo Estela, estrechándola contra sí, con todas las dudas que tenía desvaneciéndose. Desde luego que haría lo que fuese, nadie iba a echarla de allí.

Tras entrar en el aula y buscar dos asientos discretamente retrasados para su clase de Antropología del Arte, Monique sacó su agenda y comenzó a escribir con decisión. Cualquier profesor se alegraría de verla tan interesada, pero las apariencias engañaban. Estaba anotando su plan maestro para lograr que Estela obtuviese la beca.

—Lo primero es encontrar a los profesores que te recomendaron a Lemoigne. Seguro que pueden ayudarte, encargarte trabajos para conseguir puntos extra, darte tutorías...

—Creo que tengo una idea sobre quién puede ser uno de ellos.

El profesor Parmentier borraba la pizarra, dejándola impoluta para su siguiente clase. Al escucharla entrar en el aula, seguramente por el imperceptible chirrido de sus zapatillas, se volvió, dedicándole una mirada de escasa sorpresa. Daba la sensación de que la había estado esperando. No hacía falta explicar los motivos, la anterior conversación con el hombre

cobraba todo el sentido ahora.

—Buenos días, profesor —dijo ella, decidiendo evitar andarse por las ramas—. Quería agradecerle que... intercediese por mí ante el subdirector.

—Veo que ya han hablado contigo —respondió él, frunciendo el ceño y haciéndole un gesto para que pasase y tomase asiento—. Pedí expresamente que te lo comunicasen en persona, no quería que te llegase una fría circular. Eres una buena alumna y lo que está ocurriendo es injusto.

—¿Por qué yo?

—¿Sabes cómo me pagué los estudios de Bellas Artes? —dijo Parmentier, apoyándose en la mesa, como solía hacer en las clases—. Yo no provenía de ninguna familia acomodada, era de las afueras y llegué a París casi con lo puesto. Y solo un poco más joven que tú. Tuve suerte y me aceptaron algunos de los mejores maestros de entonces, pero los alquileres eran caros, los materiales, la comida... trabajé, dibujando en la calle, como camarero de restaurantes, llevando paquetes por toda la ciudad, muchas cosas.

—No lo sabía —Estela escuchaba a su profesor embobada, nunca habría imaginado aquello de Parmentier, tan aristocrático y señorial.

—No suelo hablar de ello. Como puedes ver, algunas cosas no cambian — el hombre sonrió—. No hay nada deshonroso en trabajar para pagarse los estudios, pero nos han hecho creer que somos de otra clase, una inferior que está aquí de prestado, y que merecemos menos, de alguna forma. A mí ya me miraban por encima del hombro entonces, primero mis compañeros más afortunados, pero también algunos profesores. No lo reconocerán abiertamente pero les molesta que haya gente humilde en sus círculos, haciendo lo mismo que ellos.

—¿Es eso lo que ha ocurrido ahora? ¿Han eliminado las becas porque no quieren alumnos que vengan de los suburbios? —aquello no le sonaba tan descabellado realmente, había mucho esnobismo en la facultad.

—Elige una excusa cualquiera. Pueden empezar poniendo trabas a los extranjeros, luego quizá les molesten aquellos que no sean de París. Al final ya no se molestarán en disimular y elegirán a dedo quién puede codearse con ellos y quién no —el enfado crecía en el tono de Parmentier—. Se creen con derecho a todo.

—¿Quiénes son “ellos”?

—Piensa en alguien poderoso... y en tu caso, piensa en alguien que pueda estar interesado en perjudicarte. Y probablemente aciertes.

¿En su caso? La idea de que aquello fuese algo personal golpeó a Estela como un mazazo. Hasta ese momento había achacado la nueva situación a pura discriminación por su origen, pero que fuese un plan urdido por alguien para sabotear su carrera le daba escalofríos. Lo peor es que solo se le ocurría una persona... o quizá dos con la influencia necesaria para llevarlo a cabo. Si se trataba de Gina, le sorprendería, porque a pesar de sus diferencias no creía que fuese mala, en el fondo. Y si era Ryan... ¿con qué descaro le proponía salir y hacer planes juntos, para después maquinarse a sus espaldas? Pero en su corazón sabía que era muy capaz. Quizá pensaba que en cuanto se viese sin dinero ni nadie a quien recurrir volvería a él. O al menos que se llevaría una lección, por haberle dejado.

—No puedo creer eso —meneó la cabeza con incredulidad.

—Yo solo deseo advertirte. Y en lo que me concierne como profesor, asesorarte para que logres mantener tu beca... pero cuidado —su expresión de alerta hacía parecer al hombre un ave rapaz—. Si su objetivo es echarte, encontrarán más maneras.

—Entonces... ¿qué puedo hacer?

—Eso debes responderlo tú misma. ¿Qué quieres hacer? ¿Pensaste en por qué estás aquí? ¿Entra en tus planes rendirte?

La respuesta asaltó su mente de forma inmediata. Por supuesto que no. El hecho de que pensasen que podían intimidarla o arrinconarla como una niña indefensa y sin recursos solo hacía crecer su indignación. Recuperaría su beca. Y si inventaban otra forma de sabotearla, volvería a sobreponerse. No le importaba quién o por qué motivo, les demostraría que no iban a detenerla, por muy poderosos que fuesen.

—¿Me ayudará? —dijo a modo de única respuesta.

—Naturalmente —el profesor había esperado aquella reacción—. Solo deseo que seas fiel a tu palabra. Y a ti misma.

Los siguientes minutos hasta que sonó el timbre del cambio de clase, Parmentier los pasó dándole una primera charla sobre los temas que más

interesaban a los jurados de los proyectos, las especialidades artísticas de cada uno y lo que le resultó más difícil, los puntos débiles en la técnica de Estela. Escuchándole fue consciente de cuánto le quedaba por hacer, pero también vio una posibilidad, un breve resquicio de luz por el que podría colarse y agarrarse a su futuro, por difícil que se lo pusiesen.

Se despidieron con la promesa de continuar con la tutoría en los próximos días. En su libreta llevaba anotados dos docenas de libros que consultar, material que comprar, teoría que repasar... la parte más difícil, elegir el tema de su proyecto, prefería obviarla por ahora. El profesor tampoco le había preguntado por ello, quizá sabiendo que aún era pronto y ella no estaba en su mejor estado anímico. Su vida había dado un vuelco en dos días, podía permitirse algo de tiempo para respirar antes de ponerse a trabajar como nunca. Eso le recordó su conversación del día anterior con su amiga, sacó su móvil para mandarle un mensaje:

—“¿Sigues en pie lo de ir a la inauguración?” —escribió mientras bajaba por las escaleras.

—“¿Dónde estás?” —le respondió Monique, para añadir de inmediato—. “Claro que sigues en pie, te veo en la entrada”.

Al llegar frente a las enormes puertas dobles vio los mechones azules de su amiga moverse entre la gente antes de tenerla claramente a la vista siquiera. La chica la alcanzó con rapidez y la agarró del brazo. Comenzó a preguntar como una ametralladora.

—¿Qué te ha dicho Parmentier? ¿Era él, verdad? ¿Cómo es que ahora te apetece ir a la fiesta?

—Toma aire, respira —respondió Estela, riendo al ver el estado acelerado de Monique y dejando que la llevase al exterior, donde podrían hablar con más discreción—. Sí, fue él quien intercedió por mí. Me ayudará a preparar el proyecto, pero lo tengo bastante crudo. Y lo de la fiesta... va a ser la última, antes de que tenga que quedarme encerrada en casa con una montaña de libros. Así que he decidido que voy a aprovecharla lo mejor posible.

—¡Genial! Pues tienes que venir a casa hoy y elegimos qué vas a llevar... Tengo varios vestidos que te quedarán bien.

—¿Pero es algo tan formal?

—¡Va a estar todo el mundo! —la chica la miró como si acabase de aterrizar desde el planeta Marte—. ¿Cómo crees que se hacen contactos para exponer? Habrá galeristas, marchantes, empresarios de esos que compran cuadros por metros... Es el sitio perfecto para que nos conozcan. En París, un amigo en el sitio adecuado es la llave. Todos querrán apuntarse el tanto de presentar a una artista joven recién descubierta, y después la publicidad hará el resto. Te llamarán de todas partes.

—Me parece que vas muy rápido... de todas formas es un poco triste que todo se reduzca a quién conoces ¿no? —dijo ella con resignación—. Debería bastar con que tu obra fuese buena.

—Claro que sí, pero eso vendrá después, primero hay que lograr que te vean. O acabaremos pintando retratos para los turistas —Monique bufó ante la idea.

Estela recordó lo que le había contado Parmentier sobre su juventud y pensó que no era un trabajo tan malo al fin y al cabo, si lo hacías con pasión.

—No me importaría —respondió con sinceridad, mirando a su amiga.

—Porque tú eres una bohemía y una romántica, pero yo no voy a dejar que malgastes tu talento por unas monedas.

—¿Ahora eres mi mánager? —rio Estela.

—Eso es, y ya puedes ir descontando mi comisión de tu primera venta —la morena sonrió con naturalidad mientras buscaban un sitio donde sentarse para poder seguir planeando su siguiente paso.

El día pasó con extrema lentitud y por una vez Estela se tomó las cosas con calma a la hora de comer. Nada de correr para salir en dirección al museo Lemprière. Monique y ella habían decidido pasar la tarde en su casa eligiendo lo que llevarían al día siguiente, y lo que era más importante, para concretar su plan de estudios. Conociendo a su amiga, la segunda parte no la entusiasmaría y la demoraría todo lo posible, pero se había comprometido a ayudarla y sabía que no faltaría a su palabra. Aunque significase quedarse hasta la madrugada entre apuntes. No sería la primera vez.

Los Gillard eran una pareja encantadora y la habían acogido con alegría en su casa, invitándola a cenar y a quedarse a dormir cuando estudiaban hasta

tarde, preocupándose por cómo iban sus clases e interesándose por cómo llevaba su aventura parisina en general. En un primer momento había tenido la sensación de que era a causa de su historia familiar, de la que Monique les había puesto al día. Después se había dado cuenta de que había un motivo adicional: los padres de su amiga la consideraban una buena influencia. Por lo que sabía, antes de que se conociesen se había metido en bastantes líos y se había encontrado algo desplazada a causa de su carácter. De alguna manera, cada una hallaba el apoyo y la compañía que necesitaba en la otra. Nunca podría agradecerse bastante.

El autobús la dejó en la calle de Monique. Su casa estaba ubicada en un barrio alejado del centro, tranquilo y acogedor. Eran una familia acomodada, aunque a su amiga no le gustaba hablar de ello. De hecho trabajaba por las tardes como camarera para ganar algo de dinero y no tener que depender de su asignación semanal. Otro acto de rebeldía más, porque sabía que a los Gillard la vida les sonreía y no necesitaban privarse de nada. Cuando llegó a las altas puertas de madera verde y vio la casa, imponente con sus dos plantas, sus paredes blancas y sus tejados y contraventanas también verdes, situada en medio de un coqueto jardín, solo pudo suspirar. Ojalá llegase a vivir algún día en un lugar así. En el campo, a poder ser, alejada del ruido y la gente. Pero su vivienda ideal no se alejaría mucho de aquella.

Llamó a la puerta y a los pocos segundos se oyeron pasos precipitados. También la voz de Monique, que avisaba a sus padres de que iba a abrir ella. En cierta forma su amiga seguía comportándose como la niña de la casa, y le resultaba reconfortante que fuese así. Envidiaba la relación distendida que tenía toda la familia. La puerta se abrió finalmente y la morena se le echó encima para abrazarla y hacerla pasar apresuradamente.

—¡Tienes que ver lo que he encontrado! —dijo sin otra explicación, tirando de ella desde el recibidor por las escaleras hacia el piso superior.

—¡Hola, Estela! Hoy Monique está algo más alterada de lo habitual, ten paciencia —dijo la madre de Monique, saludándola desde la planta baja, con una sonrisa divertida.

—Hola, señora Gillard, lo intentaré —alcanzó a decir antes de desaparecer por el pasillo, guiada por su amiga hasta su cuarto.

Sobre la cama había toda una colección de vestidos que podrían haber estado de moda en los años setenta, telas con estampados coloridos, perneras anchas, minifaldas, aberturas imposibles. Parecían sacados de una máquina del tiempo. Junto a ellos había una caja con fotografías, en varias se veía a una pareja con atuendos similares.

—¿Son de tu madre?

—Los había tenido guardados todo este tiempo ¿no es increíble?

—¿Y quieres que vayamos con uno a la presentación? —dijo Estela con incredulidad, aunque Monique era perfectamente capaz de aquello y mucho más.

—¡No! —su amiga rio—. Mis vestidos están abajo, acabo de plancharlos... aunque con estos, seguro que causaríamos una gran impresión.

—De eso estoy segura.

Cogiendo las fotos, las pasó observándolas con detenimiento. Se les veía a todos tan felices, tanto a los padres de Monique como a sus amigos, tan coloridos o más que ellos en sus vestimentas. No habían cambiado nada en lo esencial.

—Mira cómo se abrazan, igual que ahora. Qué envidia quererse así, durante tanto tiempo —dijo con un deje de tristeza en la voz.

—No se lo digas a ellos o se pondrán aún más empalagosos —replicó su amiga.

—Es muy bonito.

—Sí... creo que son de los pocos que han permanecido casados desde entonces.

—Es que no es nada sencillo... a veces parece que el mundo entero conspira en contra.

—Ya no hablamos de mis padres, ¿verdad? —dijo Monique con una media sonrisa, sabía que aquello la entristecía, había aprendido a leer los cambios de expresión sutiles en su rostro—. Nunca me contaste por qué rompiste con Ryan. Aparte de porque sea un capullo.

—Es más difícil averiguar por qué seguía con él, en primer lugar —suspiró—. Creo que me cansé de ser un trofeo más, algo que poner en su estantería y que diese buena impresión a las visitas. No le interesaba nada

mío, solo quería tenerme. La única voz que escuchaba era la suya propia, siempre. Y si le llevabas la contraria parecía que estuvieses cometiendo un crimen.

—Entonces no fue por terceras personas...

—¿Te refieres a si me engañaba? Le creo muy capaz, pero yo no llegué a enterarme.

—Algo se rumoreaba, pero no sé nada con seguridad —su amiga meneó la cabeza, frustrada por no saber—. Habría sido lo peor... aunque ahora ya da igual.

—Exacto. Quizá entonces me habría puesto furiosa, pero ¿sabes qué es lo peor? —habló como para sí misma durante un instante, no sabía si había llegado a expresar aquellos pensamientos en voz alta alguna vez—. Que en cierto momento ya sabía que no había nada real entre nosotros. No quería reconocerlo, pero era consciente de que yo era una muesca más en su cinturón, y él, para mí... nada. Siento lástima por quien sea su pareja ahora.

—Yo no —bufó Monique, poniéndose en pie—. No hablemos más de él. Voy a traer los vestidos y elegimos... Vamos a dejarles con la boca abierta, nos lo merecemos.

La siguiente hora transcurrió en un constante desfile de alta costura. Su amiga no sentía pereza alguna a la hora de probarse un vestido tras otro, pasear frente a ella y pedir su opinión. Cuando llegaron al sexto se preguntó cómo de grande sería el armario donde guardaban todo aquello. Todos eran preciosos, algunos más adecuados para una boda que para un evento social, por formal que fuese. Ella tampoco se libró, Monique la obligó a ponerse varios modelos y caminar por el pasillo con su pose más seductora. O algo que se pareciese. Finalmente las opciones quedaron reducidas a dos, que colgaron frente al armario. Uno era un largo vestido negro con la espalda al descubierto y un escote discreto. Ese sería el suyo. Su amiga había elegido un vertiginoso vestido de color rojo oscuro con abertura en la pierna y un escote en uve que no dejaba nada a la imaginación. Muy propio de ella.

—Todavía estamos a tiempo de cambiar... pero creo que con esto atraeremos todas las miradas —dijo tirándose en la cama y observando su elección.

—Tú sobre todo.

—Y tú, si quisieses, pero no voy a insistir en eso —Monique le sacó la lengua, burlona. Sabía que era un caso perdido, hacía mucho que había dejado de presionarla para que cambiase sus viejos vaqueros y sus camisetas—. Oye... no quería agobiarte, pero necesito preguntarte algo sobre todo esto que está pasando.

—Dime, no te preocupes —respondió, algo sorprendida por el brusco cambio a la seriedad de su amiga.

—¿Si pierdes la beca te irás definitivamente de París? Dímelo de verdad, prefiero hacerme a la idea ya —la chica parecía realmente alterada, más de lo que había querido reconocer hasta entonces.

—Es una posibilidad, pero es la última. No voy a renunciar, antes quiero buscar un trabajo y tratar de pagarme la matrícula y el alquiler por mi cuenta.

—¿Estás segura? No quiero ponerme en lo peor pero aquí es todo tan caro... —dijo Monique, mordiéndose el labio y comenzando a enumerar los inconvenientes—, y sería difícil compaginar trabajo con estudios. Ya es complicado ahora, con todos los proyectos que nos piden.

—No me importa. Otra gente se ha sacado la carrera así y yo no voy a ser menos. Volver a mi casa no se me pasa por la cabeza ahora —suspiró y sonrió, era duro pero estaba decidida—. Prefiero coger varios trabajos y estudiar de noche antes que eso.

La expresión de su amiga se relajó al escucharla y con sus últimas palabras se le echó encima, abrazándola aliviada. Se quedaron así unos instantes, ella correspondiendo agradecida a su abrazo.

—No sabía que estabas tan preocupada.

—¡Pues claro! Eres muy tonta a veces, ¿eh? —dijo bromeando Monique, mientras se secaba los ojos, humedecidos por la emoción—. Eres mi mejor amiga y ya sabes que esto sería un asco sin ti. No quiero tener que mandar a la mierda a toda la gente insoportable de la facultad yo sola.

—Exagerada, si al final ladras mucho pero nunca muerdes...

—Porque estás tú. Me alegro de que hayas decidido quedarte.

No le contó los detalles de su última charla con Parmentier. Si se enteraba de que podía haber una conspiración en su contra, más concretamente por

parte de Ryan, Gina o quien fuese, se volvería loca. No pararía hasta remover la facultad entera y descubrir al culpable. Ahora necesitaba a Monique serena, o al menos en su estado normal. A pesar de su actitud alocada habitual, era la persona en la que más podía apoyarse. Sabía que siempre la tendría ahí, pasara lo que pasase.

—Me quedaré y podremos ir a muchas más inauguraciones, estate tranquila —le dijo.

—Eso si no nos echan hoy a la calle por escándalo público y nos ponen en una lista negra del arte —bromeó su amiga.

Con sus risas se ahuyentaron las últimas sombras del día. No sabía qué pasaría pero por ahora se concentraría en disfrutar y seguir adelante.

4

El día siguiente pasó demasiado rápido, casi sin que se diese cuenta. Le extrañó la normalidad con la que se tomó las clases, después de que todo se pusiese patas arriba tan rápido en su presente y su futuro. Parecía como si nada hubiese cambiado. Ni siquiera Parmentier hizo ademán de tratarla de forma diferente. Tampoco lo esperaba, y en cierta forma era mejor así, pensar en los estudios ayudaba a que estuviese centrada. Se encontraba en el punto más alto de una montaña rusa, por así decirlo. La que iba a decidir si se quedaba allí, acababa la carrera y lograba su sueño de ser pintora, o si sus aspiraciones se rompían y tenía que inventarse una vida de cero, haciendo... ¿qué? No se imaginaba a sí misma de otra manera, eso era bueno, ¿no? Suspiró mentalmente. Era pronto para pensar en nada de eso. Aún quedaba mucho por hacer.

Lo primero, asistir esa noche a la inauguración de *La Saison Rouge*, algo que le daba un poco de vértigo. Monique se movía como pez en el agua en cualquier tipo de evento social, con su labia y su descaro, pero ella no era así. La idea de presentarse a desconocidos hacía que tuviese ganas de huir, así que conversar con ellos para intentar hacer contactos era una misión casi perdida. Si tenía que venderse de esa manera para que su trabajo lograra reconocimiento, iba a morir de hambre.

Su amiga no tenía esos dilemas. A medida que transcurrían las horas se la veía cada vez más entusiasmada por su pequeña aventura, no paraba de hablar de lo que se pondrían, del peinado que llevaría y de todos los hombres a los que dejaría con la boca abierta. Era muy capaz, estaba segura de que en la galería nunca habrían tenido, ni volverían a tener, a una invitada como ella. Ambas eran artistas y en el fondo lo de destacar estaba bien... o eso quería

pensar. Monique era más el prototipo de lo que se esperaba de alguien de su profesión: excéntrica, impulsiva, creativa. La envidiaba en algunos aspectos, sobre todo en poder expresar en cada momento lo que deseaba. Aunque por su última charla ya sabía que no todo eran sonrisas, también ella sufría de temores e inseguridades.

Al llegar el mediodía recogieron sus cosas con rapidez y se dirigieron a la salida de la facultad. Cuando estaban a punto de cruzar las puertas, vio por el rabillo del ojo a alguien que se acercaba por el pasillo. Era Ryan, que levantó la mano para intentar llamar su atención.

—¡Estela! —dijo apretando el paso.

—Corre —le susurró ella a Monique, tomándola del brazo y llevándola casi en el aire por la escalinata.

—Y luego la loca soy yo... nos vamos a matar —dijo su amiga saltando los escalones de tres en tres para seguir su ritmo.

Corrieron hasta doblar la esquina, le pareció escuchar alguna llamada más de su exnovio, pero no sintió el más mínimo impulso de volver la cabeza. Lo que tuviese que decirle podía esperar al día siguiente. O al año siguiente, si fuese por ella. Decidió adoptar la misma filosofía que Monique y pensar solo en aquella noche y en desconectar por un rato.

—¿Quién era? —dijo ella cuando recuperaron el aliento, varias calles más allá.

—Nadie... ¿Tienes hambre? ¿Comemos algo por aquí?

—Aún no, mejor cogemos el autobús y vamos a mi casa —la mirada y el tono de su amiga dejaban claro que se había dado cuenta de su torpe cambio de tema, pero no dijo nada más.

Llegaron a la parada y tras lanzar un par de miradas por encima del hombro para asegurarse de que Ryan no las seguían, se sentaron a esperar.

—Es una lástima que hoy no vayas a ver a tu moreno misterioso... —dijo Monique, de forma aparentemente despreocupada, mientras hacía tiempo consultando su móvil.

—¿A quién? —respondió ella fingiendo no saberlo.

—A tu chico del museo, seguro que te echa de menos esta tarde —bromeó.

No había pensado en que aquel sería el primer día que no vería a William

desde que se habían conocido. En realidad era demasiado pronto como para decir que tenían una rutina común, pero después de aquel café compartido en el parque, no podía negar que había cierta conexión. Le agradaba la idea de volver a encontrarse con él y sintió el calor subiendo a sus mejillas al preguntarse si él pensaría lo mismo. Cayó en la cuenta de que la visita a su tienda tendría que aplazarse de momento. Confiaba en que él lo entendería, le habría escrito para decírselo, pero ni siquiera habían hablado de intercambiarse los teléfonos aún.

—No pasa nada, ya le veré mañana —respondió, quitándole importancia.

Su amiga simplemente sonrió y continuó pasando la pantalla con el dedo. El autobús apareció y hasta que no estuvieron acomodadas, la morena no volvió a intervenir.

—Podrías decirle que se pase por la inauguración... si es artista seguro que le gusta.

—No sería mala idea, pero hoy voy contigo, no con él.

—Ya sabes que yo me apaño muy bien sola, y así tendrías la oportunidad de conocerle mejor.

—No sé si es el mejor momento, la verdad —suspiró.

—Lo sé —Monique habló con un tono más serio—, pero no dejes tu vida de lado por lo que está pasando. Sacar adelante los estudios a costa de vivir amargada... no merece la pena.

—Quizá le invite a un café y una porción de tarta en compensación— respondió Estela sonriendo—. Eso ya es bastante por ahora.

—Un café, ¡qué locura! —su amiga bromeó poniendo los ojos en blanco, pero asintió—. Vale, pero quiero que me lo cuentes todo, cuando te decidas.

—Descuida, lo haré.

Llegaron a su destino y el camino desde la parada hasta la entrada de la casa de Monique estuvo lleno de charla acelerada sobre a quién conocerían aquella noche, qué debían decir y cómo sacarían el tema de sus obras. Parecía que su amiga no hablaba a la ligera a la hora de convertirse en su representante. Tenía todo un plan trazado para lograr que los nuevos ricos aficionados al arte, como ella los llamaba, estuviesen deseando invertir en cualquier cosa que ella pintase. Estela dudaba de que fuese tan fácil, pero el

futuro que su amiga dibujaba para ella, o para ambas, era luminoso y de éxito. Eso es lo que más necesitaba ahora, optimismo, poder creer en algo así. Le prestó atención, aunque no estaba segura de ser tan hábil como ella manejando a la gente. Al abrir la puerta, su saludo solo fue respondido por el eco del recibidor. Parecía no haber nadie en la casa.

—Todavía no habrán llegado, vamos a preparar algo rápido para comer y subimos a mi cuarto...

Llenaron unos platos con sándwiches de pavo y unas patatas fritas, la debilidad de Monique, y se apresuraron hasta su habitación. Tenían toda la tarde, pero su amiga parecía creer que iban a contrarreloj. Con la cantidad de cosas que bullían en su cabeza, quizá fuese cierto. Ambas se mantuvieron a distancia de los vestidos mientras comían, temerosas de mancharlos y hacer algo irreparable.

—Si tuvieses Instagram, todo sería mucho más fácil —dijo Monique, pensativa.

—No me siento cómoda exponiendo mi trabajo así. Además las fotos de las obras nunca me quedan del todo bien, no me decido por ninguna —respondió Estela, recordando la cantidad de ellas que tenía guardadas en su móvil. Al final había optado por dejar de hacerlas.

—Veo que tendré que venderles la historia de artista alternativa que odia la tecnología —suspiró su amiga, con una sonrisa traviesa—. Eso también tiene su encanto.

—Lo tienes todo pensado...

Terminaron de comer y mientras se lavaban las manos, Monique le hizo algunas sugerencias sobre cómo llevar el pelo y maquillarse. Sabía que era necesario, así que no luchó contra ello y dejó que la sentase frente al espejo. Antes de que pudiese darse cuenta, ya tenía hecho un recogido que dejaba al descubierto su cuello y su amiga alineaba una serie de barras de labios de su colección para comenzar las pruebas en vivo. Se consoló pensando que de momento nadie podía verla, pero los nervios fueron acumulándose en su estómago poco a poco.

Unos minutos más tarde se escucharon unas llaves en la puerta y pasos subiendo por las escaleras. La luz del baño que se filtraba desde la planta

superior las había delatado. La madre de Monique apareció con su eterna sonrisa, que solo se alteró al ver el trabajo que su hija estaba llevando a cabo en su rostro.

—¡Estela! Estás guapísima, deberías maquillarte más a menudo —dijo con gesto de genuino asombro y admiración.

—Es todo mérito de Monique —replicó ella, tratando de moverse lo menos posible, ya que su amiga aún no había terminado.

—Pues claro que es mérito mío —bufó la morena, dándole los últimos detalles—. Ya puedes mirarte.

Al alzar la vista temió encontrarse con una versión del escandaloso maquillaje que solía llevar su amiga a clase, pero no fue así. Los detalles eran muy sutiles, los brillos y la sombra de ojos que había elegido hacían destacar sus rasgos sin que diese la sensación de que se había pasado horas pintándose. Combinado con el recogido, tenía un aspecto muy natural, algo que la alivió.

—Me gusta mucho —dijo con total sinceridad.

—Ahora me toca a mí... tú ve a ponerte el vestido —le dijo su amiga, empujándola fuera del baño.

—¿No es un poco pronto?

—Tenemos que pasar por un sitio antes... ¡vamos, las dos fuera!

Salió junto con la madre de Monique en dirección a su cuarto. La mujer hizo un gesto como si quisiese indicar que aquello era totalmente habitual en su casa.

—Tened cuidado, ¿vale? —le dijo al llegar a la puerta—. Te lo digo a ti porque sé que eres la única a la que ella hace caso.

—Vamos a una galería de arte, creo que lo peor que puede pasar es que Monique tome demasiado champán.

—En ese caso, con más motivo —rio su madre—. Tráela sana y salva a casa.

—No me separaré de ella.

La mujer le colocó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja y apretó su hombro a modo de ánimo. Cuando volvió a hablar, la miraba a los ojos como si quisiese asegurarse de que le prestaba total atención.

—Sabes que aquí siempre tendrás un sitio, ¿verdad?

—Muchas gracias... espero que no haga falta. Todavía es pronto para saber cómo irán las cosas —se le formó un nudo emocionado en la garganta al pensar en cómo se preocupaban por ella unas personas que hasta hace poco menos de un año eran desconocidos.

—Lo he hablado con Bruno. Podrías quedarte aquí hasta que encontrases un sitio que te convenza, sin prisa —hizo una pausa y sonrió levemente—. Eso si las cosas no van como quieres, pero yo cruzo los dedos para que sí.

—Se lo agradezco muchísimo. Y Monique me está ayudando tanto... no sé cómo compensárselo.

—Ya lo haces. Le viene bien tener una hermana mayor, por así decirlo.

—Aunque luego haga lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Así es ella —suspiró su madre—. Una definición perfecta. Pero a pesar de todo, le hace mucho bien tenerte, de verdad.

—Y a mí tenerla a ella.

La puerta del baño, al otro extremo del pasillo, se entreabrió y se escuchó una voz teñida de enfado:

—¡Mamá, no entretengas a Estela! ¡Y tú, a vestirte!

—No despertemos al monstruo —bromeó la madre, despidiéndose de ella y bajando por las escaleras.

Estela entró en la habitación y miró su vestido llena de dudas, pero ya era tarde para echarse atrás. Descolgándolo de la percha, comenzó a vestirse. Para cuando Monique apareció por la puerta, se hacía los últimos arreglos mirándose al espejo de cuerpo entero de una de las puertas del armario. Se volvió, esperando encontrarse el eterno lápiz de labios negro o morado y el rimmel al que estaba tan habituada. Sin embargo su amiga había optado por un estilo totalmente opuesto, resaltando sus enormes ojos y sus pómulos, llamativa pero elegante. El peinado, una cola de caballo alta, también reforzaba esa idea. Antes de que pudiese decir nada, la morena ya había cruzado la habitación y se había puesto a su altura. Hizo que se volviese y con unos pequeños toques, terminó de acomodar el vestido.

—Estás increíble —dijo al fin, y la vio sonreír por el espejo—. Y te odio por tener ese tipazo.

—Gracias, tú estás genial —respondió Estela, ruborizándose—. No sabía

que ibas a ir tan... así.

—Tienen que tomarnos en serio, no podemos parecer dos estudiantes que van a la disco un sábado por la noche —hizo una pausa mientras cogía su vestido y su sonrisa se amplió—. Ya sé que no es mi estilo. Pero gracias.

—Eres incorregible... —sonrió ante la repentina inseguridad de Monique, eso sí que no le pegaba—. Estás guapísima, no exagero.

Su amiga no dijo nada más pero la vio sonrojarse ligeramente. Comenzó a ponerse el vestido y se acercó al espejo, colocándose a su lado. La ayudó a subir la cremallera y se quedaron un segundo así, solo mirándose. Hasta ese momento se habían dejado llevar, ahora las cosas se volvían más reales. Iban a codearse con gente importante del mundo del arte de París, si quedaban en evidencia podían estropear su futuro más de lo que imaginaban.

—Es la hora, ¿verdad? —dijo Estela al fin.

—Aún nos queda una cosa por hacer.

El taxi se detuvo frente a un local con letreros de neón todavía apagados en los que se leía *L'Enfer*. Había alguien limpiando la entrada, pero poco podía hacer frente a la suciedad y la pátina gris de la calle. Incluso de día aquel barrio no era muy recomendable. Todavía faltaban unas horas para que oscureciese, esa era su única ventaja.

—¿Estáis seguras de que queréis que os deje aquí? —dijo el taxista con una mezcla de incredulidad y preocupación.

—Sí, no hay problema —dijo Monique entregándole el dinero y saliendo del coche.

Estela la siguió con algo de aprensión, su amiga le había explicado por qué tenían que ir hasta allí y en un primer momento había creído que se trataba de una broma suya.

—La inauguración es con invitación y son muy limitadas —le había dicho mientras esperaban al taxi frente a su casa—. Y nosotras... pues no tenemos. Ahora vamos a ver a alguien que puede conseguirnos dos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?!

—No quería preocuparte. Además si no los conseguimos, nos colamos y ya está.

—¡Monique! ¡Que esto no es un pub cualquiera con un portero borracho!

—Por eso vamos a ver a un conocido... Está todo arreglado, tranquilízate.

A la vista del lugar al que les habían conducido, sus palabras lograron el efecto contrario. No era la primera vez que su amiga confiaban en exceso en su encanto o su capacidad para salir airosa de todo tipo de problemas. Sin embargo no tenía más remedio que apoyarla, así que sujetó su falda y la siguió. Por si no desentonasen ya bastante en aquel barrio, con sus vestidos de noche, mal disimulados bajo sus abrigos, atraían las miradas de los transeúntes.

Monique se acercó al hombre que sacudía los felpudos mugrientos del pub junto a la entrada.

—¿Está Xavier? He quedado con él.

El individuo la escrutó con ojos vidriosos por el alcohol y se asomó al interior, gritando:

—¡Xavi! ¡Preguntan por ti!

No hubo respuesta, o ellas no la escucharon, pero el hombre les hizo un gesto impaciente para que entrasen.

—Pasad, está al fondo, en el escenario. Rápido, que todavía tengo que limpiar esa parte...

Estela siguió a Monique, que cruzó la puerta sin titubear. Un montón de pensamientos rondaron por su mente. ¿Qué sabía realmente su amiga de ese Xavier? ¿Había respondido o no? ¿Y si todo era una treta para alejarlas de la calle y poder atracarlas con más tranquilidad? Se apuró tras la morena, que ya bajaba haciendo resonar sus tacones por lo que debía haber sido un antiguo teatro, de ahí la inclinación que notaba. Habían respetado el escenario, al igual que los palcos, pero en uno de los laterales habían instalado una barra. Tras ella una mujer limpiaba jarras de cerveza, que brillaban reflejando los focos. Las luces se iluminaban secuencialmente en diferentes colores. El encargado de aquel despliegue visual era el objetivo de su amiga.

—Xavier... ¿tienes lo que te pedí?

—Moni, bonita, ¿no lo querías para la semana que viene? —dijo el chico con una media sonrisa, acercándose y recogiendo su melena en una coleta, en un gesto que pretendía ser atractivo. Llevaba un chaqueta de cuero y unos

vaqueros rotos, completando su aspecto de estrella del rock en prácticas.

—Espero que estés de broma. ¡Era hoy!

—Ya, ya... no te estreses, era broma. Lo tengo ahí. Ven a mi despacho — parecía estar disfrutando al verla alterada—. Y trae a tu amiga.

Subieron al escenario y pasaron a la parte de atrás por un estrecho pasillo que les llevó hasta los camerinos. La mayoría de las puertas estaban abiertas y atestadas de cajas, como si cada metro de espacio hubiese sido reconvertido en un inmenso almacén. El chico giró una cerradura al fondo y las invitó a pasar con una imitación esperpéntica de una reverencia. Estela le observó con desconfianza y sus miradas se cruzaron. No le gustó. El viejo camerino todavía tenía un espejo intacto y varias bombillas a su alrededor funcionaban, pero por lo demás presentaba el mismo aspecto decrepito que el resto. Sintió lástima imaginando lo bonito que pudo ser aquel lugar en su día.

—¿No nos presentas, Moni? —dijo el chico entrando y cerrando tras ellas, interrumpiendo sus pensamientos. Hizo un ademán teatral de tomar la mano de Estela para besarla.

—Quietecito —saltó Monique, apartándole de ella con un manotazo—. ¿Tienes las invitaciones, sí o no?

—Qué arisca te has vuelto, amor... Sí que las tengo. Invitaciones para una galería de arte, cada vez me pides cosas más aburridas.

Removió tras varias pilas de ropa, sacó una caja metálica y la abrió. Rebuscó entre varios paquetes de plástico con pastillas y polvos de diverso tipo, entradas atadas con gomas y lo que parecía una pipa de cristal. Sus negocios no eran muy limpios, pero tampoco parecía que le importase demasiado que ellas lo viesen. Finalmente sacó dos papeles finos y alargados, con un sello en rojo que recordaba la silueta de un hombre en llamas. Se las tendió a Monique pero las retiró al instante antes de que ella pudiese tocarlas.

—El dinero por delante... ¿y un beso de las dos tal vez? Con una me conformo —bromeó el individuo, mirándola—. O si os besáis entre vosotras, yo solo miraré.

—Toma el dinero y calla —le bufó su amiga, poniendo varios billetes enrollados en su mano y arrancando las invitaciones de ella.

—Doscientos euros, precio de amigo —dijo el chico, contando con

rapidez sus ganancias—. ¿No quieres que te invite a algo, por los viejos tiempos?

—No, nos vamos —Monique la tomó del brazo y se dirigió a la puerta con ella.

El tal Xavier se interpuso, bloqueando la salida, con una expresión que en su mente debía parecerle melosa o seductora, pero que se quedaba únicamente en una mueca poco tranquilizadora.

—Venga, quedaos. Tengo de todo, hagamos una fiesta. Así podremos conocernos un poco más —su mano libre se posó en la cintura de su amiga.

En ese momento la rodilla de Estela se disparó como un resorte, impactando en la entrepierna del chico con tal fuerza que pareció levantarlo en el aire. El golpe le hizo doblarse bruscamente hacia delante y le dejó sin aliento. Se apoyó en una silla mientras emitía sonidos guturales de dolor y se agarraba sus partes. Monique aprovechó para abrir el pestillo y empujarla hacia fuera. Ambas corrieron desandando el camino hacia la entrada del pub a toda velocidad. Su urgencia quedó en nada, porque no hubo persecución y nadie salió tras ellas. A pesar de todo, en cuanto vieron la luz del sol salieron disparadas y desaparecieron tras la primera esquina.

—¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre tratar con alguien así? —dijo Estela en cuanto se sintió a salvo y pudo recuperar el aliento—. ¿De qué conoces a ese tío?

—De cuando era una cría muy tonta —respondió su amiga, meneando la cabeza—. No estoy orgullosa... pero no es peligroso, solo un salido.

—Eso no lo sabes. Podría ser un salido, un estúpido o ir colocado. Imagina que hubieses venido tú sola, ¡lo que podría haber pasado!

—Pero para eso te traigo a ti, mi defensora —replicó en tono de broma, pero también visiblemente avergonzada—. Le has dado bien, va a estar todo el día buscándoselas...

—A veces me dan ganas de matarte —Estela no pudo evitar sonreír ante su ocurrencia—. Se lo merecía, que hubiese tenido las manos quietas. ¿Ahora a dónde vamos?

—¿Ya no te acuerdas? Somos invitadas VIP, tenemos una inauguración a la que asistir —dijo Monique agitando las invitaciones frente a ella y llamando a

un taxi.

La Saison Rouge estaba situada en la segunda y tercera plantas de un edificio remodelado del distrito 9 de París. La fachada permanecía tal y como había sido desde los últimos dos siglos, pero el interior había sido restaurado, las paredes eliminadas y los dos pisos conectados. La luz de la fiesta se veía desde la calle, aquel era el evento de referencia, no ya de la semana, sino del mes o incluso el año. Al menos en cuanto al mundo del arte se refería. Habían pedido al taxista que las dejase en una avenida próxima. Preferían no tener que esperar a aparcar entre limusinas y coches de lujo.

Caminaron entre la gente tratando de mantener la calma, a pesar de los nervios y el nudo en el estómago. Eso al menos era lo que sentía Estela, porque Monique parecía totalmente decidida y la arrastraba de la mano cuando ella aflojaba el paso de forma inconsciente. Suspiró, alegrándose de tenerla. Al cruzar el último paso de peatones vieron por fin la entrada, delimitada por un cordón y una alfombra de terciopelo rojo. Había un fotógrafo hablando con un guardia de seguridad. El enorme hombre de pelo rapado mantenía una mano sobre la cámara, impidiendo que el periodista la levantase. Parecía que se tomaban la intimidad muy en serio. Antes de que pudiese reaccionar, se acercaron al otro vigilante, que las miró de arriba a abajo y abrió el cordón para dejarlas pasar. Al parecer el tiempo que habían empleado en arreglarse para la ocasión había merecido la pena.

—No nos han pedido la invitación —le dijo a su amiga mientras entraban en el ascensor.

—Supongo que considerarán poco elegante tener a la gente rebuscando en sus bolsos en plena calle...

Cuando llegaron al tercer piso, el misterio se aclaró: las puertas se abrieron para mostrar la continuación de la alfombra roja de la entrada, que conducía hasta un nuevo cordón de seguridad. En este sí que había un hombre comprobando en un lista nombres e invitaciones. Se acercaron aparentando aplomo y Monique tendió las suyas, dedicando una sonrisa al gigante con el auricular. El hombre sacó una pequeña luz ultravioleta y la pasó a lo largo del papel.

—Disculpen, señoritas... me temo que sus entradas son falsas —dijo tras repetir la operación una vez más.

—¿Qué? Pero eso no puede ser —Monique no tuvo que fingir su sorpresa, ni su enfado, aunque solo Estela lo percibió por la forma en la que se tensaba su cuello. El chico que se las había vendido tenía los días contados.

—Las invitaciones llevan una serie de números impresos con tinta invisible. Las tuyas no los tienen. Son copias... buenas, pero copias —les explicó el vigilante, rasgándolas y dejándolas sobre la mesa tras él.

—No lo entiendo, la persona que nos las dio dijo que podríamos entrar sin problema —argumentó su amiga, y en el fondo no mentía.

—Lo siento, no puedo hacer nada. Este es un evento privado, sin invitación no se puede pasar —reiteró el hombre, haciendo un inequívoco gesto, sería imposible colarse con promesas o engaños.

Un hombre con barba, pelo intensamente negro y tez aceitunada se acercó al escuchar su conversación. Sus ojos, también negros y brillantes, y su sonrisa completaban su aspecto de actor de cine.

—Siempre tan estricto, Goran —le dijo al vigilante—. Seguro que las señoritas no tienen la culpa de que haya estafadores y desaprensivos por ahí.

Tomando las partes rotas de las invitaciones, las examinó a la luz, como si estudiase la calidad de la falsificación. Con una leve sonrisa, las dejó de nuevo sobre la mesa, uniendo ambos pedazos de forma que asemejasen su forma original.

—Después quiero que averigües quién ha distribuido estas copias. No merece la pena molestar a la policía. Ni a estas señoritas... ¿Me permiten que las acompañe dentro?

Monique y Estela se miraron un instante, abriendo los ojos de par en par por la sorpresa. Su suerte había dado dos vuelcos tan rápidos que resultaba difícil de creer. Su inesperado anfitrión retiró él mismo el cordón y las invitó a pasar con un gesto.

—Muchas gracias, es usted muy amable —dijo Estela al fin, su amiga todavía estudiaba al hombre de tez morena sin saber a qué atenerse—. Pero no queremos que tenga ningún problema por nuestra culpa, ¿señor...?

—Me llamo Eitan Amner y soy el dueño de la galería. Soy yo quien tiene

la última palabra sobre quién entra y quién no, así que todo está bien —tras observarla con atención, la sonrisa del hombre se amplió, quizá divertido ante la idea de tener allí a dos invitadas que tenían el atrevimiento de no saber siquiera quién era él.

—Discúlpenos, no le hemos reconocido —se apresuró a decir Monique, agarrándose al brazo de Estela y avanzando con ella. En esta ocasión no tiraba sino más bien buscaba protección mutua ante la vergüenza.

—No se preocupen, no me gusta salir en las revistas tanto como a otros. Espero que disfruten de la velada. Después me gustaría conocer su opinión sobre mi colección, si es posible —dijo cerrando el cordón de seguridad y conduciéndolas al espacio principal de la galería.

—Será un placer. Y gracias de nuevo, señor Amner.

—Llámeme Eitan, por favor —el hombre no disimulaba su interés, quizá una seña de que estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería. De momento no tenía muy claro cuál de las dos había atraído su atención.

—Gracias, Eitan... me llamo Estela Darmon, ella es mi amiga, Monique Gillard. Nos ha salvado la vida.

—No tanto, creo —le quitó importancia él, aprovechando su presentación para estrechar sus manos ligeramente, de manera caballerosa. La suya era cálida y suave, casi pudo imaginar el tenue aroma de la crema con la que seguramente las cuidaba—. Espero que como mínimo las haya rescatado del aburrimiento. ¿Entonces nos veremos después?

—Por supuesto.

Con una sonrisa y un ligero asentimiento, el dueño de la galería se alejó, volviendo a sus quehaceres y fundiéndose entre la gente con soltura, repartiendo sonrisas y deteniéndose a explicar obras de arte a millonarios que las entendían a medias. En unos segundos ya solo era posible localizarle por el círculo de aduladores a su alrededor.

—¿Has visto quién era? —dijo Monique conteniendo el impulso de zarandearla, pero agarrándola de las manos con fuerza igualmente.

—Alguien que deberíamos conocer. ¿No te habías informado sobre la galería?

—Reconocí el apellido, pero no había fotos tuyas. Creo que es el

heredero de pozos de petróleo en no sé qué país árabe, o algo así.

—Eres de muchísima ayuda —rió Estela al escuchar su descripción.

—¿Qué más da? ¿Le has visto? ¡Es guapísimo! Si tú no lo quieres me lo quedo yo...

—¿Qué dices? ¿Ya te lo has adjudicado?

—Bueno, es una broma —su amiga sonrió y se colgó de su brazo con gesto soñador mientras se abrían paso como podían entre la gente—. No pienso en nada serio. En realidad me conformo con que me construya un palacio en el desierto y me cubra de oro.

—El tipo de cosas que pasan todos los días, claro.

—Por cómo te miraba, no descartaría que te lo ofrezca a ti —el codo de la morena puntualizó sus palabras dándole varias veces en las costillas, tal y como hacía siempre, y lo odiaba. Se detuvieron frente a una pintura de varios metros de ancho en colores primarios.

—No me interesa.

—Claro, a ti te interesa tu Señor Misterioso del museo.

—¡Si solo le he visto dos veces! —bufó, apartándose de Monique, incapaz de enfadarse con ella.

—Mejor aún, así es más romántico —su amiga localizó a uno de los camareros, que evolucionaba sin dificultad aparente entre la multitud con una bandeja llena de copas de champán en la mano—. Voy a buscar algo de beber y a ver a quién es interesante arrimarse. ¿Estarás aquí?

—Sí, no te preocupes... no voy a perderme.

Sonriendo al verla ya ensimismada en la pintura, Monique se alejó entre la gente dejando un rastro de disculpas a su paso. Ella por su parte era de las pocas que se paraba a admirar las obras y se alegró de que fuese así. Había cierto espacio para respirar entre los invitados y los lienzos, una especie de zona de descompresión creada por el arte, pensó. Le gustaba estar allí, al menos eso sí que haría especial la noche.

Después de unos minutos resultó evidente que había acertado en su profecía: Monique se había perdido, había conocido a alguien o estaba haciendo su labor de relaciones públicas. En cualquier caso, no volvería pronto. Si algo había aprendido en aquellos meses de salir con ella, era que

tendría que ir a buscarla al final. De momento no le importaba, pero el volumen de la sala estaba empezando a ser excesivo para ella. A la música del DJ se sumaba la constante charla de los invitados, que no dejaban de interrumpirse unos a otros con risas cada vez más estridentes.

—¿Estela? —dijo una voz masculina familiar.

Por un instante pensó que se trataría de William, pero al levantar la vista se encontró con la sonrisa de Ryan. Por muy efusivo y natural que intentase parecer, ahora le resultaba imposible creerse su pose. Su exnovio sujetaba una copa de champán en cada mano y su sorpresa parecía genuina, para variar.

—Pensaba que no ibas a venir... qué alegría encontrarte —continuó.

—Ha sido una decisión de último momento —mintió, a regañadientes. Lo que fuese por sacárselo de encima cuanto antes.

—¿Te apetece una copa?

—¿No te espera alguien? —respondió ella, enarcando una ceja ante su desfachatez.

—No hay problema, no te preocupes. ¿Y si buscamos un sitio para ver las obras y charlar un poco? No hemos tenido tiempo para hablar de... nosotros.

—No hay nada que hablar, Ryan —le cortó, sabiendo hacia dónde se encaminaba aquello—. Vuelve con quien estuvieses. Nos veremos en clase.

Para puntualizar su frase se dio la vuelta y buscó el camino más cercano al lado opuesto de la galería. Ryan dejó sus copas en la bandeja de un camarero que pasaba y la tomó por el brazo antes de que pudiese evitarlo.

—No puedes marcharte así y hacer como si no hubiese pasado nada —dijo él, indiferente a las miradas que estaba provocando.

—Eso es lo malo, que ocurrió y no puedo borrarlo —dijo Estela, moderando su tono tanto como pudo, pero furiosa en el fondo—. Vuelve a tu vida y deja que yo regrese a la mía, los dos estaremos mejor.

—Después de todo lo que...

—¿De qué? ¿De que me llevases por ahí como un trofeo? ¿De todas las veces que me dejaste colgada cuando te cansabas de mí? ¿O de cuando ni siquiera disimulabas mientras hablabas con otras al teléfono para quedar? ¿Te refieres a eso?

Ryan se quedó mudo, pálido. Sus ojos relampaguearon con un atisbo de

odio. A las personas como él les gustaba hacer su voluntad sin que nadie les pidiese cuentas. Que les echasen en cara su comportamiento era la peor afrenta imaginable, porque les bajaba de un plumazo de su trono de marfil. Incapaz de articular una respuesta, permaneció allí, bloqueado. Fue entonces cuando Estela aprovechó para abrirse paso entre la gente y buscar un lugar donde no tener que verle. Se habría marchado gustosamente, pero no podía abandonar a Monique. La buscaría más tarde, cuando se hubiese serenado. Una joven de pelo largo y rubio se interpuso entre ella y su libertad.

—Me imaginaba que te encontraría aquí. No puedes dejarle tranquilo, ¿verdad? —dijo Gina, con una mirada de desdén.

—No estoy de humor, así que déjame pasar —respondió ella, sin intención de darle explicaciones.

—Ryan tiene razón, eres incapaz de pasar página...

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Se paró al instante y miró a la chica a los ojos, dispuesta a fulminarla con una réplica contundente que la pusiese en su sitio. Sin embargo en el último segundo reconoció en sus ojos la misma ceguera que ella había tenido respecto a su exnovio. Si Gina tenía esa actitud era porque alguien estaba envenenando su pensamiento. A ella le había costado darse cuenta de lo manipulador que era, no podía culparla por haber caído en la misma trampa.

—Mira, Gina, no sé qué te habrá contado Ryan, pero da igual. Podría intentar rebatirlo, pero eso sería jugar a su juego, y él hace mucho que dejó de importarme —le habló con total sinceridad—. Tú pareces una buena chica y estoy segura de en el fondo ya te has dado cuenta de cómo es. Sabes que el centro del mundo es él, que te hará daño por capricho y ni siquiera se dará cuenta. Solo se importa él mismo. Escapa mientras puedas, no dejes que te arrastre. No te merece, cualquier tiempo con él es tiempo perdido.

La confusión se adueñó del rostro de la italiana, la discusión había tomado un rumbo que no anticipaba. No era una cría inocente y Ryan no era discreto en cuanto a lo que hacía o deseaba. No hacía falta que Estela enumerase sus desplantes, los había sufrido con creces. Su actitud en aquella misma inauguración era un buen ejemplo.

—Yo... sé cuidarme sola.

—Lo sé. Y harás lo correcto, no hace falta que yo te diga más.

Sus mutuas miradas se relajaron un grado. El rostro de Gina se tiñó de un punto de tristeza, quizá desilusión. Era algo que llevaba enterrando, ocultándose a sí misma, demasiado tiempo. Reconocer que Ryan no era el adecuado, sino pura fachada, suponía replantearse muchas cosas. Lo primero si dar un portazo y mandar a la mierda. Estela deseó que tuviese voluntad para hacerlo.

—Está por ahí, si quieres verle —dijo haciéndose a un lado para pasar junto a ella.

—Sí... —respondió Gina, y antes de que se alejase más, añadió—. Estela... gracias.

Surcando la marea de cuerpos, se alejó tanto como pudo a través de las estancias de la galería, ansiosa por volar lejos, lejos de su vida, lejos de todos. En el fondo sabía que estaba atrapada entre esa gente que solo pensaba en mantener su pose y hacerse fotos que subir a internet. Acabó de nuevo entre las obras expuestas, la zona menos concurrida. Al final el arte era su última defensa contra la realidad. Suspiró y al volverse se encontró de frente con Eitan Amner.

—Esto no era lo que imaginaba cuando pensaba en arte, ¿verdad? —dijo su anfitrión, siempre sonriente, acercándose hasta donde ella estaba y admirando el cuadro más cercano.

—¿A qué se refiere? —respondió, agradeciendo el cambio de tema—. ¿Al cuadro o a la fiesta?

—Las dos cosas. ¿Qué opina? —abarcó con un gesto la sala entera, incluyendo los cuadros expuestos.

—Sobre la fiesta, supongo que es un mal menor. Al fin y al cabo tener una galería significa ocuparse de un negocio —trató de ser comprensiva, a pesar de sus prejuicios—. Seguramente habrá gente muy interesada en el arte y mucho más experta que yo. Solo que ahora no es su mayor prioridad.

—Qué diplomática —dijo Eitan, riendo—. Debería contratarla como relaciones públicas. ¿Y los cuadros?

Se ruborizó ante la ocurrencia, nunca se había planteado dedicarse a un

empleo en el que tuviese que tratar directamente con la gente. Al menos aquel estaría relacionado con algo que la apasionaba.

—Hay algunas obras maestras —respondió, pensativa—. Otras son impresionantes por su tamaño, o por lo atrevido de sus temas. No sé si llamaría a todo arte, porque a menudo dudo de la intención de algunos artistas. Son más... productos. Productos artísticos.

—Pero todo lo es al final, ¿no? —argumentó él, observándola con intensidad.

—Que algo se venda no lo convierte en un producto. Hay cuadros que nacen de la pasión, el desengaño, la tristeza... expresan algo. Puede que alguien los compre y comparta eso durante un momento al observarlos. Ese mundo del arte sí que me interesa.

—Pero este otro mundo, no.

—En este siempre me queda la duda. Un artista conocido, o bien relacionado, al final sabe que cualquier cosa que haga será casi como imprimir dinero —Estela frunció el ceño—. ¿Quién podría trabajar con espontaneidad así? No me creo que puedan seguir hablando sinceramente de la angustia de vivir o del miedo del día a día con millones en el banco. Para ellos eso queda muy lejos.

—Así que es usted de las idealistas que aún creen en el arte como una expresión íntima y liberadora —el hombre parecía cautivado y a la vez encantado por la dirección que había tomado la charla.

—Algo así, es un buen resumen —sonrió, asintiendo—. Debería ser artista y no dueño.

—No, por favor. Mi talento es nulo, lo descubrí ya de niño. Pero se lo agradezco, y su crítica despiadada a toda mi colección también —bromeó.

—¡No! No es eso —replicó algo avergonzada por si había parecido demasiado dura o arrogante—. Puede que haya cosas que no me gusten, pero es simplemente mi forma de verlo. Ante todo prefiero ser sincera.

—Y es muy refrescante, creame. No quedaría mucha gente en esta sala si solo dejásemos entrar a los sinceros.

—No me parece algo tan malo —preguntó ella, recordando con qué suficiencia y qué vacías de ética y principios solían ser las intervenciones de

la mayoría de sus compañeros de clase a veces—. ¿No cree que la compañía sería mejor?

—Es probable, me gustaría comprobarlo —respondió él, acercándose aún más y cambiando de tono después, a uno que impidiese que nadie de su alrededor les escuchase—. Dígame, ¿le gustaría seguir hablando de todo esto en otra parte, señorita Darmon? Quizá tomando algo, o saliendo a cenar algún día.

La oferta la pilló por sorpresa y se recompuso como pudo.

—Yo... se lo agradezco, pero tendría que pensarlo. Entre los estudios, los trabajos...

—Está bien, lo entiendo. Le dejo mi teléfono por si en algún momento le apetece —sacó una tarjeta y apuntó el número en la parte trasera.

—Gracias —le pareció un detalle muy cortés que no insistiese, era algo poco habitual—, al menos podremos vernos en su galería.

—Lo estoy deseando —Eitan asintió y después miró con resignación a los invitados que ya miraban en su dirección, como requiriendo su presencia—. Debo ocuparme de nuevo de mis labores como anfitrión, por desgracia. Confío en que podamos repetir este intercambio de opiniones pronto.

—Encantada, yo también lo espero.

En cuanto Eitan se alejó, su pequeña fobia a las multitudes no tardó en hacer acto de presencia de nuevo. Parecía que había estado al acecho, junto con el ruido. Buscó con la mirada un lugar en que refugiarse y su mirada se posó en las escaleras metálicas que conducían a la segunda planta. No sabía si habría tanta gente como allí pero merecía la pena arriesgarse. La cabeza empezaba a dolerle.

Dio un rodeo para llegar al pie de las escaleras. Otro cordón de seguridad las había mantenido cerradas, pero ahora alguien lo había retirado y no había ningún vigilante, al menos que ella viese. Con aplomo subió los peldaños, dejando atrás el infernal parloteo. Suspiró aliviada al sentir alejarse el rumor de la muchedumbre. La planta superior estaba casi vacía, solo algunas parejas caminaban comentando los cuadros expuestos. En el extremo más alejado de aquella planta, con forma de ele, se veían varias esculturas de gran formato. Se dirigió allí. No había nadie y las tallas se elevaban como tótems de alguna

civilización perdida, con rostros y figuras apenas surgiendo de la madera. Los focos iluminaban también una instalación de paneles verticales de madera, una estructura que le recordó una celosía o un biombo antiguo. Se alineaban uno tras otro hasta formar una especie de pequeño laberinto. Por algún motivo resultaba relajante, quizá porque el sonido parecía llegar más amortiguado gracias a él. Caminó a su alrededor, si atreverse a entrar.

Cuando se encontraba en el punto más alejado del recorrido, escuchó pasos y voces que venían en su dirección. Reconoció la de Eitan Amner y por algún motivo se ruborizó y quiso evitar que la encontrase allí. Aprovechando la entrada más cercana del laberinto de celosías, se escondió entre sus pasillos, rezando para que los muros fuesen lo bastante tupidos como para que no se pudiese ver su silueta desde el exterior. Caminando despacio, buscó el centro y se quedó esperando.

—No sabes lo que estoy arriesgando con todo esto —escuchó decir a Amner—. Mis clientes se están impacientando.

—Tus clientes esperarán lo que haga falta —replicó con desprecio una voz de mujer—. Pero si piensan que pueden encontrar piezas mejores en otra parte, adelante, que se retiren.

—¿Y si lo hacen? Nos estamos jugando millones.

—Nadie tanta mercancía ni de tanta calidad como yo. Así que esperarán y pagarán... se hará como yo diga, o no se hará.

—Te expones demasiado. A algunas personas no les gusta.

—Que piensen lo que quieran, no me preocupa. No he llegado hasta donde estoy esperando la aprobación de nadie. Que cada cual cumpla su parte.

—Entonces, ¿qué les digo?

—Haremos la última adquisición dentro de poco. Solo necesitan saber eso.

El sonido de la conversación, que había dado vueltas por la habitación, comenzó a alejarse. Estela, movida por la curiosidad, buscó la salida del laberinto, algo que le llevó más de lo que esperaba. Para cuando pudo orientarse, ya no había nadie cerca, así que apuró el paso para descubrir a la interlocutora de Amner. No estaban en esa ala, así que se apresuró a la siguiente.

Vio dos personas descendiendo por las escaleras, él escribía en su teléfono con un lápiz, ella parecía dictarle algo. Cruzó la estancia para verla mejor. Puede que en ese momento hiciese un ruido, quizá con sus tacones, porque la mujer levantó la mirada un instante. Sus rasgos parecían de Europa del Este, ¿quizá era rusa? Tenía el pelo largo y ondulado de color cobrizo y llevaba un vestido aún más provocativo y escotado que el de Monique, si es que eso era posible. La desconocida pareció calibrarla en un instante y después su atención volvió hacia Eitan. El repentino temor que Estela había sentido se desvaneció, no sospechaban que les había estado escuchando. Pero... ¿qué había oído realmente?

Esperó un tiempo prudencial y bajó por las escaleras, buscando con la mirada a su amiga. Por algún motivo sentía la necesidad imperiosa de marcharse. Intuía algo, no era peligro en sí, pero a pesar de todo estaba intranquila. Localizó a Monique hablando animadamente con un grupo de personas vestidas de forma elegante. Tenía talento natural para engatusar a cualquiera, eso estaba claro. Se abrió paso hasta allí y llegó a tiempo de escuchar una anécdota de la facultad, una en la que ella había sido coprotagonista. Se murió de vergüenza, aunque nadie pudiese reconocerla. Dio la vuelta hasta ponerse a la altura de su amiga y la tomó por el brazo.

—¿Moni, me acompañas un momento? —le dijo, sonriendo a los presentes.

—¿A dónde? ¡Aún no te he presentado! Este es el conservador de...

—Se la devuelvo enseguida —la interrumpió, sonriendo a los presentes—. Si nos disculpan...

Haciendo caso omiso de sus débiles protestas, se la llevó aparte, en dirección a los baños. Como cabría esperar en un lugar así, también eran una pieza de diseño, con semiesferas de aluminio como lavabos y los interiores, suelos y paredes, en mármol negro vetado de blanco. Enormes espejos de un lado a otro proporcionaban poca intimidación. Esperó hasta que las dos últimas invitadas salieron y empujó a Monique a uno de los servicios, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Estás bien? ¿Qué es tan urgente?

—El dueño de la galería, Eitan Amner. ¿Qué sabes de él? —le susurró,

sintiéndose un poco tonta al hacerlo. Toda la conversación estaba empezando a parecerle una locura, antes de empezar siquiera.

—Viene de una familia importante de Oriente Medio, no sé de dónde. Su padre es un inversor, él administra varias de sus empresas.

—Creo que le he oído planeando algo.

—¿Planeando el qué? Me estás dando miedo.

A continuación le explicó lo que había pasado minutos antes en la segunda planta. La expresión del rostro de Monique fue cambiando de ojos abiertos con incredulidad a un ceño fruncido pensativo. Cuando terminó, tardó unos segundos en hablar.

—Sabes que yo me apuntaría enseguida a una buena conspiración, pero lo que dices suena más a una compraventa de arte o una subasta... no tiene por qué haber nada ilegal.

—¿Y la mujer?

—Su contacto internacional, una abogada, una representante, puede ser mil cosas.

—Me pareció que tramaban algo, ellos mismos se comportaban como si fuese algo turbio —replicó Estela, manteniéndose en sus trece. No haría falta que se alejasen tanto del resto de asistentes a la fiesta si solo quisiesen discutir estrategias de negocio, ¿no?

—¿Puedo ser sincera? ¿No estarás imaginando cosas para no tener que volver a verle? Por cómo hablaba contigo me pareció que le interesabas...

—Ahora eres tú la que imagina cosas. Y sé lo que he escuchado.

—Y yo te creo, has oído algo, eso está claro —su amiga meneó la cabeza—, pero luego has rellenado con mucha imaginación. Seguro que todo es mucho más inocente. Estela... deja de darle tantas vueltas a las cosas y disfruta.

Se preguntó si Monique tendría razón y habría hecho una montaña de un grano de arena. Había sido testigo de una conversación extraña, sí, pero su reacción no estaba muy justificada. Al fin y al cabo Amner había sido muy atento con ambas y solo había tenido buenas palabras. Era injusto que desconfiase de él de esa manera, como mínimo sin darle el beneficio de la duda. Aunque la mujer y él estuviesen hablando de maniobras empresariales

poco lícitas, eso sería problema suyo. No es que especular con obras de arte le pareciese bien, pero tampoco tenía pruebas de nada.

—De acuerdo. Lo siento, me he dejado llevar —dijo con una leve sonrisa avergonzada—. Volvamos a la fiesta, ya te la he estropeado bastante.

—De eso nada. Verás cuando te presente, hay un constructor de yates de Mónaco que conoce al príncipe de...

Para cuando salieron de los baños su amiga ya había relatado la mitad de su vida y la guiaba entusiasmada de regreso entre la gente. Estela se hizo la promesa interior de divertirse lo máximo posible.

5

No había contado con tener resaca pero allí estaba, martilleando su cabeza. Despertó y abrió los ojos, tardando algo en ubicarse. Aquella cama era mucho más mullida que la suya, y las paredes no se cerraban sobre ella como las de su piso. Entonces recordó la inauguración y cómo habían decidido que dormiría en casa de Monique. Sin embargo no conseguía visualizar lo que había pasado al final de la noche. Ella no solía beber y ahora le quedaba claro por qué. Cogió su móvil y al encenderlo el brillo de la pantalla torturó sus ojos.

—¡No, por favor! —escuchó quejarse lastimeramente a su amiga, tumbada junto a ella.

—Tenemos que levantarnos, ya estamos llegando tarde a la primera clase.

—Vamos a pasar de ir hoy, venga... dí que sí.

—¡No! —respondió enérgicamente Estela. No deseaba malgastar el tiempo justo ahora.

—Está bien...

Se arrastraron con un esfuerzo supremo fuera de la cama y se turnaron en la ducha. Después trataron de recordar dónde habían dejado su ropa, entre la montaña de prendas que se habían probado el día anterior. Cuando la localizaron se vistieron y bajaron apresuradamente por las escaleras hasta la planta baja.

—¿Todavía estáis aquí? —dijo el padre de Monique, echando un vistazo al su reloj al verlas aparecer. Él llevaba puesto su abrigo y un maletín en la mano, salía hacia su oficina—. Os acerco al centro, vamos.

Estela dio gracias a aquel golpe del destino que le permitiría llegar con normalidad a la facultad. No le apetecía causar mala impresión ahora que

estaba “a prueba”. En teoría debía ser tanto su trabajo final como la nota de sus exámenes lo que más contase, pero sabía que los profesores valoraban a aquellos que se tomaban en serio sus clases. Aparecer solo para las evaluaciones era sinónimo de una mala puntuación en los resultados finales.

Miró por la ventanilla del coche y vio a la gente dirigiéndose a sus puestos de trabajo, a hacer la compra o simplemente deteniéndose a charlar bajo el sol y el frescor de la mañana. El padre de Monique le daba a su somnolienta hija un sermón sobre la responsabilidad y la madurez, sabía que iba para las dos, en realidad. Se sintió un poco avergonzada. Salir la noche anterior le había dado mucho en que pensar, pero reconocía que no era el mejor momento para las locuras. Ya habría tiempo.

Se despidieron del señor Gillard y subieron por las escaleras, parecía mentira que tuviesen que volver a tomar apuntes y estudiar después de haberse codeado con los artistas de más renombre de la ciudad unas pocas horas antes. Pero era un baño de humildad y el mejor recordatorio del camino que aún les faltaba por recorrer.

Las primeras clases eran teóricas, de historia y medios audiovisuales, no eran sus preferidas pero siempre había algo interesante que aprender. Por desgracia la profesora había elegido aquel día para enseñarles diapositivas, y cuando bajó las persianas para obtener algo de oscuridad, tuvieron que hacer esfuerzos para no dormirse allí mismo. Resistieron pellizcándose mutuamente, Estela tomó todos los apuntes que pudo, tratando de combatir el entumecimiento de su cerebro manteniéndose activa. Así pasaron las primeras horas.

De vuelta al pasillo, mientras escuchaba a Monique enumerar todas las asignaturas que consideraba inútiles, le pareció ver a Ryan y Gina cruzar por uno de los pasillos al fondo. No podía estar segura, pero a pesar de todo se sintió ligeramente decepcionada, había esperado que la chica le dejase y se plantease rehacer su vida lejos de él. Pero quizá era un cambio demasiado radical para que ocurriese de la noche a la mañana.

El mediodía llegó antes de lo previsto, ayudado por las clases prácticas. Era feliz cuando podía mancharse los dedos con carboncillo o pintura, las horas volaban. Al tocar la última campana, Monique le dio un beso en la

mejilla y recogió sus cosas a toda prisa.

—Mi padre viene a recogerme, se ha empeñado en que vayamos a comer en familia hoy... creo que quieren darme la charla entre los dos —su amiga suspiró con fastidio—. Te cuento esta noche, ¿vale?

—Vale, yo tomaré algo por aquí y después iré al museo. Luego hablamos.

—Avísame si te encuentras con tu chico...

Monique pronunció esas palabras guiñándole un ojo y alejándose en dirección a la puerta. Desapareció antes de que ella pudiese responderle con fingida indignación. Ver a William le apetecía bastante, en realidad. Charlar con él era agradable y no es que le sobrasen las amistades. Quizá porque valoraba la sinceridad y le costaba mantener una charla superficial. O solo era demasiado exigente y espantaba a cualquiera que intentase romper el hielo con ella. Era realista respecto a eso. Terminó de recoger sus cosas y decidió que un bocadillo era tan aceptable como cualquier otra cosa. Salió en dirección a la cafetería.

Minutos más tarde caminaba en dirección al museo Lemprière dando rápidos mordiscos a un sándwich de atún. No había comprado postre, pero quizá podría invitar a William a un café, imitando lo que había hecho él en su encuentro anterior. Con ese pensamiento haciendo que se le dibujase una sonrisa en los labios y sus ojos se volviesen soñadores, cruzó las calles bulliciosas de la ciudad.

Al llegar a la plaza frente al museo, Estela le buscó con rapidez. Por algún motivo intuía que estaría esperando por ella. No tardó en localizarle, sentado en uno de los bancos, dándole la espalda, con un cuaderno de dibujo sobre las piernas, la mirada concentrada y pasando un lápiz entre su pelo moreno de forma distraída. Le hizo gracia el detalle, porque ella solía hacer algo parecido con sus pinceles. Cuando era más joven se descubría mordiéndolos incluso, sin darse cuenta. Por suerte aquella costumbre suya había desaparecido. Ahora solo jugueteaba con ellos mientras intentaba decidir cómo seguir adelante en alguno de sus lienzos. Últimamente esos bloqueos o dudas la paralizaban bastante a menudo. Quizá la presión de definir su estilo como artista estaba pasándole factura. Caminó con confianza en dirección a

William, por suerte ya no tenía que morir de vergüenza rompiendo el hielo, él lo había hecho por ella la última vez. Cuando se encontraba a mitad de la plaza se detuvo.

Una limusina se había detenido en la calle, provocando los toques de claxon airados de varios taxistas. De ella bajó una mujer a la que reconoció al momento por su característica melena cobriza. Se trataba de la misma que había visto en la presentación de *La Saison Rouge* hablando con Eitan Amner. En esta ocasión había cambiado el vestido rojo por un elegante traje chaqueta negro y una falda de tubo. Llamaba la atención con su figura, tanto que varios transeúntes volvieron la vista disimuladamente al pasar. Sin prisa cruzó la acera y se acercó a William, que alzó la vista para mirarla. No parecía sorprendido, como si ya la conociese. Estela retrocedió unos pasos hasta apoyarse en un árbol, quedando semioculta. Se dijo a sí misma que no estaba espiando, o por lo menos que si lo hacía, era por un buen motivo. Si esa mujer estaba implicada en algo delictivo, quería saberlo. ¿Y qué querría de William?

Fuera lo que fuese, no lo consiguió. La conversación fue corta, algo tensa, pero la mujer no perdió su sonrisa de serpiente en ningún momento. No era un gesto amigable, sino más bien la seña de quien sabe que va a salirse con la suya a pesar de todo. Ni siquiera sabía su nombre pero cada vez le caía peor. Inclinandose hacia William, le dijo algo al oído y regresó a su limusina. El chófer la esperaba con la puerta abierta, no se había molestado en mover el vehículo para liberar el tráfico. Cuando arrancó, Estela suspiró aliviada. No sabía por qué, pero su presencia le producía escalofríos. Su atención se volvió entonces hacia William, que recogía sus cosas, dispuesto a marcharse.

Mientras él se echaba la bandolera al hombro y aseguraba sus cuadernos bajo el brazo, la incertidumbre empezó a invadirla. ¿Qué sabía realmente de William? ¿Tendría los mismos negocios dudosos que Eitan con aquella mujer? Se mordió el labio y le vio alejarse, pero no hacia la puerta del museo, sino calle abajo, en otra dirección. Estaba perdiendo la oportunidad, no solo de hablar con él, sino de intentar sonsacarle de alguna forma de qué conocía a la elegante pelirroja. Cuando su cabeza ya estaba a punto de desaparecer entre la gente, tomó una decisión.

Pensando si más adelante se arrepentiría de aquello, echó a correr tras

William, siguiéndole entre la gente y dejando una distancia de seguridad para no ser descubierta. No sabía si había quedado con la mujer, se dirigía a su tienda o simplemente iba a tomar algo cerca, pero necesitaba salir de dudas. Si había alguna oportunidad de averiguar algo más, debía aprovecharla.

A pesar de que él no se volvió en ningún momento, Estela no pudo evitar estremecerse y ponerse en tensión por si sus miradas se cruzaban. Cerca del museo podía alegar una casualidad, o que había intentado llegar hasta él para saludarle, pero a medida que se internaban por calles laterales en dirección a la periferia, aquella excusa se volvía menos creíble por momentos.

Su nerviosismo libraba una dura batalla con su curiosidad. La zona a la que se dirigían no le resultaba familiar, aunque había muchos barrios de París que nunca había visitado. Aquel parecía estar compuesto por edificios de estilo clásico, pero a juzgar por su aspecto, muchos llevaban tiempo sin ser ocupados. Las imponentes fachadas y los altos tejados de color gris azulado eran una combinación hermosa y señorial, y habría disfrutado visitando el lugar si no se encontrase en una misión de espionaje tan extraña. William continuó bajando la calle hasta llegar a unas puertas dobles con un trece dorado sobre ellas. En otro tiempo habrían sido deslumbrantes, ahora la pintura azul se caía a cachos y el metal estaba empañado. Sacando un voluminoso juego de llaves, abrió los cerrojos y entró.

Alzando la mirada desde la acera opuesta, Estela tuvo que reconocer que aquello no lo había previsto. Se imaginaba que seguiría a William hasta algún lugar fácilmente reconocible, una tienda, un taller, una cafetería... y que podría abandonar su persecución enseguida. Ahora en cambio se encontraba como al principio, o peor, porque no se le ocurría el motivo por el que él entraría en un edificio con evidente aspecto de abandono. ¿Vivía allí? Tenía llaves, al menos.

Con su mente funcionando a toda velocidad, decidió que se acercaría a comprobar los buzones, en primer lugar. Por improbable que pareciese, aquel podría ser su alojamiento habitual. Si lo era, habría puesto su nombre en ellos. Quizá era un bohemio y le gustaba el silencio de los edificios antiguos. Intentó que aquello no sonase todo a excusas para tranquilizarse sí misma.

Cruzó la calle y tras unos instantes de duda, empujó la puerta doble.

Estaba abierta. Desde la entrada pudo ver una especie de armario metálico alargado tirado a sus pies. Eran los buzones. Hacía mucho que no llegaba ninguna carta a aquella dirección.

Vio el polvo en el suelo y en los pasamanos, solo una sucesión de pisadas hechas con el mismo tipo de calzado había roto la uniforme capa gris. William entraba y salía de allí con cierta regularidad, a juzgar por lo limpio que estaba el centro.

Miró hacia arriba por el hueco de la escalera. No se escuchaba ni un solo ruido. Aquel era el momento de dar media vuelta y marcharse, pero ahora tenía nuevas incógnitas en vez de respuestas, y no podía dejar las cosas así. Puso el pie en el primer escalón y esperó. Nada se movía arriba. Ascendió al siguiente. Siguió el rastro de pisadas, dispuesta a salir corriendo si oía algo extraño. Sería una imagen ridícula, pero prefería aquello a tener que reconocer ante William que había estado siguiéndole por... ¿qué? ¿Desconfianza? ¿Celos? Todo resultaba demasiado vergonzoso para ella y con la impresión que causaría dudaba de que él quisiese volver a dirigirle la palabra. Ser seguido por una loca paranoica no ayudaba a afianzar una relación, desde luego.

Aferrando con fuerza la correa de su bandolera, subió con rapidez. Echaría un vistazo y se marcharía, al menos así no pensaría de sí misma que era una cobarde y toda aquella persecución no habría sido en vano. Llegó al primer piso, las puertas estaban cerradas y había sillas rotas amontonadas fuera. El rastro de pasos continuaba. En el fondo, pensaba, todo aquello se reducía a saber si William era quien aparentaba o no. Estaba cansada de personas que tenían dobles caras, tanto en la facultad, como en su vida cotidiana. Quería sacarse de la cabeza que él también le había ocultado algo, sobre todo después de pensar que al fin había encontrado a alguien como ella, un amante de arte que aspiraba a algo más en la vida. Puede que un solitario... como mínimo una persona simpática, después de tantas decepciones.

Ascendió el siguiente tramo de escaleras, las ventanas del rellano estaban opacadas por la suciedad o cubiertas con papeles. En la penumbra se adivinaba un resquicio de luz más arriba. Al subir los últimos escalones descubrió que se trataba de una puerta entreabierta. Las marcas en el suelo

eran confusas, no veía con claridad, algunas entraban pero otras parecían seguir hasta la siguiente planta. Dudando, empujó y se asomó a ese piso. Desde donde estaba se veían unos amplios ventanales que daban a la calle, por los que entraba la luz de la tarde. No había muebles a la vista, el lugar parecía deshabitado. Empujó un poco más.

El *loft* debía haber sido imponente en sus tiempos, era un enorme espacio diáfano, sin paredes. Si había habido puertas entre los diferentes salones, alguien las había retirado. Le recordó a las imágenes que había visto del palacio de Versalles, con galerías que parecían no acabar nunca. Solo al fondo se veía una estancia más pequeña, cerrada. Las cortinas parecían echadas en esa zona, había más oscuridad. Quizá aquel sitio no había sido una vivienda, sino un estudio de algún tipo, o una empresa llena de oficinistas bulliciosos. Se adelantó un poco más, atreviéndose al fin a poner un pie dentro.

El interior estaba más limpio de lo que esperaba, teniendo en cuenta la capa de polvo que recubría todo en el resto del edificio. Aquello jugaba en su contra, porque no podía saber si era allí donde había entrado William. De todas formas no podía ser esa su casa, todo estaba vacío. Procurando no hacer ruido, caminó unos metros más. Se había equivocado, sí que había muebles, o al menos algo parecido. Un tablero sobre caballetes hacía las funciones de mesa junto a la ventana. Sobre él había papeles desplegados, varios libros y algo que atrajo su mirada inmediatamente, lo que parecía una pequeña maqueta. La forma de la fachada le resultó familiar. Era una reproducción del museo Lemprière.

Olvidando un instante la precaución, se acercó a la mesa y cogió la maqueta. Era muy ligera, similar a las que había visto llevando en la mano a los estudiantes de arquitectura. Estaba realizada con gran precisión. Miró a través de las diminutas ventanas. Se veían columnas, incluso minúsculos cuadros colgados en las paredes. Sujetó el tejado y tiró levemente de él. Como sospechaba se podía desmontar. Al retirarlo quedó al descubierto la última planta del museo. La conocía muy bien, no le hizo falta más que un segundo para reconocer la distribución. Casi esperó verse a sí misma en el lugar que ocupaba siempre para pintar su retrato. ¿Qué significaba todo aquello? No podía ser una afición inocente, eso por descontado. William, porque no podía

ser otro, tramaba algo. Cada posibilidad que le venía a la cabeza era peor que la anterior.

Dejando la maqueta donde la había encontrado, miró los papeles que había sobre la mesa. Eran dibujos similares a los que le había visto hacer, planos precisos del museo, con apuntes sobre distancias, la ubicación de cada obra, las escaleras, las entradas. Un estudio minucioso. Los libros apilados cerca eran sobre arte, cogió uno al azar. Había marcadores en algunas páginas concretas, hojeándolas, vio que hacían referencia a las obras expuestas en el Lemprière. La colección permanente y algunas de las obras que habían pasado por sus salas en los últimos meses. Así que William llevaba con aquella vigilancia tan exhaustiva en marcha desde hacía ya un tiempo.

—No es lo que parece —dijo una voz a su espalda.

Estela soltó el libro que tenía en las manos, que cayó sobre la mesa con un tremendo golpe. Se volvió. El sonido aún hizo eco por las habitaciones vacías mientras ambos se quedaban frente a frente. William estaba allí, observándola desde la penumbra. Avanzó despacio hacia ella. Su gesto no era amenazador, ni siquiera parecía enfado por su intromisión. Su primer instinto fue salir huyendo, pero temía más al ridículo que a la posibilidad de que él la persiguiese. No le imaginaba capaz de ello, aunque su intuición sobre las personas había resultado estar bastante errada últimamente.

Parecía que estaba planeando robar el museo, esa era la realidad. Podía endulzarlo como quisiese, pero todas las piezas encajaban. Sus visitas, los dibujos tan detallados, las maquetas. Hasta el hecho de que hubiese sido tan agradable con ella y que se hubiesen conocido de esa forma tan... casual. Había querido pensar en el destino, o en la buena suerte. Ahora la realidad la golpeaba de lleno. Todo podía ser parte de un plan, uno destinado a cometer un delito de enormes proporciones. Y ella era un peón más.

—Yo... no tendría que haberte seguido, perdona —dijo sin apartar la vista de él y caminando de lado, en dirección a la puerta.

No le hizo falta fingir vergüenza o arrepentimiento, en esos momentos sentía ambas cosas con tal intensidad que el nudo del estómago se le hacía insoportable. Solo el miedo y el instinto de supervivencia la mantenían centrada.

—Estela... —dijo él, dando un paso más.

—Tengo que irme, lo siento, ya hablaremos ¿vale? —las palabras se le atropellaban, esbozó una sonrisa torpe y caminando de espaldas hacia la entrada.

Se volvió súbitamente y se fue sin mirar atrás, bajando las escaleras de tres en tres. Para cuando llegó a la entrada estaba sin aire. Salió a la calle dando un portazo y corrió tan rápido como pudo. No sabía si él iba tras ella, pero no quiso arriesgarse. Se internó sin rumbo en una callejuela tras otra, escondiéndose al fin en un portal oscuro. Miró hacia el exterior con todo su cuerpo temblando como una hoja.

No tenía claro cómo se sentía, quizá engañada, lo que era aún más doloroso porque de alguna forma le habían ilusionado sus conversaciones con William, que la rescataban de su monótona vida cotidiana. Y ahora cuando más falta le hacía descubría que todo había sido una farsa. Que había otras intenciones detrás, que quizá hasta la ponían en peligro.

Su mente volaba a toda velocidad, en lucha consigo misma, asustada, indignada, furiosa. Tendría que haberse quedado y haberle gritado todo aquello. Decirle que se alejase del museo, de ella, que se olvidase de tocar sus queridos cuadros.

Inspiró profundamente, debía serenarse. Todo le parecía irreal, a medida que pasaban los minutos y su corazón recuperaba su ritmo, comenzó a crecer la incertidumbre ¿Y si había malinterpretado las cosas? Todo lo que había visto era sospechoso pero la remota posibilidad de que existiese una explicación razonable e inocente hacía tambalear su convicción. Repasó las imágenes en su cabeza. Había escapado con tanta rapidez que ahora el recuerdo era confuso y fragmentado. Sabía lo que había visto pero...

Suspirando con resignación, se dio cuenta de que no podría resolver aquello ella sola. No le gustaba la idea, pero si el museo corría peligro, y si quería saber la verdad sobre William, tendría que pedir ayuda.

6

La comisaría de policía era un edificio de aspecto frío y burocrático, con una fachada que parecía no haber sido remodelada desde los años 70. Había bastante movimiento y Estela tuvo que esquivar a varias personas que entraban y salían, algunas quejándose de la falta de interés de los agentes, otras directamente esposadas y siendo empujadas por ellos. En una situación normal aquello la habría desanimado, pero sentía el peso de la responsabilidad de lo que iba a hacer. Había llamado por teléfono y le habían indicado por quién preguntar y dónde hacer su denuncia. Ahora tenía que ir hasta el final.

Subió por las escaleras que le señaló el agente tras el mostrador de la entrada y trató de encontrar una placa o alguna señal en las mesas que poblaban la segunda planta. Un hombre joven, de pelo rubio y vestido con un pulcro traje gris se acercó a ella.

—¿Busca a alguien? Quizá pueda ayudarla...

—Me han dicho que pregunte por el inspector Berthier —respondió ella, levantando el papel donde llevaba apuntado el nombre: Jean Michel Berthier, robos.

—Soy yo, encantado de conocerla, señorita... —dijo él, sonriendo y extendiendo su mano.

—Darmon. Estela Darmon, igualmente —la estrechó, el apretón fue firme y seguro, quizá deseando inspirarle confianza.

—Venga a mi mesa, le tomaré declaración.

Berthier la guió junto a la ventana, en el exterior ya se había hecho de noche y había cierto bullicio por el cambio de turno. Sin embargo él no miró el reloj, solo a ella, con genuina atención, algo que la alivió. El policía sacó una libreta y consultó sus notas.

—Según le dijo al agente por teléfono, sospecha que se va a cometer un robo en el museo Lemprière, donde usted trabaja como becaria, ¿es correcto? —dijo el policía, leyendo.

—No trabajo allí, soy estudiante de Bellas Artes y copio retratos para practicar... —aclaró rápidamente Estela, tratando de que los nervios no hiciesen presa en ella. Sentía un impulso general de huir y olvidar todo aquello, pero se contuvo.

—Muy bien, a veces al transcribir las llamadas los datos resultan confusos, lo corrijo entonces —dijo él, quitándole importancia—. Intente contarme con sus palabras lo que ha visto, quién cree que va a robar el museo, todo lo que recuerde.

Arrancó el relato unos días atrás, aunque ahora le parecían muy lejanos. Fue haciendo un repaso a sus encuentros con William, recalcando sus actitudes más sospechosas. Le habló a Berthier de la inauguración de *La Saison Rouge* y de la desconocida de la melena cobriza. En esa parte, el inspector tomó una gran cantidad de notas y frunció el ceño, pero ella no supo interpretar si aquello era bueno o malo, o si sus palabras habían hecho saltar un recuerdo de algún otro asunto. Cuando llegó a la parte en la que ella seguía a William hasta su casa, el policía alzó una mano para interrumpirla.

—Entiendo que usted hizo lo que creyó más adecuado, pero podría haber resultado muy peligroso —dijo Berthier—. Nunca se sabe cómo va a reaccionar un criminal que se ve descubierto. En adelante llame a la policía primero, estamos aquí para ayudarla y su seguridad es lo primero.

—Sé que hice una tontería... no volverá a ocurrir.

El inspector pareció darse por satisfecho y le hizo una seña para que continuase. Fue entonces cuando le habló de la maqueta, los planos y los libros. Omitió la parte en la que escapaba presa del miedo, todavía la avergonzaba haber tenido aquella reacción.

—¿Y dice que no había nada más en ese piso? ¿El edificio parecía abandonado?

—Sí, no era una vivienda. Al menos no había nada a la vista, ni una cama, ni una cocina... parecía más un estudio de trabajo.

—Podría tratarse de un piso franco, si ese tal Frost está planeando

realmente un robo.

—¿Usted lo cree posible?

—No podemos descartar nada. Por lo que describe, como mínimo hay una actividad sospechosa. Haremos preguntas y lo aclararemos.

—¿Cree que corro peligro?

—Lo dudo, lo que usted sabe de él no constituye un delito, de momento. No hay una ley que impida estudiar un museo, incluso aunque sea de forma obsesiva hasta el más mínimo detalle —se encogió de hombros ligeramente, reflejando su impotencia—. Es sospechoso... desde luego. Pero incluso en el caso de que se tratase de un ladrón de arte, tiene más aspecto de un oportunista que de un criminal violento.

—Entonces no van a detenerle.

—Como le decía, no hay delito, de momento. Lo que sí que me gustaría es inspeccionar ese piso. ¿Estaría dispuesta a venir conmigo? No hace falta que salga del coche, si no lo desea.

El mayor temor de Estela era involucrarse más y estaba ocurriendo de nuevo ante sus ojos. Si se había decidido a denunciar a William era porque temía por el museo. En el fondo también se sentía algo dolida al pensar que podía estar siendo utilizada, o como mínimo engañada. Le había angustiado la idea de que le detuviesen por su culpa, pero como decía el inspector Berthier, por muy sospechoso que fuese su comportamiento, solo eran eso, sospechas.

—Sí, si no hay más remedio...

—¿Le parece bien ahora? No es necesario demorarlo más. La dirección que me ha dado está muy cerca en coche y así saldremos de dudas. Si el señor Frost se encuentra todavía allí, le haré unas preguntas.

—No creo que confiese que es un ladrón de arte —respondió ella, con un leve tono irónico que no pudo contener. Se sintió mortificada inmediatamente—. Quiero decir que... disculpe, no quería expresarlo así.

—Tiene razón, no confesaré, pero llevo años tratando con mentirosos y estafadores, creo que podré distinguir cuánto de verdad hay en su historia —Berthier sonrió como si comprendiese perfectamente sus reticencias.

Abrió la boca para decirle que el restaurador era difícil de interpretar, pero prefirió que lo descubriese él mismo. Respecto a quedarse en el coche o

no, daría igual. William sabría perfectamente quién le había denunciado. Le dolía un poco que tuviese que ser así, pero la otra opción era cerrar los ojos y proteger a un posible delincuente.

—Iré con usted —dijo al fin con aplomo.

—Se lo agradezco. Como le dije, no será necesario que salga el coche, pero me vendrá bien tenerla cerca para indicarme el lugar exacto y poder reconocerle.

Ella asintió, aparentando una seguridad que no tenía. Berthier recogió su abrigo, su arma y su placa y la acompañó hasta el ascensor. Bajaron hasta el parking en silencio. Estela se dio cuenta de que no habría más agentes con ellos. Por algún motivo había esperado que llevase al menos un compañero, alguien para cubrirle las espaldas.

—¿No viene nadie más? —le dijo de pie junto al coche, tratando de no dejar traslucir inseguridad. Casi le parecía una descortesía teniendo en cuenta lo bien que le había tratado el inspector hasta ahora.

—Mientras no tengamos constancia de actividad criminal, no creo que sea necesario. Si ocurre algo inesperado pediré refuerzos, no se preocupe.

Entró en el vehículo conteniendo un suspiro. Le habría gustado enfrentarse a aquello con tanta naturalidad, aunque en el fondo no imaginaba a William poniéndose violento. Tampoco le imaginaba robando con un pasamontañas, aprovechando la noche para descolgar los cuadros del museo y salir huyendo. No pegaba con él. ¿Pero cuánto le conocía en realidad? ¿Qué parte de lo que le había contado sería cierto y cuál pura invención?

—Señorita Darmon, le aseguro que ha hecho bien acudiendo a la policía. Haremos todo lo posible por aclarar las cosas —dijo Berthier sin mirarla, mientras conducía para salir del aparcamiento—. He hablado con el museo y solo han tenido palabras de elogio hacia usted.

Estela se dio cuenta de que desde su llamada se habían puesto en marcha más mecanismos de los que esperaba. El inspector no solo había tomado nota de su caso sino que se había informado, quizá para descartarla como una loca. Prefería pensar que se trataba del procedimiento habitual. Le gustó escuchar que en el museo la tenían bien considerada. Sabía que era una cara familiar para los guardias y el personal, pero siempre había creído que sería una más

entre tantos estudiantes que pasaban por allí.

—Puede llamarme Estela. Sabe, no quiero meter en problemas a William...

—Si no ha hecho nada malo, no tiene nada que temer —dijo el policía, con tono tranquilo, y añadió—. Y usted puede llamarme Jean.

El coche no llevaba sirena, tampoco ningún distintivo oficial, y se movía entre el tráfico con la lentitud que cabría esperar en París. Mientras se detenían en otro semáforo más, observó por el rabillo del ojo al inspector Berthier, o mejor dicho, Jean. Fuera de las oficinas tenía un aspecto más juvenil, si se hubiese topado por la calle con él no habría adivinado que era policía. Sin embargo parecía muy profesional, se tomaba en serio su trabajo. Incluso su manera de conducir, clavando su mirada en el movimiento de los coches a su alrededor y girando el volante de forma precisa. En conjunto transmitía seguridad y eso le gustaba. Se fijó en un detalle más al observarle, el peculiar color miel de sus ojos. Si Monique estuviese allí sabía que ya le habría dado un codazo y habría intercambiado con ella un gesto significativo. Definitivamente, Berthier era el policía más guapo que había conocido nunca.

Algunos minutos y unas cuantas calles más tarde, comenzó a reconocer las fachadas. Estaban en el lugar que había abandonado hacía unas horas. La luz de las farolas daba un aire tétrico a toda la zona.

—No es un mal barrio, pero ha tenido mala suerte. Esta manzana se vendió a un banco, golpeó la crisis y su rehabilitación se ha pospuesto varias veces —le explicó Jean mientras aparcaba—. Primero querían convertirlo en oficinas, después en viviendas... ahora no hay dinero para ninguna de las dos cosas.

Se quedaron observando las ventanas un instante, no había ninguna luz en el interior. Abriendo la guantera, el policía sacó una linterna, comprobó su arma y se dispuso a salir del coche. Estela le imitó por el lado contrario.

—¿Ha decidido venir?

—Prefiero ir con usted a quedarme en el coche.

—Entonces póngase detrás y haga lo que yo le diga —su tono cambió de repente, volviéndose directo e imperativo, también protector.

—Pensaba que no había peligro —respondió ella, haciendo una mueca.

—Es el procedimiento —Berthier endulzó su rostro con una leve sonrisa—. Y yo estaré más tranquilo si me hace caso.

Ella asintió y cruzó la calle con él, a paso rápido. La puerta estaba cerrada pero cedió al primer empujón con un chirrido de madera contra piedra. No ganarían un premio a la discreción, pero ahora ya estaba hecho. La oscuridad era absoluta, Jean encendió su linterna, apuntando hacia a los mismos lugares que le habían llamado la atención a ella: las pisadas en el suelo, los buzones, las desgastadas escaleras. El policía comprobó todas las puertas, asegurándose de que seguían cerradas y nadie podía aparecer por detrás, al menos sin alertarles antes.

Subieron por las escaleras y la maniobra se repitió en la primera planta. Todo estaba clausurado, cerrado a cal y canto. En la segunda, la puerta por la que ella había salido estaba abierta de par en par. Por algún motivo a Estela le pareció mala señal. Cuando Jean y ella entraron en el *loft*, sus sospechas se confirmaron. Estaba totalmente desierto, ni siquiera quedaba rastro de la mesa donde había visto la maqueta y el resto de papeles.

—Estaba todo aquí —dijo acercándose a la ventana, temiendo que ahora él la acusase de haberlo inventado todo.

—La creo, mire —señaló al suelo con la linterna.

Allí no había polvo, pero la pulcra limpieza del resto dejaba al descubierto algo. Cuatro pequeñas zonas cuadradas donde se habían apoyado las patas de los caballetes. Habían acumulado suciedad a su alrededor y la persona que lo había desmantelado todo había olvidado ese detalle.

—Su amigo se ha dado mucha prisa. Creo que al final no quiso arriesgarse... —dijo Berthier mientras recorría la sala con el haz de su linterna.

—No es mi amigo —replicó ella, sin saber si esa afirmación era cierta o no—. ¿Si se lo ha llevado todo significa que es que es culpable?

—Es pronto para decirlo —respondió Jean, abriendo las puertas del fondo, que resultó que daban acceso a un baño y un pequeño cuarto habilitado como dormitorio—. Entrando en esta casa estaba infringiendo la ley, yo podría haberle detenido de forma preventiva y confiscado todo lo que estuviese a la vista como prueba. Habríamos descubierto enseguida si tramaba algo.

El inspector regresó junto a ella y meneando la cabeza, sacó su libreta. Tomó un par de notas y volvió a guardarla. Ante la mirada inquisitiva de Estela, respondió antes de que ella preguntara:

—He anotado las señas, mandaré a los forenses a que echen un vistazo y a un agente para que se entere de si alguien ha visto algún movimiento extraño. También contactaremos con los dueños, aunque no veo ningún desperfecto.

—Él tenía llaves. Al menos las de la puerta de la calle.

—Sería una llave maestra, son fáciles de conseguir. Los edificios de esta zona son antiguos y nadie se ha molestado en cambiar las cerraduras exteriores.

—Así que... no hay mucho más que hacer —dijo ella, con desánimo.

Lo que más la desilusionaba era no haber podido resolver ninguna de sus incógnitas. ¿Quién era William? ¿A qué se dedicaba? ¿Estaba siendo una paranoica armando tanto revuelo? Por una parte quería creer que sí y que todo podía quedar una broma, algo de lo que reírse juntos más adelante. Pero ese momento ya había pasado. Ahora tenía a un policía delante, dispuesto a averiguar si se estaba planeando un robo real, en el museo que ella visitaba a diario. No era una fantasía.

—Deje que la acerque a su casa —dijo Jean, mientras regresaban a la entrada.

—No es necesario...

—Insisto, me quedaré más tranquilo si la llevo. Considérelo un servicio público.

—De acuerdo —era difícil resistirse a su sonrisa, la relajaba de alguna forma.

Bajaron por las escaleras, el aire frío nocturno les golpeó al salir a la calle. Estela se arrebujó en su abrigo, hundiendo la cabeza entre las solapas. Antes de que pudiese negarse, Jean se quitó su bufanda y se la colocó por encima, acomodándola de forma que rodease su cuello. Le observó mientras la ajustaba hasta que solo sobresalió su nariz por encima. Parecía una buena persona, del tipo que trabaja como policía porque piensa de verdad en ayudar a la gente.

—Muchas gracias —le dijo ruborizándose y bajando de nuevo la cabeza,

al darse cuenta de cómo había fijado la mirada en él.

—No hay de qué. Puede devolvérmela la próxima vez que nos veamos, me gustaría repasar su declaración —dijo él—. Y quizá necesite que mire algunas fotos, por si podemos identificar a su ladrón misterioso. Prometo mantenerla informada.

Estuvo a punto de saltar y decir que no era “su” ladrón, pero se dio cuenta de que Jean solo quería quitarle seriedad al asunto para que ella no se preocupase. Era algo tarde para sacar aquello de su cabeza, pero le agradecía el intento. Subieron al coche y cuando le dijo al inspector dónde vivía, este frunció el ceño.

—No es una zona muy recomendable. Quiero decir, no es mala, pero... supongo que el trabajo de artista no es de los mejor pagados ¿no?

—En mi caso no da ningún dinero aún, vivo de mis ahorros y la pensión es a lo que puedo llegar —respondió ella con resignación—. El barrio es mejor de lo que parece, no he tenido ningún problema serio allí.

—Me alegro. En cualquier caso, recuerde que tiene mi tarjeta. Si algún día alguien la molesta...

—Se lo agradezco, no se preocupe.

El tráfico no había mejorado en el tiempo en que habían estado en el piso, se movieron despacio, pero a Estela no le importó. En su piso solo la esperaban sus libros y los trabajos pendientes, así que compartir aquel tiempo con Jean era tan buen plan como cualquier otro. No tenía prisa por volver.

—Quizá sea un atrevimiento pero me gustaría ver su trabajo, si no le importa —dijo él, rompiendo el silencio—. Me pasaré por el museo un día, si todavía tiene pensado seguir haciendo sus prácticas allí.

—Claro que sí, no tengo pensado cambiar mi rutina —respondió ella, repentinamente halagada. Respecto a lo que insinuaba, no tenía ningún miedo de William y no iba a escapar—. ¿Sería una visita oficial?

—Solo a medias. Me gustaría hablar con los guardias, pero también ver sus obras.

—Aún me falta mucho como para que sea algo que merezca la pena.

—Tengo la sensación de que es usted demasiado modesta...

Llegaron a su barrio y después a su calle. Se alegró de que aquel no fuese

un coche policial, con las insignias, las luces y los colores típicos. A los chicos del vecindario no les iba a hacer ninguna gracia, y menos si ella salía de su interior con toda naturalidad. Sabía cómo funcionaban allí las cosas: se respetaba a los que se llevaban esposados, a nadie más. Los amigos de la policía no eran bienvenidos.

—Tiene mi teléfono para lo que necesite —repitió Berthier, mientras ella salía del coche—. Haremos todo lo posible por esclarecer las cosas, puede estar tranquila. Y gracias por acudir a nosotros, ha hecho lo correcto.

—No hay de qué —respondió levemente sonrojada—. Les llamaré si me entero algo más.

—Espero verla pronto —se despidió él, con una nueva sonrisa y una leve inclinación de cabeza.

Después el coche arrancó y desapareció entre el tráfico. Estela se dio la vuelta para mirar la fachada de su edificio, una dura vuelta a la realidad después de tantas emociones. Al menos tenía algo que contar a Monique, le encantaría saber que había conocido a un guapo y amable inspector de policía. La tendría toda la noche imaginando excusas para poder llamarle o planeando qué decirle cuando volviese a verle. Ojalá todos los dilemas de su vida se redujesen a eso.

7

Pasaron dos días sin que supiese nada del inspector Berthier ni de William. La primera vez que regresó al museo pasó más tiempo buscándolo con la mirada que pintando, esperando que entrase en cualquier momento por la puerta, con su flequillo despeinado y su mirada, que parecía esconder siempre dobles intenciones. O quizá ahora lo veía así por lo que sospechaba de él, no sabría decirlo. En cualquier caso, no dio señales de vida.

El segundo día las clases en la facultad fueron especialmente pesadas y cuando llegó al museo y colocó su caballete y su lienzo, soltó un bufido, furiosa. No iba a preocuparse más por aquello. Tenía demasiado que hacer, se jugaba su carrera. Que se ocupase la policía, no le interesaba si William aparecía o no. Y no lo hizo. Cuando las luces de la tarde cayeron y cerró su caja de pinturas, le dedicó un único y fugaz pensamiento. Su ausencia lo confirmaba todo, ¿no? Era culpable, tramaba algo.

La mañana del día siguiente su móvil sonó con un mensaje mientras ella estaba aún lavándose los dientes. Era Jean, disculpándose por no haberla informado antes. No habían sacado nada de los vecinos, si alguien había ocupado aquel piso, por su parte podría haber sido un fantasma. Pero aún le quedaba otra baza. El testimonio de Estela había sido lo bastante convincente como para solicitar las grabaciones de seguridad del museo, las tendría pronto. ¿Querría acercarse a comisaría para identificar al sospechoso?

Respondió afirmativamente, iría cuando él quisiese, no tenía ningún problema. Pensó para sí misma que aunque viese a William en ellas, señalárselo a Jean era lo mejor que podría hacer. Si así daban con él y podían interrogarle las cosas quedarían un poco más claras, al menos. No mejoraría la relación entre ambos, pero ahora no podía pensar en eso. O mejor dicho, no

quería.

Decidió que aquella tarde se la tomaría libre para dedicarse a otro de sus pasatiempos preferidos, visitar librerías antiguas y rebuscar entre sus estanterías. Le gustaba el olor y el tacto del papel viejo. Por otra parte los libros de segunda mano era lo único que podía permitirse, así que la combinación era perfecta. Cuando volvía a su piso con dos o tres novelas por un par de euros estaba más que satisfecha. Después los devoraría tumbada en su cama antes de acostarse y cuando los terminase, los releería una y otra vez hasta que sus páginas quedasen deformadas. Tenía la costumbre de subrayar las frases que más le gustaban con lápiz y dejar comentarios en los márgenes, algo que la habría horrorizado de niña, cuando uno de sus mayores orgullos era tener la biblioteca de su habitación pulcramente ordenada y los libros en perfecto estado. Ahora sin embargo consideraba más importantes las cosas que podía aprender de ellos, o las emociones que podía capturar, y esas pequeñas marcas la ayudaban a hacerlo. Otro motivo era que al retomar una novela, tiempo después, esas notas antiguas la trasladaban al momento y lugar en que la leyó por primera vez, y añadían un plus de nostalgia.

Su librería favorita era *The Abbey*, situada cerca del Sena y Notre Dame. A menudo paseaba hasta allí después de salir de la tienda, con sus libros bajo el brazo. La catedral estaba llena de turistas haciendo fotos a todas horas, pero con un esfuerzo lograba abstraerse e imaginar cómo sería el lugar hacía cientos de años. En realidad era algo que le gustaba hacer en toda la ciudad. Fantaseaba con los diferentes momentos del pasado a los que le llevaba cada iglesia, cada monumento y rincón. Ojalá pudiese viajar hasta allí a voluntad, dejando su estresante presente atrás.

Los libros se apilaban en el exterior de la librería y tapando las cristaleras que daban a la calle. El interior no era mucho mejor, cada rincón estaba lleno hasta el techo de volúmenes, creando un estrecho pasadizo por el que el visitante debía deslizarse esquivando a otros clientes. Para Estela repasar las cubiertas maltratadas era casi un reto, le gustaba descubrir ejemplares únicos, ediciones antiguas, aunque fuese de libros corrientes, o aquellos que tenían sus páginas subrayadas o anotadas, tal y como ella hacía. Asomarse de esa forma a la mente de otra persona le parecía intrigante.

Aquella tarde *The Abbey* estaba tan concurrida como siempre, la tienda era famosa entre los aficionados a la lectura y muchos turistas aprovechaban su cercanía con otros monumentos para hacerle una visita. Rodeó una columna más de libros, que se mantenía en un equilibrio precario, y se acercó a una pequeña mesa que contenía más material del que parecía físicamente capaz. Antes de que pudiese empezar a ojear los títulos, alguien se puso al otro lado y comenzó a hacer lo mismo. Por costumbre y porque no le gustaba entablar conversación con nadie, evitó mirar directamente el cliente. Pero pronto las manos que pasaban las portadas le resultaron familiares. Alzó la vista.

—Hola, Estela... —dijo William, con un gesto y una sonrisa naturales, como si fuese lo más habitual del mundo encontrarse de esa forma y no hubiese ocurrido nada extraño entre ellos.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo? —respondió ella, consciente de que debería sentirse asustada, o como mínimo preocupada, pero incapaz de ello. La furia reemplazaba cualquier sentimiento.

—Te marchaste tan rápido de mi piso que no tuvimos tiempo de hablar. Déjame que te explique.

—No es tu piso, estabas allí sin permiso. Y no sé qué hay que explicar...

—Las cosas que viste, no son lo que tú piensas —dijo él con repentina tensión y vehemencia en su voz, mirándola a los ojos.

Parecía realmente afectado, como si le importase mucho lo que ella pudiese pensar de él. Si era una estratagema para evitar que sospechase y que le denunciase a la policía, llegaba tarde. Pero no iba a decírselo aún.

—¿No estás planeando robar el museo Lemprière? —le espetó, optando por una sinceridad absoluta. No estaba de humor como para disimular con él—. Y será mejor que hablemos esto fuera, aquí estamos molestando.

Sin esperar a que él contestase, se dirigió hacia la puerta, deteniéndose para pagar los libros que había elegido y sonreír al dueño, que ya la conocía, después de tantas visitas. William hizo lo mismo, aunque en su caso se llevaba un voluminoso libro de arte. Se detuvo a esperarle en la calle con el ceño fruncido y en cuanto apareció se encaró con él.

—Si tienes algo que decir, hazlo rápido —le dijo fulminándole con la mirada.

—No tengo ninguna intención de robar el museo, al contrario —replicó él—. Mi principal preocupación es evitar que alguien lo haga.

—No lo entiendo, ¿a quién te refieres? Y entonces, ¿por qué tenías tú la maqueta y los planos?

—Trabajo para una aseguradora —respondió finalmente William—. Me encargan analizar la seguridad de galerías de arte, museos, joyerías... Hago un estudio y les señalo los puntos débiles en sus sistemas.

Estela le miró sin saber qué decir. Por una parte estaba sorprendida de que tuviese una explicación perfecta para lo que había ocurrido, pero por otra le resultaba indignante que pensase que iba a tragarse un excusa como aquella. Había encontrado tantas cosas sospechosas desde que le conocía que resolverlo de esa forma le parecía demasiado oportuno. No caería con tanta facilidad. Comenzaron a caminar en dirección al Sena, no quería que les escuchasen en plena calle hablando de algo así.

—¿Y el piso? ¿Si todo era legal por qué no lo has alquilado, en vez de entrar sin más? ¿Por qué huiste después de que yo me marchase?

—Suponía que darías parte a la policía, eres una buena chica, no esperaba menos. Y no puedo dejar que me descubran. Si mi nombre apareciese en un informe, las personas a las que vigilo acabarían por enterarse.

—Entonces nadie puede saber de ti ni pueden comprobar tus referencias... claro —no pudo evitar una sonrisa irónica al escucharle.

—Sí que puedes, si lo deseas. A estas alturas no creo que importe —William le tendió una tarjeta—. Puedes llamar a cualquiera de estos números, uno es la oficina local, el otro la sede central. Pregunta si trabajo para ellos. Eso sí podrán decírtelo, aunque no mi encargo actual.

Tras dudar unos segundos cogió la tarjeta. En ella se veía estampado un escudo, y bajo él, el nombre de una empresa que le sonaba vagamente. Sabía que tenían sede en Suiza y eran el tipo de gente al que llamas cuando tienes que asegurar un Miguel Ángel o un Van Gogh para una exposición. Más abajo se leía: “William Edward Frost – División de Arte y Patrimonio”. Ni siquiera se planteó llamar a los teléfonos que aparecían. Sabía lo que ocurriría, una voz educada y formal le confirmaría que el señor Frost era un empleado. Prefirió ahorrarse la vergüenza.

—Suponiendo que me crea todo esto, que no digo que lo haga... todavía no me has contado quién quiere robar el Lemprière.

—Es una historia bastante larga —respondió él, relajándose un poco y sonriendo—. ¿Dejarías que te la contase mientras te invito a cenar?

—¡No me lo puedo creer! —bufó ella—. Te recuerdo que hace un momento pensaba que eras un ladrón. Aún no estoy segura de que no lo seas.

—Si pensases que soy tan peligroso, no te habrías quedado a hablar conmigo —se encogió de hombros como si hubiese dejado caer un argumento demoledor.

Su aplomo, o mejor dicho la cara tan dura que le echaba a todo, le resultaba frustrante a veces. Lo pensó durante unos instantes. ¿Estaba segura de algo, respecto a William? Delincuente o no, su instinto le decía que en el fondo no era una mala persona. Y si era así, no había nada de malo en que fuese a cenar con él, ¿no? Por otra parte, una charla en un ambiente relajado parecía lo más apropiado si quería sonsacarle lo que estaba ocurriendo. En su cabeza escuchaba la voz de Monique diciendo que todo aquello era una locura, pero animándola a la vez, así que a pesar de sus reticencias asintió.

—Está bien, acepto la cena. Pero que sea algo rápido, me cuentas lo que quieras y me voy —dijo finalmente.

—Me parece perfecto. Menos en lo de ir rápido, a nuestra anfitriona no le gusta que le metan prisa con sus platos.

—¿Ya tenías pensado en un sitio? —se quedó pasmada, sus planes siempre iban varios pasos por delante de lo que ella imaginaba.

—Por supuesto. Uno muy cerca, el mejor de París.

Le Petit Poulet era un pequeño restaurante con un toldo rojo y algunas mesas redondas fuera, todas ocupadas, al que llegaron tras callejear un poco desde la ribera del Sena. Tardaron menos de lo que esperaba, William no mentía al decir que estaba cerca. Por la antigüedad del barrio, uno diría que aquel local siempre había estado allí. No sabía si sería el mejor de París, pero a juzgar por lo abarrotado que parecía, gozaba de un gran éxito.

Cuando entraron por la puerta, una mujer de aspecto maternal, mejillas sonrosadas y largo pelo rizado recogido en un moño se acercó a ellos. Sin

esperar ninguna presentación, abrazó cariñosamente a William, apartándole después para observarle de arriba a abajo con fingida desaprobación.

—Estás demasiado delgado, como siempre. ¿Cuánto hacía que no te veía? —dijo la mujer, sonriendo.

—Mejor no te lo digo o me echas a patadas. Siempre estaba a punto de venir, pero el trabajo...

—Ya, ya. No inventes excusas. ¿Quién es tu amiga?

Ambos se volvieron hacia Estela y ella sintió que se hacía muy pequeña, quizá por lo directa y efusiva que era la mujer. Intentó que no se notase.

—Estela, te presento a Madeleine, mi única familia en París...

William se volvió hacia la mujer y continuó las presentaciones.

—Estela es estudiante de Bellas Artes, me está ayudando con algunos trabajos.

—El trabajo, siempre el trabajo... pareces una chica lista, no dejes que este te líe con sus cosas, ya desde pequeño era un tramposo —dijo Madeleine, riendo y acercándose a ella para darle los besos de rigor—. Me alegro de conocerte, cualquiera que sea amigo de William es bienvenido.

—Encantada de conocerla—acertó a responder ella.

—Qué formal y educada, no pegas nada con él —dijo con una mirada enigmática.

—Si llego a saber que ibas a hundir mi reputación de esa forma, no la habría traído —intervino William, riendo.

—Calla y pasa dentro a saludar a los demás. Estamos más viejos y arrugados pero seguimos aquí... —tomó a Estela por el brazo—. Esta señorita y yo nos vamos a buscar una mesa.

Obedeciendo con rapidez, como si estuviese acostumbrado a aquellas reprimendas y supiese que era inútil discutir, William pasó detrás de la barra y se dirigió a la cocina. Las exclamaciones de sorpresa y alegría confirmaron que se había encontrado con sus antiguos conocidos. Madeleine mientras tanto la sujetó con fuerza y la condujo a la parte trasera. Aunque en apariencia el restaurante estaba totalmente lleno, tras un biombo y un corto pasillo vieron un cálido comedor con media docena escasa de mesas. Una pareja solitaria ocupaba una de ellas, cenando y hablando en voz baja a la luz de un pequeño

farol que colgaba sobre ellos. Cada mesa estaba iluminada de aquella forma, lo que le daba al lugar un aspecto íntimo. ¿Quizá hasta romántico? Se ruborizó un instante pero procuró no pensar en ello.

—¿Conoce a William desde hace mucho? —le preguntó a la mujer, para cambiar de tema.

—Desde que era un niño delgaducho, con esos ojos enormes —respondió ella mientras retiraba los platos que sobraban de una de las mesas—. Le veía subiendo y bajando por la calle cargando con todo tipo de cosas, cada día más flaco, hasta que un día le paré y le dije que entrase. Le puse un plato delante y lo limpió en un minuto. Desde entonces me ocupé de que comiese en condiciones.

—¿Era huérfano?

—Nunca ha querido hablar mucho de eso —la mujer meneó la cabeza y bajó la voz, mirando por encima del hombro de Estela, como si temiese que él pudiese aparecer repentinamente e interrumpir su confidencia—. Vivía con otros críos de la calle en una casa vieja. Trabajaba para un chatarrero que le pagaba una miseria. Rebuscaba en la basura y lo poco que ganaba lo gastaba para mantener a los demás.

—No da esa impresión... —dijo Estela, casi hablando para sí misma, pensando en la elegancia y educación que siempre demostraba él. Si hubiese tenido que apostar habría dicho que se trataba de un niño rico educado en un colegio privado.

—Ha sabido ganarse la vida. Pero que no te engañe, es un embaucador —respondió Madeleine guiñándole un ojo—. Eso sí, tiene un corazón de oro.

—¿A qué se refiere con que es un embaucador?

—Eso prefiero que lo descubras por tu cuenta. Pregúntaselo.

Con otra sonrisa maliciosa, la mujer retiró la silla e hizo que Estela se sentase. Unos segundos más tarde William apareció en el reservado y se dirigió hasta ellas. Tras darle otro beso en la mejilla a Madeleine, se sentó.

—Espero que tengáis hambre. Mientras tanto podéis poner os al día —dijo la mujer, lanzando una mirada significativa a Estela. Después desapareció en dirección a la cocina.

—¿Habéis estado hablando de mí? —dijo él, con una ligera sonrisa, entre

bromista y presuntuosa.

—No seas tan creído —respondió ella—. Pero sí... hemos hablado de ti, de cómo os conocisteis.

—La triste historia de mi vida. Es muy aburrida.

—A mí no me lo parece. Pero entiendo que no quieras hablar de ello...

—No tengo problema, puedes preguntar lo que quieras, todavía tenemos tiempo hasta que llegue el primer plato.

—Pero si no hemos pedido aún —ni siquiera había visto una carta en las mesas, le pareció extraño.

—Este restaurante es diferente, los platos son únicos. Confía en mí, te gustará.

—Creo que ya lo estoy haciendo demasiado —respondió ella, suspirando—. ¿Entonces te criaste en la calle?

—Más o menos. No era un sin techo, rescataba cosas que la gente tiraba y las vendía... en cuanto pude me busqué algo mejor —no parecía recordar con cariño aquellos años—. Estudié tanto como pude y descubrí que si adornas algo lo suficiente, los ricos pagan muy bien por ello.

—¿Qué estudiaste?

—Arte, Filosofía, Historia...

—¿Te licenciaste en tres carreras? —no podía ser tan mayor, ¿cómo las había cursado todas a la vez?

—Sí y no. Las estudié a mi manera. Asistía a las clases y hacía los exámenes, pero no tengo ningún título, porque nunca me matriculé.

Estela recordó lo buenos que eran sus dibujos, a pesar de su modestia. No necesitaba ningún papel que le dijese que era un verdadero artista, aunque tenía la impresión de que él mismo no se consideraba así. Tenía demasiadas facetas como para etiquetarlo. Y no pasaba un día sin que descubriese algo nuevo sobre él.

—¿Sacaste algo en claro? —bromeó.

—Que el arte puede dar muy bien de comer, digan lo que digan —William sonrió y justo en ese momento un camarero de aspecto juvenil apareció con dos platos. Los colocó frente a ellos y se alejó con rapidez.

William sirvió el vino mientras Estela miraba con curiosidad la elección

de la cocinera para aquella noche. Era una bullabesa, una sopa de pescado de aspecto apetitoso. Había descubierto la receta al llegar a París y la había comido alguna vez en casa de Monique, pero no se parecía en nada a aquella. Probó un poco y no pudo reprimir un murmullo de aprobación.

—Está riquísima —dijo tomando otra cucharada.

—Mamá Madeleine siempre nos cuida bien —dijo él, poniendo una servilleta en su regazo y dando un sorbo también—. Qué recuerdos...

El silencio duró unos momentos mientras degustaban el plato, era auténtica comida casera, no las cosas que ella preparaba a la carrera en sus minúsculos fogones. Lo más hogareño que había tenido desde que estaba allí había sido lo que cocinaba la madre de Monique, pero nunca había querido abusar de su hospitalidad. Tomando un poco más pensó que hacía falta muy poco para sentirse bien recibido. Algo preparado con tanto mimo, por ejemplo.

—¿Qué hiciste después de la universidad? —ahora que había empezado a conocer su vida, sentía más curiosidad aún.

—Intenté pintar, pero no lo logré, nada me parecía lo bastante bueno, así que volví a mi plan inicial. Vendería a los millonarios cosas corrientes, a precios ridículamente altos —esbozó una sonrisa maliciosa—. En realidad mi sueño siempre había sido tener un sitio que fuese mío, una pequeña tienda como la del anticuario para el que trabajé de niño. Pero con piezas de calidad, restauradas por mí.

—Y lo lograste —dijo Estela, recordando la primera conversación que tuvieron.

—Más o menos —respondió él, haciendo un gesto de resignación—. El local no es mío aún, hace falta mucho dinero para comprar un sitio así en París. Incluso alquilar puede ser una ruina. Ya lo sabía entonces, así que me dediqué a viajar, recorrí Italia, Grecia, Turquía... buscaba objetos únicos por los que me diesen dinero suficiente. Resultó que a algunas personas no les gusta que saques esas cosas de su país. Tuve que volver y buscarme empleo en el sector privado.

—Así empezaste como agente de la aseguradora.

—Más bien soy un consultor externo... pero sí. En cuanto logre ahorrar suficiente lo dejaré.

—Espero que lo consigas —dijo ella con sinceridad. Le había impresionado su historia, quizá porque era similar a la suya, de forma lejana. Ella no era huérfana pero podía sentirse identificada con la búsqueda de un sueño, sola y sin recursos.

—Gracias...

Le dio la sensación de que su máscara de desfachatez y seguridad caía un instante, permitiéndole mirar al verdadero William a los ojos. Le gustó lo que vio. Sus pensamientos quedaron interrumpidos una vez más por los camareros. En esta ocasión fueron dos: mientras uno retiraba los platos vacíos, otro colocaba en la mesa el segundo. Verduras asadas y carne en salsa, típicamente provenzal, con un olor que les trasladaba muy lejos, a una mesa en medio del campo en una tarde de sábado. Se le hizo la boca agua.

—Podría acostumbrarme a esto.

—Yo también —asintió él, con los ojos brillantes como los de un niño—. Lo máximo que cocino en mi piso últimamente son sándwiches *croque-monsieur*. Pero no se lo digas a Madeleine.

—Te guardaré el secreto —dijo ella.

Atacaron la comida con ganas, disfrutando de la infinidad de sabores que llenaba su paladar. Aquella era otra forma de arte, sin duda. Estela lamentó que su modesto presupuesto no fuese a permitirle visitar aquel restaurante más a menudo. No sabía cuánto costaría un cubierto pero no hacía falta ser adivina, estaba muy lejos de su bolsillo. La charla a partir de ese momento giró en torno a sus comidas preferidas y los recuerdos de infancia relacionados con ellas. Por primera vez se sintió relajada en compañía de William, olvidando sus sospechas y su desconfianza hacia él. Si esa era su intención al llevarla allí, había funcionado del todo.

El postre consistió en una tartaleta de queso con frutas del bosque. Al verla pensó que sería imposible que le entrase, pero después del primer trozo hizo todo lo posible por hacerle un hueco. El dulce era su perdición. Descubrió a William mirándola con atención más de una vez, pero no le importó. Al fin y al cabo ella le había sometido a un interrogatorio completo esa noche, podría soportar ser escrutada por él.

—¿Todo ha estado a vuestro gusto? —preguntó Madeleine cuando el

sonido de los cubiertos se apagó y solo quedó su conversación. Se estaba tan a gusto allí que ambos parecían reacios a levantarse.

—Ha estado delicioso —dijo ella, con entusiasmo—. Lo mejor que he probado en años.

—Sigues teniendo tu toque, mamá —añadió William.

—Me ofende que llegases a dudarlo. Ahora lleva a tu amiga a pasear, es momento de ver las estrellas, no de estar aquí —dijo la mujer, con fingido reproche, pero después añadió, dulcificando el tono y dándole un cariñoso tirón de orejas—. Espero que no tardes tanto en volver la próxima vez, ¿vale? Y tráela a ella también. Quiero veros a los dos.

—Lo haré, prometido —William se incorporó y le dio un afectuoso abrazo.

Estela hizo lo mismo, estrechándola con fuerza. Acababa de conocer a Madeleine pero ya sentía una gran corriente de ternura hacia ella. Le gustaba cómo trataba a todo el mundo, pero sobre todo la relación que tenía con William. No cabía duda de que había sido una influencia positiva para él siendo niño y le gustaba que aún mantuviesen el contacto. Le daba envidia, en cierto modo.

Al despedirse en la puerta, la mujer habló al oído de William, que sonrió y asintió. Saludaron con la mano y se alejaron calle abajo. El río quedaba cerca y sus pasos les condujeron allí por instinto, era un imán para cualquiera que estuviese en la zona, y más yendo en pareja. Estela hundió su rostro en su abrigo para escapar del frío parisino. La lámina oscura y brillante del Sena apareció finalmente ante ellos y su paso se volvió más lento hasta que se detuvieron. Las luces bailaban sobre su superficie.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó mirándole de reojo.

—Nada... solo que te cuide —respondió él sonriendo. También había subido el cuello de su abrigo y se quedó observándola un momento tras él antes de añadir—. Creo que piensa que somos algo más que amigos. No he querido llevarle la contraria.

Eso a Estela no le importaba, además estaba segura de que no habrían podido hacer que la mujer cambiase de opinión. Veía algo en ellos y no aceptaría nada diferente. En otro momento se habría opuesto rotundamente a la

idea, pero ahora tenía sentimientos contradictorios. Las pequeñas brechas que se habían abierto en la coraza de William al conocer más sobre su pasado hacían que tuviese que replantearse la imagen que tenía de él. Quizá debería seguir desconfiando, seguir enfadada por lo que había ocurrido en el *loft*, o ambas cosas, pero ahora le resultaba imposible. Prefería pensar que era realista, sabía que había una parte de él oculta, una que era más difícil de interpretar, y lo aceptaba.

Solo un pensamiento había comenzado a rondar su mente con más fuerza.

—¿Es peligroso?

—¿A qué te refieres? —dijo él, apoyado en la barandilla, viendo las ondulaciones del agua y escuchando las débiles olas chocar, más abajo.

—Lo que haces. La gente a la que persigues, ¿corres peligro? Si roban cientos de millones en arte, se juegan muchos años de cárcel. Imagina que descubren que tú estás detrás de ellos, quizá...

—No me pasará nada. Pero gracias por preocuparte por mí. Me gusta —no había ni rastro de broma en su voz, lo decía en serio.

—Qué tonto eres. No debería haber dicho nada —Estela esbozó una sonrisa y fingió fastidio.

Permanecieron en silencio unos instantes más. La noche se volvía cada vez más fría y aún quedaba un largo trecho hasta su barrio. Tendrían que ponerse en marcha.

—Debo irme ya, mañana tengo clase —dijo, a su pesar.

—Lo sé... Te propongo algo, pero no quiero que pienses mal —respondió él, tras unos segundos—. Mi piso queda muy cerca. Puedes quedarte a dormir y volver mañana temprano al tuyo, a tiempo para ir a la facultad. De día será más seguro. Para mí no es molestia, dormiré en el sofá.

La reacción instintiva de Estela un par de días atrás habría sido declinar la propuesta con rapidez. Sin embargo ahora dudaba. Por una parte se sentía segura a su lado y por otra estaba la curiosidad. Le intrigaba dónde y cómo viviría William, sabía que no tendría otra oportunidad de conocer el sitio al que llamaba hogar. ¿Guardaría algún secreto más? No le costó responderse a sí misma afirmativamente.

—De acuerdo, me parece bien. Te lo agradezco —dijo sin poder evitar

ruborizarse, estaba haciendo muchas cosas impropias de ella estos días. A Monique le encantaría saberlo.

—Vaya, pensaba que me costaría más persuadirte —respondió él, sonriendo.

—Ya ves que no. Ahora soy yo la que te sorprende.

—Y está bien que sea así... Mi piso está un par de manzanas más abajo, llegaremos enseguida.

Siguieron durante unos metros más la ribera del río para desviarse después a la derecha. El frío calaba cada vez más hasta los huesos, con un viento gélido que hacía que le doliese el rostro. William la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia él y cubriéndola con su abrigo. No dijo nada, la noche era mucho más soportable así. No había ni un alma a esas horas. Llegaron al portalón de un vetusto edificio, con una fachada de ladrillos de color pardo y arcos en la entrada. Sobre las terrazas de los últimos pisos dominaba una pequeña cúpula, a modo de torreón. William sacó un manojito de llaves, parecía que visitaba docenas de lugares, a juzgar por la colección de ellas, y abrió la verja.

—Bienvenida a mi humilde hogar —dijo con una de sus sonrisas, esas que siempre anticipaban algún tipo de doble sentido.

En este caso se trataba de lo que él consideraba “humilde”. El negocio de asesoría debía ser más lucrativo de lo que Estela imaginaba, porque en cuanto vio la entrada cubierta en mármol y las escaleras con pasamanos forjados supo que estaba muy lejos de lo que una persona de la calle consideraría sencillo o cotidiano. Más bien todo lo contrario.

El ascensor era tan arcaico y señorial como todo lo demás, con una jaula metálica que era un trabajo de artesanía en sí mismo. Subieron hasta la última planta y allí William se dirigió a la única puerta, situada en una esquina. Tras abrirla con una llave bastante más moderna que la primera, le hizo una reverencia para invitarla a entrar.

El piso era un ático en realidad, que ocupaba toda la esquina del edificio. El torreón que había visto desde la calle formaba parte de él y era accesible desde una escalera de caracol metálica situada en el centro del salón. Arriba parecía haber una sala de lectura o un mirador. Imaginó las vistas de la ciudad

que tendría desde allí. El resto no se quedaba atrás. Los techos eran altos, no había habitaciones como tales, daba la impresión de que lo habían reformado dejándolo sin paredes, salvo algunas puertas anexas que debían conducir al baño y quizá a un vestidor. A la izquierda se veía una pequeña cocina de estilo americano con una barra, bajo uno de los tragaluzes. Algo más lejos, un salón o biblioteca, con butacas y sillones. Al fondo, a la derecha, en la parte que no alcanzaba a ver todavía, probablemente estaría el dormitorio.

—Está un poco desordenado, no me lo tengas en cuenta —dijo William retirando una taza de café y un plato que habían quedado abandonados sobre una mesita.

—No te preocupes —respondió ella, comprensiva—. Si vieres el mío... aunque en este tienes mucho más espacio para dejar cosas tiradas. No quiero imaginar cuánto costará el alquiler.

—Por suerte se encarga la empresa. Me dieron carta blanca en las dietas. Un gran error —rio mientras le hacía un gesto invitándola a pasar.

Su primera parada fueron las estanterías del fondo, donde se alineaban docenas, quizá cientos de libros. La biblioteca era muy variada pero abundaban los libros de arte e historia. En cuanto al ocio, había una selección de novelas policíacas, género negro, pocos títulos recientes. Era de gustos clásicos. También había libros de viajes, relatos de exploradores de todas partes del mundo. Suspiró. Ella podría pasarse horas solo hojeando una colección así.

—Cargo con los libros a todas partes, creo que fue lo primero que traje, antes incluso que el colchón —dijo él, viendo su interés.

—Me da mucha envidia, más incluso que este piso, que es increíble. Echo mucho de menos mis libros. En el mío no tengo espacio... por no hablar del dinero.

—Te entiendo. Yo durante mucho tiempo me tuve que conformar con leer lo que encontraba en la basura.

—Las cosas te han ido bien desde entonces.

Dejando su abrigo sobre uno de los sillones, Estela caminó en dirección a la parte que no había visto al entrar. Como imaginaba, se trataba del dormitorio, oculto tras un biombo. La enorme cama de madera oscura estaba

deshecha. Una puerta entreabierta, a la derecha, daba a un pequeño baño. Sobre una silla había ropa arrugada. William la siguió y retiró las prendas, quitando también las sábanas. Abriendo un armario con aspecto de antigüedad, sacó una muda completa y procedió a hacer la cama.

—Tú dormirás aquí. Yo me quedaré en los sofás, ya has visto que son cómodos.

Ella asintió, preguntándose todavía cómo había accedido a pasar la noche en casa de casi un desconocido. Miró el biombo que separaba ambas zonas, era de bambú trenzado y dudaba de que él pudiese verla a través de él desde el salón. No era lo más íntimo del mundo pero al menos tenía un mínimo de privacidad.

Mientras él terminaba de ahuecar las almohadas y colocarlo todo en su sitio, Estela caminó lentamente por el salón. Un escritorio de pequeño tamaño colocado en el extremo más alejado llamó su atención. Se había quedado tan obnubilada por la biblioteca que lo había pasado por alto. Estaba lleno de papeles con diagramas, le recordó a lo que había encontrado en el piso franco. William llegó hasta donde estaba ella con rapidez, y levantando la tapa de la mesa, guardó todo dentro. Ligeramente sobresaltada por la prontitud con la que lo había hecho, se recuperó y fingió no tener un especial interés en aquellos documentos.

—Ya está todo listo —dijo él, haciendo una seña en dirección al dormitorio—. Si quieres acostarte...

—Sí, será mejor que me vaya a dormir ya —contestó con rapidez y le miró un instante a los ojos, sin saber si él disfrutaba de su timidez.

—Si necesitas cualquier cosa, estaré al lado. Voy a intentar leer un rato.

—¿No tienes sueño?

—Soy un ave nocturna, no te preocupes.

—Está bien... hasta mañana entonces.

Esbozó una sonrisa y cada uno tomó una ruta, ella tras el biombo, él en dirección a los sillones. Le vio desplegar una manta. Cogió un libro y se quitó el reloj. Parecía dispuesto a enfrascarse en la lectura.

Ella ya notaba el cansancio y tras asegurarse de que el biombo realmente la ocultaba totalmente, se desnudó hasta quedarse solo con una camiseta y la

ropa interior, y trepó para meterse en la cama. El colchón era tan alto que se sintió una niña por un instante. Las mantas eran pesadas, sintió su cálido abrazo al tumbarse. Antes de que pudiese pararse a pensar en las cosas extrañas que le estaban ocurriendo, sus ojos se cerraron y quedó profundamente dormida.

Sus sueños fueron intranquilos. Alguien la perseguía, o ella perseguía a alguien, pero sentía angustia porque ambos quedaban enredados en la viscosa masa que era la oscuridad. Vio las obras de arte del museo Lemprière, que también se hundían en aquel pozo de petróleo. Intentaba sacarlas tirando de los marcos, impedir que se manchasen, pero las perdía de vista y en el esfuerzo se soltaba de su único acompañante. Cuando el espeso líquido hizo presa de su cintura y comenzó a subir amenazando con ahogarla, se despertó de un salto.

Respiró tratando de recobrar el aliento y tardó unos segundos en darse cuenta de dónde estaba. Ya no había ninguna luz en el piso, no miró su reloj para no hacer ruido, pero debía ser de madrugada. Solo el escaso resplandor de la luna, colgada en el cielo estrellado, entraba por la claraboya superior. Guardó silencio y escuchó. Finalmente oyó, muy tenue, la respiración acompasada de William. No le había despertado.

Se atrevió a bajar los pies al suelo y caminar de puntillas. Seguramente no había necesidad de tanta cautela, pero no sabía si su sueño era ligero y no quería molestarle. Llegó al baño y encendió la luz. El espacio estaba bien aprovechado, incluso había una pequeña ducha al fondo. Mientras se lavaba las manos se miró al espejo. La Estela de hace unos días no sería capaz de reconocerla. Había precipitado su vida por una pendiente acelerada, no sabía a dónde la llevaría aquel camino por el que había decidido internarse. La madriguera de conejo. Todo por culpa de ese cabezota de William... si se comportase como una persona normal, todo sería más fácil. Pero entonces no se habrían conocido, reflexionó.

Al salir le pudo la curiosidad. Asomándose desde el biombo, buscó su silueta tumbada. Allí estaba, sobre el sofá. Respirando pausado bajo la manta. Se acercó tan sigilosamente como pudo. Si abría los ojos diría que se había levantado a por un vaso de agua, algo que era común en ella en realidad. No hubo necesidad de mentir, su anfitrión ni siquiera se dio cuenta de su

presencia, sumido en un sopor completo. Parecía bastante tranquilo, no había sobresaltos en su sueño, y eso la alegró. En su mano sujetaba todavía un libro, pero estaba a punto de caer al suelo. Tomándolo con cuidado, se acercó a la mesita central para dejarlo allí. Al ver la portada, se detuvo repentinamente. Reconoció la pintura que aparecía en ella, la había visto colgada en el Lemprière muchas veces.

Pasó rápidamente las páginas, yendo primero a las que estaban señaladas con pliegos de papel. Eran los cuadros del museo. William había hecho una lista, anotando dimensiones y en qué zona se encontraban. No era extraño, ¿no? Si creía su historia sobre la aseguradora. Era natural que se documentase a fondo sobre cada obra de arte. Alzó la mirada y sus ojos se clavaron en el escritorio donde él había guardado sus papeles con tanta premura. Caminó hasta él, casi deslizándose para evitar hacer crujir una tabla de suelo. Levantó unos centímetros la tapa. Se escuchó un chirrido. Se volvió, sobresaltada.

Nada parecía ser capaz de despertar a William. Aliviada, abrió del todo el escritorio y miró las hojas, parecían listados de obras de arte. Reconoció varias, pero estaba segura de que no estaban expuestas en el Lemprière. Las buscaría después. También había varios nombres de calles, direcciones de París, si pudiese hacerles una foto con su teléfono... pero estaba al otro lado, en su mesilla, y ya se había arriesgado demasiado llegando hasta allí. Cerró el escritorio y desandó el camino. En ese momento sonó un zumbido y un resplandor iluminó el salón. Era el móvil de William.

Se quedó quieta, sin saber si echar a correr. El teléfono no volvió a sonar, la pantalla seguía encendida y el rectángulo blanco de un mensaje brillaba sobre todo lo demás. Con cautela se acercó y lo leyó: “¿Dónde has estado hoy? Te he estado esperando”. Lo enviaba una tal Katya.

El descubrimiento le provocó más sorpresa que celos, aunque reconoció una punzada distante de estos últimos que se negaba a irse. Su prioridad debería ser la información misteriosa que había descubierto en la mesa de trabajo de William, no sus amistades. Al fin y al cabo, él había preferido estar con ella aquella tarde. Tampoco sabía si Katya era una compañera de trabajo, podía interpretar su frase de forma cariñosa o no. Si resultase que se trataba de una novia, quedaría muy decepcionada, no parecía propio de él ser tan

desconsiderado. O al menos eso creía.

Regresó a la cama y se cubrió con las mantas. Lo que sabía ahora la torturó durante los minutos en los que se quedó mirando al techo sin poder conciliar el sueño. Después el cansancio hizo acto de presencia y cerró los ojos. Las pesadillas volvieron, esta vez con más intensidad.

La luz del sol inundando el ático hizo que se despertase, aún cansada y con el cuerpo dolorido. Al principio le costó ubicarse, después echó una mirada precipitada a su reloj. Respiró con tranquilidad al comprobar que todavía tenía tiempo... pero tendría que correr. Se puso en pie, se lavó la cara en el baño y buscó su ropa. No se escuchaba nada, el piso estaba vacío. En el lugar en que William había dormido solo se veía la manta, perfectamente doblada.

Él no estaba en ninguna parte de la casa. No tendría otra oportunidad como esa. Corrió al escritorio, levantó la tapa y con su móvil en mano, fotografió los papeles uno por uno. Estaba terminando cuando escuchó las llaves en la puerta. Cerró bruscamente y rezó para haberlo dejado todo como estaba. William entró un instante después, con una bandeja con dos cafés en la mano y una bolsa de papel en la otra. Solo había salido a buscar el desayuno.

—¿Ya estás despierta? Me alegro de haber llegado a tiempo. Toma algo conmigo antes de marcharte —dijo sonriendo, al verla allí de pie. No parecía sospechar nada.

—No puedo, pero te lo agradezco...

—Café con *croissants* recién hechos. No me digas que eres capaz de resistirte —dejó la bolsa de papel sobre la mesa y la abrió, el olor a pastelería artesanal llegó hasta ella.

—De verdad que me encantaría, pero es muy tarde ya. En otra ocasión —respondió ella mientras pasaba a su lado en dirección a la puerta. La abrió y terminó de despedirse cuando ya estaba saliendo—. Muchísimas gracias por la cena y por invitarme a tu casa. Fue una noche genial. Espero que nos veamos pronto.

Sin esperar respuesta corrió escaleras abajo, evitando el ascensor. No quería tener que enfrentarse a su mirada, tenía la sensación de que lo descubriría todo en cuanto sus ojos se cruzasen con los de ella. Quizá fuese

una tontería, pero toda la incertidumbre y las dudas que había tenido antes de salir con él aquella noche habían regresado con fuerza. De nuevo no sabía qué pensar, pero ahora, después de conocerle mejor, era mucho más difícil asumir que pudiese tener intenciones ocultas. Mientras caminaba por la calle a paso rápido en dirección a su casa, se preguntó a sí misma por qué le resultaría tan doloroso si fuese cierto. Meneó la cabeza como para alejar los malos pensamientos. Si pudiese borrar esa parte y de él y quedarse con el resto... pero no sería tan fácil.

8

La mañana resultó agotadora, comenzando por su carrera tras el autobús de la facultad. Había sido muy optimista al calcular lo que le llevaría llegar desde el ático de William a su pensión. A duras penas pudo darse una ducha rápida, coger sus apuntes y salir a toda prisa para llegar a la parada. Para colmo no coincidió en clase con Monique, precisamente ese día, que tenía más que contarle. También deseaba pedirle consejo, aunque conocía la respuesta de su amiga para todo: adelante, la vida es muy corta. A ella no le daría ningún miedo que William fuese un criminal. Le mandó varios mensajes diciéndole que quería verla, pero no hubo respuesta. ¿Estaría castigada sin usar el móvil? No sería la primera vez.

Se esforzó en concentrarse en sus trabajos pendientes y para cuando salió de clase ya se había hecho más tarde de lo habitual. Tampoco le apetecía encontrarse con William en el museo, si es que él decidía pasarse por allí, así que decidió trabajar en casa. Al llegar a la pensión vio la puerta de sus caseros abierta y escuchó una charla animada surgiendo del interior. Al instante apareció Flora, que la tomó del brazo y la arrastró dentro sin esperar siquiera a que la saludase.

—Niña, qué desastre eres, tienes a este chico aquí esperando desde no sé cuánto... —dijo la mujer, llevándola hacia la cocina.

Se estremeció por un instante pensando en encontrar a William allí, pero la visión del pelo rubio y el elegante abrigo gris del invitado inesperado disipó sus temores. Era Jean Berthier.

—Podrías habernos avisado de que el inspector vendría a verte —continuó su casera.

—No lo sabía, Flora —respondió ella, dejando que la acomodase a la

mesa, junto al policía.

Debían llevar un rato charlando, la mujer había servido café y pastas. Por lo que parecía, estaba encantada de tenerle allí.

—¿Va todo bien? —preguntó, dándose cuenta de que Jean no estaría allí solo para hacer una visita de cortesía.

—Sí, no hay ningún problema —dijo él, haciendo un gesto como si quisiese quitarle importancia—. Nos han mandado las imágenes del circuito de seguridad del museo, estaba por la zona y pensé venir a decírtelo. Me gustaría que las vieses, cuando te venga bien.

Estela se mordió ligeramente el labio, había olvidado que ese iba a ser el siguiente paso de la investigación. Cuando se lo había comentado la primera vez, le había parecido una idea perfecta para llegar al fondo de la verdad con William. Ahora sabía lo que encontrarían: sus continuas idas y venidas, sus tardes haciendo planos y midiendo las salas del museo, puede que incluso cosas peores. De ahí a que la policía llamase a su puerta solo había un paso. También estaban las fotos que ella había tomado de los documentos, en teoría tendría que informar de todo a Jean ¿no? ¿Pero cómo iba a explicar haber cenado y pasado la noche con el principal sospechoso de la investigación?

—Podría ir esta misma tarde, antes de pasar por el museo —dijo, incapaz de inventar una mentira convincente. Cuanto antes se lo quitase de encima, mejor. Si lo prolongaba los nervios la matarían.

—Muy bien, seguro que al inspector no le importa esperarte mientras te preparas —intervino Flora, sonriendo con picardía y haciendo caso omiso a la mirada de pánico de Estela. Después se volvió hacia Jean—. La pobre se pasa el día corriendo para coger el autobús, o yendo y viniendo a pie a clase sola, por este barrio...

—La acompañaré encantado —respondió él, tomando un sorbo de su café para ocultar su sonrisa y lo mucho que se divertía al verla avergonzada.

—No hace falta, de verdad...

—Qué tontería, si al final vais a encontraros en el mismo sitio —la interrumpió su casera, con lo que pareció un guiño cómplice—. Puedes subir a cambiarte, yo me quedaré con él, me estaba contando cosas interesantísimas sobre sus casos.

Llevarle la contraria a Flora sería inútil, así que se levantó, cogiendo su bandolera.

—Vuelvo ahora mismo —dijo, sin saber bien qué esperaba la mujer que hiciese.

Subió con rapidez hasta su piso y tras tirarlo todo sobre la cama, se miró al espejo. Tenía un aspecto de estudiante desaliñada tan típica que solo le faltaba sujetarse el pelo en un moño con un lápiz. Como si aquella mañana se hubiese puesto lo primero que había encontrado en el armario. No distaba mucho de la realidad. Suspiró y rebuscó entre su ropa, no pensaba arreglarse para el policía, pero al menos le daría el gusto a Flora de llevar algo menos informal.

Unos minutos más tarde bajó las escaleras, acomodándose el pelo por fuera de su abrigo de color mostaza. Había cambiado su jersey gastado por uno de punto negro que le había regalado Monique. Ya no se quejaría de que no lo usaba nunca. Iba a juego con sus vaqueros, de mismo color y los únicos que no estaban rotos y desgastados por sitios poco favorecedores.

Tuvo que reconocer que la expresión de Jean al verla regresar mereció la pena. También Flora parecía entusiasmada, tanto que quiso sacarles una foto juntos, pero por suerte la tecnología no era su fuerte. Con la promesa de que se haría una con ella al regresar, se despidieron y consiguieron escabullirse mientras peleaba con su teléfono.

—Flora es un encanto, me recuerda a mi abuela —dijo el policía mientras caminaban en dirección a la comisaría.

—Es todo amor, no sé qué haría sin ella.

—Todos necesitamos un pedacito de hogar al volver a casa.

—Eso ha sonado muy bonito —reconoció Estela, mirándole y preguntándose si él también añoraría algo así al regresar a la suya. La timidez le impidió decir nada al respecto.

—Gracias... No te lo he preguntado antes, pero asumo que no has vuelto a ver a ese hombre, ¿verdad? —el cambio de tema delató lo avergonzado que el inspector estaba ante su cumplido, aunque no lo demostrase. A ella le encantó descubrir esa parte pudorosa suya.

—No, no he vuelto a saber de él —soltó sin pensar. ¿Qué podía decir?

—Si contacta contigo o simplemente coincidís, avísame.

—Claro... —se mordió la lengua, odiaba tener que mentirle.

Caminaron en silencio doblando las últimas calles antes de llegar a la comisaría. En esta ocasión Jean no la llevó hasta su escritorio, sino que la guió a una sala del segundo piso, plagada de pantallas y voluminosos aparatos de video, mesas de control y archivadores llenos de cintas. Después de entregar un formulario a uno de los técnicos, que se afanaba en rescatar imágenes de lo que parecía un disco duro quemado, esperaron hasta que les asignaron un ordenador.

—El museo borra las imágenes cada quince días, esto es lo máximo que han podido encontrar —dijo el técnico, seleccionando un archivo y pulsando el botón de reproducción—. Hemos quitado horas vacías y a todas las personas que no coincidían con la descripción del sujeto. Mujeres, niños, ancianos. No hay mucho.

—Según la testigo, el sospechoso pasaba allí bastante tiempo —dijo Jean, con tono profesional. “La testigo” era ella, obviamente.

—Y está ahí, pero... bueno, ahora lo verán.

La imagen mostraba una pantalla partida en cuatro segmentos. Las grabaciones de las cámaras de seguridad tenían un tono grisáceo que las hacía parecer irreales. Estela pudo reconocer las diferentes plantas del museo. En la parte superior izquierda se localizó a sí misma, delante de su caballete. A cámara rápida parecía una actriz de película de cine mudo. Una sombra apareció en pantalla y el técnico redujo la velocidad. Era el abrigo oscuro de William.

—¿No hay una toma mejor? —preguntó Jean con frustración.

En cada ocasión que William aparecía en las imágenes, todo lo que obtenían era su espalda o un borrón que recorría el borde del plano sin exponer su rostro. Como si supiese perfectamente dónde estaban las cámaras. Incluso cuando se acercaba a Estela quedaba fuera del campo de visión principal.

—¿Reconoce a Frost?

—Yo... no sabría decir —era mentira, pero no del todo, porque aunque tenía claro que era él, su cara no podía verse. Quizá se tratase de otro visitante

sospechoso que se dedicaba a medir distancias y dibujar el museo al detalle, pensó con ironía.

La frustración del policía era palpable, pero ni el técnico ni ella podían hacer más. Tras repasar los minutos de grabación un par de veces sin obtener mejores resultados, frunció el ceño y su expresión se volvió decidida.

—Me niego a creer que alguien haga todo esto por casualidad. Recomendaré que se mantenga abierta la investigación —dijo volviéndose hacia Estela—. Siento que hayas tenido que venir para nada.

—No es molestia, había que intentarlo —señaló con la cabeza a la pantalla.

—Puede que las grabaciones de las cámaras de la calle nos digan algo más. Pediré las de los cajeros y los comercios de la zona.

—¿Te darán permiso?

—Solo será más papeleo. Mejor eso que tener que explicar por qué han robado en un museo del que ya habíamos recibido una denuncia.

Si había esperado que Jean se rindiese y las cosas acabasen ahí, se equivocaba. Era profesional y meticulado, no dejaría escapar una pista como aquella. Tenía que reconocer que a pesar de la discreción de William y su habilidad para convertirse en un fantasma, apenas visible en las grabaciones, había suficiente como para sospechar de su presencia. Seguramente no había contado con que alguien le acusaría y revisarían las cámaras. Y mucho menos que la delatora sería ella.

—¿Podrías quedarte un poco más? —añadió el inspector mientras salían de la sala de material audiovisual—. Me gustaría hablar contigo... de forma extraoficial.

—Claro, aún tengo tiempo —dijo ella, sorprendida y atemorizada de repente, pero ocultándolo lo mejor que pudo.

Extraoficial parecía querer decir, en primer lugar, fuera de la comisaría. Bajaron a la calle y Jean caminó con ella en silencio hasta una cafetería cercana, bastante popular entre los agentes, a juzgar por la abundancia de uniformes. Algunos le hicieron un gesto a modo de saludo, parecía una persona de cierta importancia allí. Pidieron dos cafés y se sentaron fuera, en una de las mesas más alejadas. A salvo de oídos curiosos, pensó.

—Quiero que sepas que he preguntado sobre ti en la facultad, antes de que te enteres por otros —comenzó el inspector, conciso y directo, removiendo el café y dejando la cuchara a un lado de forma pulcra.

—¿Soy sospechosa? —era la conclusión más lógica. Estela hizo un repaso mental de lo que podría haber averiguado. No había cometido ninguna falta sería ¿o sí?

—Es el procedimiento normal en estos casos. No se puede dejar a nadie fuera, se investiga a cualquiera que tenga móvil, medios y oportunidad para cometer el delito —dijo él, siempre sereno y centrado pero observándola atentamente, como queriendo calibrar su reacción. ¿Era porque se preocupaba por ella o para confirmar alguna sospecha?

—¿Y crees que yo tengo motivos? Fui yo quien acudí a la policía...

—Una buena manera de alejar las sospechas de ti —se encogió levemente de hombros—. No sería la primera vez. Y sobre el móvil, te han cancelado una beca hace poco, ¿verdad?

—Eso todavía no está decidido —replicó ella con aplomo, casi la ofendía más que ya lo diesen por sentado que el hecho de que él pensase que estaba implicada en un futuro robo—. Hay bastantes posibilidades de que me la adjudiquen de nuevo.

—Espero que sea así. De todas formas, el dinero te vendría bien ¿no?

—¿Y a quién no...? Pero eso no quiere decir que me planteo organizar un robo a un museo.

—No creo que lo hayas hecho, pero la intuición no sirve como prueba ante un jurado —suspiró—. Un nombre, el tuyo, se repite en mi informe y eso es lo único que les importará. Prefiero que lo sepas antes de que asignen a otro para seguirte.

—¿Por qué me lo dices aquí, así?

Jean hizo una pausa y habló en voz más baja, inclinándose hacia delante para aumentar la intimidad de su conversación. Ella le imitó, con un montón de ideas extrañas cruzando por su cabeza. Le miró a los ojos durante un instante. Tenían un suave color miel y brillaban con sinceridad. Si algo podía decir con seguridad del policía era que parecía una buena persona. A pesar del poco tiempo que hacía desde que se habían conocido, confiaba en él.

—Entiendo que sería muy fácil aceptar una oferta así... se te acerca alguien en el museo y te propone ganar algo de dinero rápido, solo por ayudarlo con algo sencillo. Dando pistas para distraer a la policía, mientras el verdadero robo se produce en otra parte —comenzó, con un gesto que indicaba que la estaba estudiando con la misma atención que ella a él.

La primera reacción de Estela fue replicar indignada, pero contuvo a duras penas un bufido despectivo. Primero quería dejar las cosas claras.

—Eso es una tontería, nunca sería capaz de algo así, no importa el dinero que me ofrezcan. ¿Ese es el tipo de persona que crees que soy?

—No, en absoluto. Te lo he dicho, yo no creo que hayas hecho nada malo, ni que vayas a hacerlo. Pero quizá pronto alguien menos comprensivo, o con ganas de cerrar un caso rápido, te lleve a comisaría y te haga esas mismas preguntas. Sin importarle lo que tú respondas.

—No entiendo...

—Si hay un robo en el Lemprière y no logran encontrar al culpable, puede que elijan uno. Y tú eres la única que ha estado ahí desde el principio. No les costaría nada decir que se trata de un trabajo desde dentro y que solo han detenido a una implicada.

—¿Y qué conseguirían con eso? ¡Yo no podría decirles dónde está lo robado, o quién ha sido!

—Eso da igual —Jean se reclinó sobre la silla, con desánimo—. Es algo que veo cada vez más a menudo. No importa la realidad sino los titulares en la prensa. Si el alcalde pide resultados rápido, le darán la cabeza de quien sea para anotarse la victoria.

—No puedo creerlo. ¿Inventarían un caso contra mí? ¿Falsificarían pruebas? —Estela maldijo el momento en que había decidido acudir a la policía, ahora se habían convertido en un enemigo, más preocupante que cualquier delincuente.

—¿Hay alguna cosa que hayas hecho que pueda malinterpretarse? —respondió él, retrocediendo un poco y dejando que meditase.

Por desgracia, había demasiadas. Si seguían sus pasos de los últimos días, acabarían descubriendo que se había visto con William. La librería, el restaurante... sabía que Madeleine jamás diría nada malo en su contra, pero

era un sitio público, cualquiera podría haberles visto llegar y marcharse. Lo mismo que las cámaras de todas las esquinas de París. Había denunciado la posibilidad de un robo en el museo Lemprière para después pasearse con el principal sospechoso con total tranquilidad. Por no mencionar que se había quedado a dormir en su casa.

—Sí... puede que sí —reconoció, con un suspiro—. ¿Qué puedo hacer?

—De momento no ha pasado nada. No ha habido robo y el caso está en mi mesa, ahí quiero que siga hasta que se resuelva —Jean habló con franqueza e incluso sonrió un poco—. Yo soy de los que prefieren prevenir el delito y que los periodistas no lleguen a enterarse. Me encargaré de que tu nombre solo aparezca como debe ser, una simple testigo. Pero debes ayudarme a coger al responsable, por todos los medios. No quiero que te pase nada.

—De acuerdo... —dijo ella, sin tener muy claro cómo iba a cumplirlo.

—Me alegra oír eso —su sonrisa se amplió—. Será mejor que regresemos, aún tengo que hacer el informe sobre el vídeo.

Se levantaron y recogieron sus abrigo. Jean dejó un billete sobre la mesa y saludó al camarero y a un par de personas más al despedirse. Caminaron lentamente de regreso a la comisaría. Estela agradeció que no le preguntase más sobre los aspectos... turbios en su historia. Quizá imaginaba que había hablado con William en más ocasiones de las que había dicho y le daba vergüenza reconocerlo. No andaba desencaminado. Respecto a su propuesta, de verdad quería ayudarlo, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Se encontraba en una encrucijada y cualquier opción que tomase supondría traicionar a alguien. Se le formó un nudo en la garganta, de una forma o de otra sentía que el tiempo se acababa y algo iba a ocurrir.

9

Monique la miró con los ojos muy abiertos, llevaba ya casi un minuto así, con gesto de estupefacción y quizá un poco, o mucho, reproche. Con las cosas en aquel punto, había decidido que no podía guardar más el secreto. Al menos no todos los secretos. Después de intercambiar una larga cadena de mensajes con ella, su teléfono había sonado y había escuchado su voz. Cuando hacía eso era que ya no podía más y su cabeza iba más rápida que sus dedos. Había respondido a su torrente de preguntas sobre William, el robo, Jean y todo lo que se había perdido en los últimos días, de la mejor forma posible.

—Voy para allá —había dicho al fin, colgándole bruscamente.

Al cabo de escasamente veinte minutos había aparecido en su puerta, con expresión de haber ido a la carrera desde su casa. Había echado la llave y le había obligado a contarle todo desde el principio. Lo único que Estela había omitido eran sus sensaciones, impresiones o... ¿sentimientos? Todavía no los tenía claros ni ella misma, así que prefería no añadirlos al problema. Pero Monique no era tonta.

—Tú no quieres que cojan a William —dijo, afirmando, no preguntando.

—No ha robado, al menos no por ahora —respondió ella, sin siquiera pensarlo—. Si no ha cometido ningún delito, debería darle el beneficio de la duda.

—¿Entonces ya das por sentado que es un ladrón? Quizá su historia de la aseguradora sea cierta. ¿Por qué no llamas a la empresa?

—No me atrevo. Además ya lo habrá comprobado la policía.

—Así que solo tienen un nombre y la descripción que tú les diste. No se veía nada en esos vídeos.

—Si yo no hubiese denunciado no habría nada que investigar y yo no

tendría este problema... que será mil veces peor si llegan a robar de verdad en el museo. Por eso Jean está preocupado.

—Así que Jean... —dijo Monique mirándola de reojo un momento—. ¿Qué harás si tienes que elegir entre uno de los dos?

—No se trata de elegir —se sonrojó sin poder evitarlo—. Solo de que no me acusen a mí si se produce un robo.

—Entonces queda con William en alguna parte y se lo dices a Jean, para que le detenga —sentenció su amiga—. Si registran su piso encontrarán las pruebas que necesitan. O le dejarán libre.

—No puedo hacerle eso, se ha portado bien conmigo y yo lo único que hago es sospechar de él.

—Pues tienes que decidir. No te envidio... bueno, en algunas cosas sí, yo también quiero conocer a todos esos chicos guapos y misteriosos —bromeó para romper la tensión—. Ahora en serio, no quiero que te pase nada.

Eran las mismas palabras que había usado Jean. Detenida, investigada, la guinda perfecta para cortar su carrera de golpe y devolverla a casa con su futuro arruinado. Si es que no le pasaba nada peor. No quería imaginarse tras los barrotes de una celda. Tenía que hacer algo, ya.

—Tengo que ir a estos sitios —dijo sacando la fotografía de los documentos que había encontrado en el piso de William—. Si encuentro algo raro en estas direcciones se lo diré a Jean para que mande a alguien allí. Quizá pueda detener a otros implicados y que confiesen.

—Alguien que no sea tu querido William —se rio Monique y añadió—. Pues no vas a ir sola.

—No quiero que te metas en problemas, mira cómo he acabado yo.

—Eso te pasa por no tener una testigo que diga que eres inocente como un angelito —su amiga le sacó la lengua y se puso en pie para buscar su abrigo—. Si vamos las dos será más seguro, es pura lógica.

—Te lo agradezco... —terminó diciendo Estela, sabiendo que sería imposible disuadirla.

—¿Para qué están las amigas si no es para ayudar espiando y asaltando casas? —ambas rieron.

Los lugares que aparecían en las notas de William estaban a varios kilómetros de distancia unos de otros pero tenían algo en común: todos estaban situados en las afueras. Evitaron tomar taxis y se desplazaron hasta allí usando el metro y el autobús, procurando confundirse entre la gente. Estela ya sospechaba de cualquiera, pensando que podían ser policías encubiertos, recopilando pruebas para montar un caso contra ella. Incluso las cámaras de vigilancia de las calles le provocaban un escalofrío. Por suerte los barrios a los que se dirigían no estaban tan plagados de ellas como el centro.

El primer lugar parecía un antiguo garaje, a juzgar por el logo desgastado sobre la puerta corredera metálica. La herrumbre se había comido gran parte y la pintura amarilla se caía a pedazos. Sin embargo había sido usado en algún momento reciente, porque se veía una cerradura nueva y marcas de neumáticos en la mezcla de polvo y grasa acumulada delante. Estaba en un edificio corriente, modesto, que había albergado negocios prósperos muchos años atrás pero ahora parecía tan abandonado como el resto de aquella manzana. Vieron a niños jugando al fútbol en un patio cercano.

—Eh... ¡Hola! ¿Venís a jugar aquí siempre? —dijo ella, acercándose a la valla metálica.

—¿Y tú quién eres? —respondió el más alto, parando la pelota con el pie.

—Estoy buscando a un amigo, me dijo que viniese a este garaje pero no está.

—Ahí no hay nadie, antes arreglaban coches pero ya no.

—Pero estaba abierto hace poco —intervino otro, un crío delgado con la camiseta sucia—. Vinieron unos tíos en una furgoneta.

—Calla —le dijo el primero.

—¿Alguno vio quién conducía? ¿O qué hacían? —Estela metió cinco euros doblados entre la malla de la verja, retirándolos cuando el chico mayor se acercó a cogerlos.

—Eran uno calvo grande y otro más delgado. No sé en qué andaban, estaban pintándola de blanco o algo así. ¿Me vas a dar la pasta?

—Gracias —volvió a poner el dinero y esta vez permitió que el chaval se lo llevase de un tirón.

De vuelta en el garaje, la persiana resistió todos los intentos de levantarla,

así que desistieron y se alejaron caminando, mirando en el mapa del teléfono dónde quedaba la siguiente dirección. Cuando doblaron la esquina, Monique estalló, incapaz de contenerse más.

—Pero bueno, ¿de dónde te ha salido esa vena investigadora? —rio agarrándola del brazo—. Parecías una poli mala de película.

—Muy mala, sí —respondió ella, mordiéndose la lengua, nerviosa—. Estaba temblando en realidad. Si me pongo así de nerviosa con unos críos no sé qué haría con un delincuente.

—Pues no se ha notado nada. Saca a esta versión de Estela más a pasear, por favor.

—Ojalá no tuviese que hacerlo.

Tardaron casi media hora en encontrar el siguiente punto del mapa. En un primer momento pensaron que se habían equivocado, las coordenadas marcaban un solar vacío detrás de una zona de talleres. Se habían alejado y se veían menos viviendas, aquello era casi todo industrial o estaba abandonado. Dieron una vuelta a la manzana, hasta que se toparon con un edificio de ladrillos con una rampa y una persiana a medio bajar. Agachándose, vieron que estaba casi vacío, era algún tipo de almacén. Pero allí también había huellas frescas en el polvo. Estela se arrastró bajo la persiana antes de que Monique pudiese decir nada.

—Creo que me he pasado animándote... tampoco tienes que volverte una loca de la aventura —dijo mientras la seguía.

La luz entraba por los cristales rotos de las ventanas, alguien se había dedicado a tirar piedras desde el exterior y nadie se había molestado siquiera en arreglarlos, ni en limpiar los destrozos. Maquinaria vieja y oxidada, quizá de una imprenta, se veía en un rincón. También un pequeño recinto cuadrado que en sus tiempos debió ser una oficina. Estela caminó despacio siguiendo las marcas de neumáticos. En un momento dado se detuvieron, uniéndose a huellas confusas de pies. Al final no pudo diferenciarlas, allí había habido más de dos personas, haciendo ¿qué?

Una pila de tablones tirados junto a la pared le llamaron la atención, parecían más nuevos que el resto de objetos, que permanecían allí abandonados cubriéndose de mugre. Agachándose, confirmó sus sospechas, la

madera casi olía a recién cortada. También había algunos clavos, tan nuevos que brillaban. Cogió algunas de las tablas sin saber para qué podrían haberse utilizado. ¿Qué estaban montando allí?

—Estela... ven por favor —dijo Monique, que se había acercado a la oficina y ahora estaba en la puerta, llamándola con la mano nerviosamente.

Ella se puso en pie y corrió hasta llegar a su lado, era raro que su amiga se alterase así. Le señaló algo en una esquina, un brillo metálico junto a la pata de un escritorio lleno de telarañas. También había un ordenador viejo, o mejor dicho, solo su pantalla, reventada. Estiró los dedos, poniéndose en cuclillas, hasta tocar el objeto, lo hizo girar y lo cogió. Monique y ella lo miraron, tragando saliva. Era una bala.

—Tenemos que avisar a tu policía. Esto es demasiado.

—Esto no prueba nada, puede estar aquí desde hace mucho. No tiene por qué tener relación.

—¡Y además ahora tiene tus huellas! —Monique se echó las manos a la cabeza, como si acabase de darse cuenta.

—Porque soy una peligrosa delincuente armada —replicó ella, con sorna—. No sabemos de quién es ni cuánto lleva aquí. Ya ves cómo es este barrio, igual viene gente a vender droga...

—¡Eso no me tranquiliza! —su amiga bufó e hizo una mueca—. Pero mira, alguien limpió esta parte de la mesa hace poco. Lo lógico es que se le cayese mientras estaba aquí, cargando su pistola o lo que sea.

—A William no le pega ir armado.

—Cariño, no quiero ser yo la que te baje de las nubes, ni decir nada malo sobre él, pero no sabemos qué le pega o qué no. Tal y como le pintas parece un cielo, pero puede ser todo un papel que esté interpretando.

Monique parecía sinceramente preocupada y tenía que reconocer que ella también. Que hubiese armas cambiaba las cosas. Por un momento la frase de “que no le pasase nada” adquirió otra dimensión.

—Vamos a ver qué hay en la última dirección después y lo dejamos —dijo finalmente, tomando a su amiga de la mano.

—¿Prometido?

—Prometido. Nos acercamos, echamos un vistazo y ya. Nada de meternos

en sitios a rastras.

—Gracias, no he venido vestida para eso.

Las dos sonrieron levemente, las bromas de antes habían quedado atrás. Estaban preocupadas, pero sabía que juntas podían sobrellevarlo. Simplemente ahora ya no podían dejarlo a medias. Guardó la bala en su bolsillo, sabía que era un error pero tenía sus huellas, ¿y quizá las de William? No podía ser. Pero por si acaso...

Salieron como habían entrado, reptando, dando gracias de que no hubiese vecinos que pudiesen ver su sospechosa maniobra. Entendía por qué alguien elegiría aquel almacén para cualquier cosa ilegal, si gritasen en ese momento no se asomaría ni un alma a las ventanas. Todo parecía desolado. Corrieron hasta la calle transitada más próxima.

El último punto de su ruta aparecía representado de manera diferente en el mapa virtual. Una línea gris serpenteaba desde él, alejándose de París. Por el color no era una carretera, tampoco un río. Acercó lo más posible la imagen, los símbolos le resultaban familiares... ¿una vía de tren?

Mientras viajaban en un autobús hacia las afueras, Estela buscó más referencias sobre la dirección. Con sorpresa descubrió que, al menos según varias páginas web, en ese punto existía en los años 50 una estación. Se centraba en el transporte de mercancías y nunca había llegado a unirse a la red principal. La última mención oficial la incluía entre las líneas clausuradas, sin interés histórico como para ser rehabilitada, pero con el suficiente como para demorar su demolición. Las fotos en blanco y negro que vieron de la fachada no daba muchos detalles acerca de lo que iban a encontrar.

Su primera decepción fue encontrarse de frente con un muro. No había una entrada evidente en la dirección que había anotado William, solo una pared oscura, coronada con cristales rotos, el método más arcaico de disuadir a los ladrones. Debía haberse construido hacía mucho.

—Podemos ir cada una por un lado y ver si encontramos una puerta... —comenzó a decir.

—De eso nada —respondió Monique, agarrándose a ella y negando enérgicamente—. Ya he visto muchas veces esa película y no quiero que me secuestren. Iremos juntas.

Sonriendo, asintió y siguieron el trazado de la pared de hormigón. Pronto descubrieron que la propiedad debía ser enorme, al doblar la primera esquina se encontraron con que continuaba hasta el final de la calle, más allá de donde podían ver. No todo era muro, sin embargo. Algunas construcciones con ventanas tapiadas estaban adosadas a él, probablemente edificios administrativos. Sería difícil saber cuál había atraído la atención de William, pero pensarían en eso cuando consiguiesen acceder al interior del recinto. En los últimos metros de su recorrido dieron por fin con algo que rompía la monotonía y que les devolvió las esperanzas: una puerta de metal.

—¿Y ahora qué? ¿La forzamos? —preguntó su amiga, mirando alrededor. La avenida era solitaria, los edificios al otro lado de la carretera eran viejos y ruinosos, si vivía alguien allí prefería mantenerse oculto a la vista.

No había manija, solo un agujero donde debería haber estado esta y una cerradura oxidada. Había raspaduras brillantes donde habían hecho saltar la herrumbre, señal de que se había usado hacía poco. Estela sacó sus llaves de casa y comenzó a probarlas, por si alguna encajaba por casualidad. No hubo suerte. Monique rebuscó en su bolso y sacó una lima de uñas y varios clips para el pelo.

—Déjame probar... —dijo, clavando la lima en el hueco y moviéndola arriba y abajo sin ninguna delicadeza.

Tras unos instantes se escuchó un chasquido y la lima giró. Ambas se miraron y después a ambos lados de la calle. No esperaban que funcionase tan rápido, el cerrojo debía estar tan maltratado por el tiempo, o lo habían forzado ya tantas veces, que no había resistido. Abrieron la puerta con un sonoro chirrido y se colaron dentro sin siquiera planteárselo, dejando que volviese a su sitio. El pestillo se cerró y se encontraron en casi total oscuridad.

Poco a poco sus ojos se adaptaron a la penumbra. También percibieron los ruidos que venían del interior, no parecía en absoluto un solar abandonado. Por el aspecto habían acabado en una antigua oficina, había archivadores volcados por todas partes, papeles por el suelo, mesas y sillas apiladas o directamente reducidas a astillas. Sin embargo daba la impresión de que alguien se había preocupado por limpiar un espacio entre todo aquel desastre, un sendero por el que se pudiese entrar y salir. Probablemente la misma

persona que había forzado la puerta en primer lugar.

Avanzaron cogidas de la mano, con cuidado de no tropezar. Monique sacó su móvil y encendió la linterna, el panorama era desolador, pero al menos podían orientarse hacia la salida. Había pintadas en las paredes y restos de hogueras en los rincones. En algún momento del pasado, indigentes y grafiteros se habían refugiado allí.

Al salir de la primera habitación llegaron a un pasillo acristalado, la mayoría de las ventanas estaban rotas, lo que les permitió ver el exterior. Desde donde se encontraban dominaban la zona que antes había sido la estación. Las vías salían de varias edificaciones de techo curvo, tenían varios pisos de altura, lo que daba al conjunto un extraño aspecto de catedral. Según internet hacía mucho que debería haber cesado la entrada y salida de trenes, pero podían ver una hilera de vagones vacíos con sus puertas correderas abiertas. También puntos de luz que debían ser linternas yendo y viniendo, gente moviendo cajones y en la parte más alejada, incluso focos para facilitar su trabajo. El muro y las construcciones que bordeaban el lugar ocultaban el resplandor delator, ese era el motivo de que nadie les hubiese descubierto aún. También ayudaba el hecho de que aquel fuese un barrio casi abandonado, o habitado por gente que no querría tener nada que ver con la policía.

—Ya hemos visto bastante —dijo Monique, agachada a su lado—. Haz unas fotos y vámonos, después puedes mandárselas a Jean y que se ocupe él.

—Pero todavía no sabemos por qué tenía William anotadas estas direcciones. Esta es la primera en la que vemos gente, tenemos que descubrir quiénes son y qué están haciendo.

—¡Estela! ¿Te has olvidado de la bala? —su amiga tiró con fuerza de su brazo, sacudiéndola como para hacerla entrar en razón—. No sabemos qué nos harán si nos pillan espiando.

—Solo me acercaré un poco más, hasta que pueda sacarles con la cámara del móvil, así Jean podrá buscarles en su base de datos, si es que están fichados. Tú quédate aquí y si pasa algo llama a la policía.

Monique abrió la boca para protestar enérgicamente pero se dio cuenta de que no había remedio. Estaba decidida, lo haría a pesar del riesgo. Sacudió la cabeza como queriendo despertar de un mal sueño. Normalmente era ella la

cabezota e irreflexiva.

—¡Vale! —bufó al fin—. Pero baja solo hasta ahí y vuelve en cuanto hagas una foto buena.

Señalaba a un punto entre las vías, bastante accesible. Un camino bordeaba el terraplén y llegaba hasta allí, sin exponerse a que la viesan. Era lo bastante seguro, un punto intermedio que su amiga estaba dispuesta a aceptar, dentro de aquella locura.

—Y lleva el móvil en la mano, si pasa cualquier cosa mándame un mensaje o hazme una llamada, yo llamo a Jean, a la caballería y a quien sea —añadió.

Estela asintió y avanzó caminando agachada, tan discretamente como pudo. Llegó hasta la puerta desvencijada que daba al recinto de la estación y la empujó. Tras tantos años sin uso había crecido maleza y malas hierbas en el sendero que descendía, perfecto para que ella pudiese pasar aún más desapercibida. Se volvió un momento, en la oscuridad la silueta de Monique era indistinguible. Podría estar pegada a la ventana y seguiría totalmente invisible. Suspiró aliviada. Ya estaba bastante preocupada por haberla arrastrado a todo aquello.

El camino la llevó hasta las primeras vías, separadas de las siguientes por andenes de hormigón. Desde allí podía ver también las enormes puertas por las que los trenes cruzaron un día. No sabía qué estaban haciendo allí pero la magnitud de todo aquello la abrumaba. Tenían una locomotora diésel, vagones, más de una docena de personas trabajando... Sacó tantas fotos como pudo, recordando quitar el flash en el último momento. Seguía sin distinguir el rostro de nadie, la oscuridad y la distancia no ayudaban, ni siquiera usando el zoom. Mirando hacia la antigua estructura de servicio donde seguía Monique, rogó porque no se enfadase mucho con ella por lo que iba a hacer. Se arrastró y avanzó un poco más, al resguardo de los andenes, para tratar de obtener una imagen mejor.

Le extrañó no estar recibiendo ya mensajes furiosos pidiéndole que regresase, pero su amiga no querría delatarla, si por accidente no había quitado el sonido a su teléfono. Cosa que en realidad no había hecho. Pulsó los botones con rapidez para dejarlo en silencio total. No estaba hecha para el

trabajo de espía, eso estaba claro.

Desde aquella posición podía ver mejor lo que estaban haciendo. Cargaban cajas de madera en los vagones, algunas bastante voluminosas, pero había otras más manejables, con una forma alta y alargada que reconoció. Eran las que se usaban habitualmente para transportar cuadros. En ese momento, los tablones de madera que habían encontrado en la anterior dirección que habían visitado cobraron sentido. Estaban preparando ese tipo de cajas, y en el primer garaje en el que habían estado les dijeron que alguien había pintado una furgoneta, todo cosas que cuadraban perfectamente con la planificación para un robo. Y ahora aquel tren...

Necesitaba saber más, las cajas parecían pesadas ¿sería el botín de otros robos? ¿Dónde se lo llevaban? Avanzó unos metros más. El morro de la locomotora, de un color amarillo sucio por la grasa y el hollín, le quedaba ahora muy cerca. También empezó a escuchar las voces de los trabajadores. Charlaban y bromeaban con total tranquilidad. El movimiento cargando el material en los vagones era incesante. Levantó su teléfono y comenzó a grabar, enfocando la escena. No es que fuese nada tremendamente incriminatorio, pero sabía que Jean ataría cabos y puede que le ayudase a conseguir una orden de registro para la estación. Como mínimo era una propiedad que estaba siendo ocupada ilegalmente. Al moverse para tomar una panorámica, vio varias figuras de pie, hablando. Un hombre calvo, con los hombros anchos y la complexión de un gorila, el típico guardaespaldas, mirando alrededor con desconfianza. A su lado, alguien a quien ya conocía bien: la mujer de melena cobriza, con una mano apoyada en la cadera y el mismo gesto de suficiencia. Y charlando con ella, un hombre de pelo moreno vestido con un abrigo oscuro. Tragó saliva. Era William.

Se agachó con rapidez, deteniendo la grabación. Escondida tras la locomotora, revisó las imágenes. No había duda, era él. Así que ella debía ser... ¿Katya? La que le reprochaba que hubiese faltado a su cita, seguramente allí mismo. No quería saber más, no podía soportar el nudo en el estómago que se le había formado, una mezcla de decepción, miedo y angustia. Se había arriesgado, convencida de que descubriría algo que le exculparía y ahora le encontraba allí, hablando con toda tranquilidad con aquella mujer, en lo que

parecía una operación de robo de arte a gran escala. Quizá hasta la había organizado él mismo. Qué tonta se sentía. Gateó tan rápido como pudo, cruzando los andenes, de regreso a la caseta donde Monique la esperaba.

Se le aceleró la respiración al dejar a su espalda el tren, sin poder comprobar si alguien miraba en su dirección. La sensación en su nuca se mantuvo hasta que estuvo entre las malas hierbas que bordeaban el sendero a la caseta administrativa. Había suficiente neblina en aquella zona y trató de consolarse diciéndose que cualquier movimiento sería achacado al viento, gatos callejeros o cualquier otro hecho fortuito. Al entrar por la puerta se quedó unos segundos inmóvil, intentando que sus ojos se adaptasen a la oscuridad. Monique no estaba en el lugar donde la había dejado.

—¿Moni? —susurró, caminando despacio, tratando de no pisar los cristales rotos, minimizando la posibilidad de hacer ruido.

Cuando avanzó un poco más, las siluetas se volvieron más nítidas. De pie, entre la montaña de archivadores y muebles medio quemados, había un hombre alto y corpulento. Con un brazo sujetaba a Monique, apretando su garganta con la mano. En la otra llevaba una pistola, que apuntaba en su dirección. Su amiga la miraba con los ojos muy abiertos, aferrándose al brazo del hombre, con el rostro congestionado. Intentaba abrir la boca para respirar, pero la férrea presa se lo impedía. Sus pies casi colgaban en el aire, arañando el suelo cubierto de polvo con sus tacones.

—Por favor, no le haga daño —dijo Estela al instante, levantando las manos, con voz suplicante.

—Así que se nos ha colado otra gatita curiosa... —dijo el hombre sonriendo, su voz sonaba pastosa, como si hubiese estado bebiendo—. Ven aquí.

Avanzó mirando a Monique, sin pensar en su propia seguridad, angustiada y deseando que la dejase libre cuanto antes. El pistolero le hizo un gesto con el cañón del arma, indicando que se acercase más. Sonreía orgulloso, como si el mérito de atraparlas hubiese sido suyo, y no a consecuencia de su despiste. ¿A quién se le ocurría quedarse escondidas junto a la puerta? Antes o después alguno de esos matones se habría topado con ellas al entrar o salir. Era mejor que no pensase en eso ahora. Tenía que idear una forma de darle la vuelta a la

situación.

—La está asfixiando...

—Y a ti te haré lo mismo, como no te calles —le espetó el hombre—. Tira eso hacia aquí.

Señalaba a su bolsa. Debía pensar que eran chicas de la zona que habían entrado a robar, ni en un millón de años se imaginaría el verdadero motivo de su presencia allí. Se quitó la bandolera y la lanzó sobre una de las mesas. El hombre se acercó y trató de destrabar los cierres. Era algo difícil de hacer con una sola mano, sobre todo llevando una pistola.

En ese momento Monique soltó el brazo que la sujetaba y antes de que su captor pudiese preguntarse por qué, empuñó la pequeña lima de uñas, que seguía en el bolsillo de su chaqueta desde que la había usado para abrir la puerta. Con un movimiento rápido, la clavó en la pierna del hombre, hundiéndola tanto como pudo. Fue suficiente para que emitiese un grito y la soltase un instante. Levantó la mano para golpearla con la culata de la pistola y ella se agachó, protegiéndose con sus brazos como pudo.

La pata de una silla impactó en ese momento contra la cabeza del matón, derribándole y dejándole a cuatro patas, aturdido, en el suelo. A pesar de todo reunió fuerzas, levantando el arma hacia ellas. Estela no iba a quedarse quieta esa vez esperando a ver qué ocurría. Colgándose con todo su peso de uno de los archivadores, lo volcó sobre el hombre, que emitió un gruñido gutural al recibir el impacto y se desplomó. Después quedó inmóvil y los dedos que sujetaban el arma se relajaron.

Monique, que todavía se frotaba el cuello y luchaba por tomar aire, la tomó de la mano y la arrastró hacia la salida. Antes de echar a correr con ella, Estela se agachó y cogió la pistola del suelo. Mientras abrían la puerta de metal, escucharon voces provenientes del tren. Alguien había oído la pelea. Salieron y se alejaron a toda velocidad por el callejón, sin mirar atrás.

No sabían a dónde dirigirse, pero quizá eso las ayudase a despistar a sus perseguidores, si es que los había. Se perdieron por el barrio, doblando las esquinas al azar, en busca de una avenida principal que las llevase a una parada de autobús o de metro, no importaba cual. Con tal de que las sacase de allí, cualquier destino estaría bien. Estela se dio cuenta en un momento dado

de que todavía llevaba la pistola en la mano. La frotó con un pañuelo y la arrojó en la primera papelera que encontró.

Unos minutos más tarde, sentadas ya en un autobús, encogidas y tratando de evitar el contacto visual del resto de los viajeros, se miraron. Monique apretó su mano. Aún temblaba. En su cuello se veían moratones con forma de dedos, se pondrían muy feos en breve. Sacó un pañuelo de su bolso y se lo anudó alrededor, disimulándolos.

—Qué color más feo, no me pega nada —bromeó con voz débil.

—Ya buscaremos otra cosa para que te pongas, reina de la moda.

Con un suspiro, se apoyó sobre su hombro y se relajó un poco. No hablaron mucho más hasta llegar a su destino. Prefería no pensar en qué podría haber pasado si las hubiesen cogido. Tampoco sabía qué ocurriría ahora. ¿Había tenido tiempo el hombre de verlas bien? Quizá no quisiese reconocer que le habían dejado fuera de combate dos crías y mentiría para evitar el ridículo. O quizá creería de verdad que eran dos yonkis que habían entrado a robar.

En ese momento palpó a su costado, echando en falta un peso familiar. Su bolsa. Se había dejado su bolsa de la universidad allí.

10

Sentada en su cama, hizo una vez más un inventario mental de lo que llevaba en su bolsa, tratando de descubrir si alguna de sus pertenencias podía conducir hasta ella. No tenía costumbre de poner su nombre en nada, ni siquiera firmaba sus dibujos, así que por esa parte estaba tranquila. Tampoco llevaba ni su cartera ni su móvil, las advertencias contra los carteristas de París habían calado hondo cuando se había instalado y se había acostumbrado a meter todo lo importante en los bolsillos interiores de su abrigo. Así que si tenía algo que lamentar, era solo haber perdido su material de dibujo y sus bocetos, ¿no?

Debería estar tranquila, pero la duda permanecía. Al menos estaba segura respecto a Monique. En el peor de los casos darían con ella, no había nada que llevase hacia su amiga. Ya la había puesto en peligro bastante, no quería que se viese implicada más. Cuando se habían despedido la había visto muy entera, intentando aparentar que todo iba bien, pero sabía que su aventura no sería tan fácil de olvidar. La primera señal de ello fue lo mucho que le costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente cogió su vieja mochila, que había dejado al fondo del armario hacía unos meses, y la llenó con una de sus libretas nuevas y todo lo que necesitaba para las clases del día.

—¿Qué tal tienes el cuello? Quédate en casa hoy, si no te encuentras bien —le había dicho a Monique en un mensaje, preocupada por sus secuelas.

—Prefiero estar contigo. El cuello morado, estuve tentada de decir que eran chupetones de mi novio —bromeó ella y le envió una foto, se había puesto un collar ancho de cuero, que cuadraba más con su estilo que su pañuelo—. ¿Bien?

—Perfecta.

Siguió dando vueltas a lo que había pasado hasta las mismas escaleras de su facultad. Vio a su amiga esperándola junto a la entrada. Su gesto de alivio fue evidente.

—Qué ojeras traes, ¿tú tampoco has podido dormir?

—Solo un rato...

—Yo incluso he soñado con ese hombre, sobre todo con cómo olía cuando me agarró, a alcohol, tabaco y sudor... No se me va a olvidar nunca.

A Estela le pareció que tenían mucha suerte de poder hablar de esa forma de lo que había pasado, como si se tratase de otra vida o del capítulo de una serie de televisión. Si alguien las escuchase pensaría que se trataba de eso probablemente. Una fantasía más. Incluso a ella se lo parecía, algo que hubiese vivido otra persona. ¿Había estado realmente a punto de recibir un disparo? Le entró un escalofrío.

Ya en clase, evitaron seguir comentando el incidente de momento. Había demasiados oídos indiscretos cerca, aparte de que no querían granjearse de nuevo la enemistad de sus profesores. El primero de aquel día era precisamente Parmentier. Entró en clase con una amplia sonrisa en los labios, algo poco habitual en él, tanto que los alumnos se miraron extrañados y comenzaron a cuchichear.

—Silencio, por favor —dijo su profesor, carraspeando—. Hoy contamos con un invitado muy especial a nuestra lección, un antiguo alumno al que tengo un especial cariño, y uno de los de más talento que he tenido bajo mi tutela. El señor William Frost.

Mientras pronunciaba esas palabras y la silueta familiar de William aparecía en la puerta de su clase, la incredulidad inundó a Estela, dejándola completamente bloqueada. Ni siquiera notó hasta unos instantes después que Monique le tiraba de la manga.

—¿Es él? ¿Es él? —repitió su amiga, como si confiase en que se tratase de una casualidad y que dos Frost pudiesen surgir de la nada en su vida, por puro azar—. Oh, dios. ¿No es esa tu bandolera?

Era cierto. Colgada del hombro, como si hubiese estado allí desde siempre, William llevaba su bolsa. No supo calibrar las consecuencias de aquello, ni siquiera respondió a la pregunta. Se quedó quieta. El recién

llegado miró en su dirección y sonrió con naturalidad, como siempre había hecho. Un murmullo se extendió por la clase, sin duda lleno de comentarios apreciativos.

—Gracias, profesor, me siento halagado —dijo William, dejando la bandolera sobre la mesa y adoptando una actitud de humildad, que al final completó con un guiño cómplice—. Aunque no era eso lo que me decía cuando estudiaba con usted.

Los alumnos rieron, le entendían bien. Los cumplidos no eran propios de Parmentier, así que eran doblemente valorados.

—Porque al principio eras un auténtico desastre —contraatacó el profesor—, pero con trabajo duro, lograste destacar. Esa es una lección que todos deben aprender.

—Aprender a no rendirse, aunque su profesor les diga que son tan malos dibujando que hacen llorar a los lápices —añadió William, provocando una carcajada general.

—Siento haber sido tan duro contigo... pero estoy seguro de que en aquel momento, era verdad.

Una nueva salva de risas relajó el ambiente para todos menos para Estela y Monique. Sin saber muy bien a qué atenerse, permanecieron en su sitio. Era imposible saber qué había llevado a William allí, pero estaba claro que tenía que ver con ellas.

Durante los siguientes minutos, Parmentier cedió las riendas de la clase a William, que impartió la lección de una forma ligera y amena. A nadie salvo a él se lo habría permitido su estricto profesor. Debía haberle calado muy hondo en el pasado para que tolerase su comportamiento. En lo artístico, se sorprendió al comprobar su nivel y su profesionalidad. Su mano volaba sobre la pizarra o las hojas de los alumnos, abocetando o haciendo correcciones sin esfuerzo. Tenía mucho talento, lo que hacía más incomprensible aún los derroteros que había tomado su vida. ¿Por qué no dibujaba? O daba clases, viendo la soltura con la que se movía sobre la tarima. La totalidad de los alumnos le adoraban al cabo de unos pocos minutos.

—Agradezco al profesor que me haya hecho el honor de cederme este tiempo con vosotros —dijo William cuando la aguja del reloj se aproximó

peligrosamente al timbre de salida—. Mi último consejo, aparte de que le hagáis caso en todo cuanto él os diga, es que si el arte es vuestra vocación, no permitáis que nada os desvíe de camino. Las noches en vela estudiando y rompiendo lienzos pasarán. Seguid adelante, un día vuestra obra será colgada en público y admirada. Y ese momento lo compensará todo.

Sonó la campana y los alumnos fueron recogiendo sus cosas, sin salir en tropel como tenían acostumbrados. Varios se detuvieron a hablar con William y estrechar su mano. Algunos le preguntaron si exponía en alguna parte. Él contestó con amabilidad a todos. La clase se fue vaciando. Al final Parmentier intercambió unas palabras con él, le dio un breve abrazo y tras lanzar una mirada en dirección a Monique y ella, salió del aula también.

—Creo que esto es tuyo —dijo William, acercándose entonces y dejando su bandolera sobre su mesa.

—¿Qué haces aquí? —Estela no pudo evitar que su tono sonase duro y despechado. No se había olvidado de aquella última imagen, la de la mujer de pelo cobrizo, Katya, hablando con él con toda tranquilidad.

—Hola, tú debes ser Monique —estiró la mano para estrechar la de su amiga, que respondió mecánicamente, boquiabierta.

—Hola... sí. Encantada —contestó, aturdida.

—William —dijo Estela agarrándole de la solapa, obligándole a volverse hacia ella—. ¿Qué está pasando?

—Te lo explicaré todo. Pero tienes que prometerme que no volverás a ir por la estación —dijo él, cambiando su eterna sonrisa por un tono más serio—. No sabes lo que me ha costado hacer desaparecer las pruebas de vuestra pequeña visita.

—Yo... será mejor que me vaya —dijo Monique poniéndose en pie—. No puedo faltar a la siguiente clase y creo que es mejor que habléis a solas.

—¡Moni! ¡No! —intentó interponerse pero su amiga ya había recogido todo y se encaminaba hacia la puerta.

—¡Luego me lo cuentas! Mándame un mensaje.

Le hizo un guiño en dirección a William y después la vio desaparecer. No le perdonaría la encerrona. Se volvió hacia él, que se había sentado sobre una de las mesas y la observaba con gesto preocupado, no estaba segura de si era

por él mismo o por ella. Su primera reacción había sido de enfado, pero reconocía ahora que había sido una loca poniendo a ambas en peligro de aquella forma.

—Miraste entre mis cosas, ¿no? —dijo él—. Así diste con la estación.

—Sí... y lo siento. Pero no me dejaste otra opción, reconocerás que todo era muy extraño. Toda esa historia, ¿cómo iba a creérmela sin más?

—Es la verdad, aunque resulte difícil.

—Te vi con esa mujer mientras su gente cargaba cajas con cuadros robados en el tren —le soltó, era un farol, no estaba segura del contenido de las cajas, pero quería ver su reacción.

—¿Con Katya? Vale, lo reconozco —respondió él meneando la cabeza—. Esa parte sí es lo que parece. Pero yo no soy un delincuente como ellos.

—¿Entonces qué hacías allí?

—Son ladrones internacionales, les buscan por toda Europa. Me colé en su organización hace meses, finjo que les ayudo con el golpe del museo Lemprière para poder atraparles.

—¿Y la policía no sabe nada de eso?

—Tienen gente infiltrada en todas partes, te lo dije. No puedo arriesgarme.

Le escuchó, incrédula. Se daba cuenta de que estaba deseando volver a confiar en él, agarrarse a sus palabras como a un clavo ardiendo. Lo que le contaba tenía sentido, pero quizá era una mentira creada para tapar otra. Cada conversación con él le dejaba la sensación de que tenía las palabras justas para contentar a todo el mundo, era un maestro en eso. Los ladrones, Madeleine, Parmentier, ella misma... ¿Creaba una fachada perfecta para cada uno? ¿Había alguna verdad detrás?

—¿Por qué no me lo contaste desde el principio?

—Nos conocíamos desde hacía muy poco y sabía cómo iba a sonar. Preferí omitir la parte menos honrada del asunto.

—Así no me ayudas a creerte... —dijo suspirando, agotada.

—Lo sé y no espero que me perdones por las buenas —su expresión y su mirada parecían sinceras, pero ahora cada detalle le parecía engañoso—. Solo dame unos días, hasta que todo termine. No le digas nada a la policía.

—No te puedo prometer eso.

William hizo una pausa.

—Haz lo que tengas que hacer, lo entenderé.

Se extendió un tenso silencio entre ambos. Al mencionar a la policía había pensado automáticamente en Jean. No se veía con fuerzas de ocultarle más cosas, pero en el fondo ¿qué opción le quedaba? Si ahora le hablaba de la estación tendría que explicar cómo había conseguido la dirección y acabaría por descubrir todo lo demás. Empezando por su mentira con el vídeo. Odiaba haber traicionado su confianza de aquella manera. Quizá hablarle de los ladrones sería una forma de redimirse, pero entonces William...

—Lo pensaré —dijo al fin—. ¿El robo será pronto?

—Dentro de una semana. Después cargarán las obras en el tren y saldrán de la ciudad. Engancharán los vagones a otro convoy, uno con los papeles en regla, y se perderán entre el tráfico de mercancías que va hacia Bélgica o Suiza. No habrá forma de localizarles.

—¿Y todas esas cajas...?

—El botín de sus anteriores trabajos. Van a retirarse, quizá definitivamente. Saben que la policía francesa y la Interpol les pisan los talones.

Tenía sentido y coincidía con lo que le había explicado Jean. La policía les tenía localizados en París, solo era cuestión de tiempo, o de que alguien cometiese un fallo, por ejemplo robando un museo que ya estaba siendo vigilado. Cogió su bandolera y la abrió. Dentro estaban todas sus cosas, no faltaba nada.

—Gracias por recuperarla... ¿Está bien el hombre al que le tiré el archivador? —preguntó sintiéndose un poco tonta al preocuparse por él.

—Tiene una brecha en la cabeza y un par de costillas rotas, pero se curará —William sonrió—. Recuérdame que no me meta contigo.

—¿Sabe quiénes somos? ¿Qué les dijiste al llevarte mi bolsa?

—El pobre ni siquiera recuerda vuestras caras, piensa que os colasteis por casualidad o para robar. Estaba oscuro... nadie se fijó en la bandolera, les distraje y la cogí antes de que la viesan.

—El hombre la vio... ¿Estás seguro de que no la echarán en falta?

—No ha comentado nada, tampoco está en condiciones —se encogió de

hombros—. No te preocupes.

—Está bien —se puso en pie cogiendo la mochila y la bolsa—. Lo siento, pero ahora debo irme a clase.

Era una verdad a medias, todavía quedaba tiempo, pero necesitaba estar a solas y pensar. De nuevo había demasiada información bullendo por su cabeza y tenerle enfrente no ayudaba. Quería poder reflexionar con claridad. Sin embargo se aventuró a hacer una última pregunta, mientras ambos caminaban en dirección a la puerta del aula.

—Esa mujer ¿quién es? —intentó sonar lo más natural posible.

—Se llama Katya Kovacs, es el cerebro detrás de todo esto. Empezó como marchante de arte y luego descubrió que robarlo da más beneficios que venderlo y quedarse con una comisión —dijo él, con una leve sonrisa—. Tiene dinero, contactos y se codea con gente importante. Ella ha organizado y financiado los robos desde el principio. Es mala idea tenerla como enemiga.

Avanzaron por el pasillo hasta llegar a las escaleras. La entrada de la facultad quedaba más abajo, con su incesante ir y venir de alumnos. Había sido ella la que había propiciado que se quedasen a solas, y ahora se le hacía complicado despedirse. Nuevas preocupaciones e incertidumbres surgían a cada segundo.

—Encontramos una bala en uno de los almacenes —dijo, recordándolo de repente—. ¿Piensan usar armas para robar el museo? Si hieren a alguien...

—Esa gente casi duerme con pistola, pero estate tranquila, me he ocupado de que el golpe sea limpio y sin violencia. Nadie corre peligro.

—Eso espero —la idea de que alguien de museo recibiese un disparo le creaba un nudo en el estómago—. Ten cuidado tú también.

—Lo tendré, descuida —William sonrió y se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla—. Nos veremos cuando todo esto acabe.

El rubor subió al rostro de Estela y antes de que tuviese tiempo de decir nada o reprocharle su atrevimiento, él ya estaba varios tramos de escaleras más abajo. Le vio salir por la puerta principal. Le habría gustado que sus palabras la tranquilizasen del todo, pero no era así. Él era solo uno y la banda que había visto en la estación de tren parecía tener gente de sobra, profesionales y de moral dudosa. ¿Cómo iba a poder con todos ellos? Sobre

todo si la tal Katya estaba al frente. No parecía del tipo de persona que permitiría que otro dictase las normas. Se dio cuenta de que su dilema inicial, si contárselo todo a la policía o no, había dado paso a uno más personal: ¿estaría a salvo William si ella guardaba el secreto? Suspiró. Era viernes. En una semana quizá todo hubiese acabado.

Su teléfono ardió con mensajes mientras explicaba a Monique lo que le había dicho William. Su amiga quería saberlo con todo lujo de detalles, pero por desgracia no había mucho más. Tenía casi tantas dudas ahora como al principio. Más aún, teniendo en cuenta que él la había puesto en un dilema. Acudir a la policía parecía la manera más lógica y sencilla de detener a los ladrones, pero si lo que le había contado era verdad, puede que arruinase el plan para cazar a la banda entera. Quedaron en verse en cuanto terminase las clases para comer juntas y estudiar, si es que era posible. Con tantas emociones, dudaba de que pudiesen concentrarse.

Sus predicciones resultaron acertadas, pero por un motivo que no había esperado. Monique estaba más interesada en que le hablase de William que preocupada por lo que había pasado el día anterior. Para ella, que él hubiese rescatado su bandolera y hubiese aparecido en su clase era una señal clara de que se preocupaba por ella... y algo más.

—Se ha arriesgado por ti, podría haber tirado la bolsa por ahí o haber dejado que te descubriesen, pero se ha tomado la molestia de venir —dijo su amiga, comiendo un yogur. Levantó la cuchara, solemne—. Si no ves lo que está pasando, es que eres muy tonta.

—Ha venido porque no quiere que nosotras le delatemos —bufó ella, pero sin poder evitar sonreír al ver su gesto—. ¿Tú te crees su historia? Si cada vez aparece con una nueva, ¿cómo voy a poder confiar en él?

—¿Entonces vas a ir a la policía? —Monique la observó expectante.

—No... no lo sé, es complicado. Ya estamos tan metidas en esto que seguro que acaban echándonos la culpa de algo —suspiró—. Y ahora no puedo permitirme algo así, imagina que los rumores llegasen a la facultad. Adiós a la beca.

—Espera una semana, tú ya avisaste a tu inspector Berthier, si no tienen el

museo suficientemente vigilado es problema suyo.

—Ojalá fuese tan fácil... Si al final logran robar algo o hacen daño a alguno de los guardias me sentiré responsable.

—Tú eres así, no lo puedes evitar —Monique sonrió, pero sus palabras no sonaban a una de sus bromas—. Por eso eres mi amiga.

—Gracias, supongo que lo dices como algo bueno.

—Pues sí. Y ahora vamos a meternos en los libros, seguro que eso espanta todas las preocupaciones —le sacó la lengua, burlona—, o nos mata de aburrimiento.

Las siguientes horas procuraron no volver a mencionar el tema, pero resultaba como tener un elefante en la habitación. Era imposible que su mente no comenzase a girar en torno a lo que iba a ocurrir. Una semana. Estela no se imaginaba a sí misma involucrada en una conspiración. No había otra forma de expresarlo, ella estaba dentro también, porque conocía el secreto de un delito que estaba a punto de cometerse. Y no podía hacer nada al respecto. No supo si sentir frustración, rabia o angustia.

Ya era de noche cuando se separaron. Monique la abrazó a la salida de la biblioteca, tratando de animarla. Agradeció tenerla, no sabía cómo habría soportado todo aquello sin su punto de cordura, o locura. Regresó caminando a su piso, tan abstraída en sus pensamientos que ni siquiera se planteó si las calles que recorría eran seguras o no. A estas alturas le parecía una preocupación trivial.

Al doblar la esquina de su calle, las luces de colores vivos llamaron su atención. Era la policía, y estaba delante de su edificio. Corrió hasta la puerta. En la entrada se encontraban André y Flora, hablando con gesto de preocupación con dos agentes uniformados. El hombre rodeaba con gesto protector a su mujer, visiblemente alterada. Cuando la vieron llegar, la señalaron casi al mismo tiempo con el dedo.

—¡Esta es la inquilina! —dijo Flora—. Ay, pobre Estela, no sabes lo que ha pasado.

—Flora, ¿qué ha ocurrido? ¿Estáis todos bien? —dijo, confusa, tomando de la mano a su casera.

En un primer momento habían pasado por su cabeza una docena de posibilidades para que se hubiese producido ese despliegue policial, y la mayoría finalizaban con ella saliendo esposada. Sabía que había infringido varias leyes al colarse en propiedad privada estos días, pero parecía que no era ese el motivo. La gente ya se había congregado en la calle con curiosidad.

—¿Es usted Estela Darmon? Los señores Fantin nos han avisado de que alguien ha entrado a robar en el piso que le tienen alquilado —dijo el policía más cercano a ella, describiendo el suceso de manera totalmente profesional—. Si nos permite acompañarla para ver si echa algo en falta...

—¿Me han robado? —a Estela se le cayó el mundo a los pies—. Claro, vengan, por favor.

Subieron por las escaleras, no podía creerlo. Ya tenía pocas cosas como para perderlas de esa manera. Sabía que vivía en un barrio malo, pero confiaba en que respetasen a los dueños lo bastante como para no intentar algo así. Ellos mismos parecían sorprendidos, así que debía ser algo inesperado también.

Al llegar, lo primero que le llamó la atención fue la violencia con la que habían roto la puerta. Parecía como si hubiesen arrancado la cerradura de una patada. También que hubiese montones de papeles por el suelo, algunos volando hacia el hueco de la escalera a causa de la corriente. Los recogió como pudo. Eran hojas rotas de sus cuadernos de dibujo. El cuarto estaba revuelto, con todos los cajones volcados en el suelo, el armario abierto, al igual que sus maletas. Su ropa estaba esparcida por todas partes. El ladrón se había tomado la extraña molestia de rajar sus almohadas y su colchón.

—Escuchamos un ruido muy fuerte y después cosas cayendo y rompiéndose —explicó André—. Cuando subimos no había nadie, pero oímos a alguien que corría y un portazo. Debía estar escondido en otra planta y aprovechó entonces.

—Puede que fuese un simple drogadicto que se coló en busca de algo que vender —dijo el policía más mayor—. ¿Tenía objetos de valor?

—Los que tengo los llevo encima —respondió ella negando con la cabeza.

Buscó al fondo del armario, la caja de metal con fotos y documentos que guardaba allí había desaparecido. Revisó cada rincón, se agachó para mirar

debajo de la cama, apartando sábanas y prendas de ropa. Tocó algo duro, allí estaba. Abriéndola, de un primer vistazo supo lo que faltaba.

—Se han llevado mi pasaporte.

—¿Algo más?

Hizo un pequeño inventario, tocando lo menos posible por si necesitaban tomar huellas o algo parecido. Algunas cosas habían volado de su escritorio y las encontró en la otra punta de la habitación, había un espejo hecho añicos y varias de sus cajas de pinturas habían sido pisoteadas, pero aparte de eso, todo estaba allí.

—Solo eso... es raro, porque en la misma caja guardaba un colgante antiguo y no se lo han llevado —se lo mostró al policía—. No vale casi nada, es un recuerdo familiar, pero me extraña que no lo cogiesen también.

—A veces los documentos valen más en el mercado negro que las joyas —respondió el hombre—. No se preocupe, daremos parte por si intentan vender su pasaporte. Vaya a que le hagan uno nuevo. ¿Va a presentar denuncia?

—Sí, claro.

—Entonces revise todo a fondo y haga una lista de las cosas que faltan, si es que descubre alguna más. La policía científica llegará en unos minutos, cuando hayan tomado huellas podrá ordenarlo todo.

Ella asintió y estuvo tranquilizando a Flora y André mientras los agentes acababan con el papeleo. Por sus expresiones no parecían muy convencidos de que se fuese a sacar algo en claro. Había demasiados robos sin resolver en aquella zona. Solo el detalle del pasaporte les preocupaba algo más, por si alguien intentaba entrar ilegalmente al país usándolo.

—¿No quieres cambiarte a otro piso, bonita? —dijo Flora, después de que los policías se despidiesen y comenzasen a bajar por las escaleras.

—No hace falta, limpiaré todo un poco y quedará mejor que al principio. Parece peor de lo que es... —respondió ella sonriendo para que supiesen que todo estaba bien. Le tenía cariño a su cuarto, y pasada la sorpresa inicial, no sentía ningún miedo a quedarse allí. Dudaba de que el ladrón fuese a volver, ya tenía lo que quería.

—Pero te cambiaré las almohadas y el colchón, eso sí —dijo André, sacando su manojito de llaves—. Tengo uno nuevo en el piso de abajo.

El hombre bajó las escaleras con decisión y ellas se quedaron a solas mirándole por el hueco.

—¿Quién puede hacer algo así?

—No lo sé, la verdad... —respondió Estela, pero le costaba pensar que fuese una casualidad.

Mientras esperaban a André escucharon pasos subiendo y dos agentes más aparecieron, vestidos con la chaqueta que los identificaba como forenses. Se presentaron y pidieron permiso para entrar en su cuarto. Cuando el casero regresó cargando el colchón, aún enfundado en plástico, todavía estaban empolvando el pomo de la puerta, los cajones y el armario. Viendo cómo había saltado la cerradura, harían mejor en buscar la marca de una bota, pensó ella.

Los agentes les tomaron las huellas para descartarles y después de hacerles firmar en los formularios pertinentes, se marcharon. Ayudó a André a meter el colchón. El hombre salió y regreso al poco con dos almohadas, también nuevas.

—Lo sentimos mucho, Estela —dijo mientras miraba compungido cómo había quedado la habitación.

—No es culpa vuestra, solo del bruto que entró a robar... pero verás cómo en poco rato queda todo como nuevo.

Sacando una bolsa para tirar a la basura todo lo irrecuperable, comenzó a recoger. El destrozo no había sido sistemático y muchos de sus dibujos solo estaban rasgados superficialmente. Las botas de los policías habían dejado más marcas en algunos que el propio ladrón. Hizo una pila con los que se podían salvar. La ropa tampoco tenía nada serio, salvo el haber sido arrastrada por el suelo. Barrió el espejo roto y se aseguró de no dejar ningún fragmento.

Le llevó más tiempo pelear con el envoltorio del colchón hasta lograr sacarlo. Maniobrando en el pequeño espacio para llevarlo hasta la cama, retiró el viejo y lo dejó en la puerta. Colocó las sábanas, extendió una manta por encima y cuando hubo terminado, echó un vistazo. Todo estaba como si no hubiese ocurrido nada. Alguien tocó a la puerta en ese momento. Era Flora.

—Te he traído esto —dijo la mujer, tendiéndole un pequeño espejo de

tocador, enmarcado en plata—. ¿Ya lo has limpiado todo? Voy a tener que contratarte.

—No hacía falta, de verdad —dijo ella admirándolo, era precioso.

—Yo no lo uso ya, cuando te haces mayor te sobran todos los espejos. Y así tienes algo de alegría en este día.

—Gracias, Flora —la abrazó con cariño y colocó el espejo en su mesa.

—Y ahora cenarás con nosotros.

—A eso no diré que no —rio y bajó con la mujer, deseando tener algo medianamente normal con lo que terminar el día.

Unas horas más tarde, sentada en su pequeña terracita colgada entre los tejados de París, Estela miraba su cuaderno de dibujo una vez más. Iska la observaba como si fuese una pequeña estatuilla egipcia de un dios gato. Era una suerte haber perdido el día anterior su bandolera, sus últimos dibujos se habían salvado de la furia destructora del intruso. Entre ellos, el retrato de William. Pensó en cómo había cambiado su imagen sobre él en tan poco tiempo. El primer día había sido un desconocido misterioso e interesante del que estaba deseando saber más. Ahora se sentía dividida entre dos impulsos, el de recuperar la normalidad en su vida y el de volver a verle.

Suspiró y balanceó su lápiz, pensando si debería comenzar otro retrato, que reflejase al William actual. Y si se vería diferente del primero. En ese momento sonó su teléfono. Miró la hora, extrañada. Nadie la llamaba tan tarde. Ni siquiera Monique, que era más aficionada a dejarle mensajes de madrugada. No conocía el número. Dudando, cogió.

—Hola, Estela —dijo una voz de mujer, con un acento que no supo identificar.

—¿Quién es?

—Creo que ya sabes quién soy, aunque no nos han presentado —siguió la desconocida—. Llevas un tiempo metiendo las narices en mis asuntos.

Estela se puso pálida y tapó el auricular con una mano, como si la mujer pudiese escuchar el latido desbocado de su corazón o su respiración acelerada. No tenía forma de avisar a nadie ni hacer nada, solo escuchar.

—Eres Katya —dijo finamente, destapando el teléfono.

—Y tú eres... —escuchó pasar páginas— Estela Darmon. No ha sido difícil recopilar toda tu vida en internet. O casi toda. Tu familia, tus amigos... Da un poco de miedo lo que se puede obtener con un nombre y unos apellidos, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quieres? Deja en paz a mi familia.

La mujer hizo una pausa y le dio la sensación de que ese silencio era más amedrentador que cualquier palabra o insulto.

—¿Pensabas que tu pequeña expedición en mi terreno iba a pasar desapercibida? —su tono destilaba furia contenida—. Te hemos encontrado, bonita. Y si sabes lo que te conviene te olvidarás de todo lo que has visto. O me encargaré de que tu mami y tu papi, o esa amiga que tienes en la facultad, paguen las consecuencias.

—Yo... —trató de encontrar una respuesta mordaz pero el miedo la bloqueó. No era un farol, sabía que era capaz de cumplir lo que decía—. No sé nada. Y no diré nada. Pero por favor, no haga daño a mi familia. Ni a nadie.

—Está en tu mano, Estela —sin verla supo que la mujer sonreía cruelmente—. Mantén la boca cerrada y me olvidaré de ti para siempre. Pero solo si tú haces lo mismo.

La llamada se cortó y se quedó mirando el móvil con aprensión, como si tuviese en las manos una araña venenosa. Lo dejó a un lado, temiendo de forma irracional que realmente fuese a sonar y el simple contacto con el número de esa mujer resultase mortal.

No necesitó más que unos instantes para decidir qué debía hacer.

11

En el despacho de la comisaría reinaba el silencio mientras ella relataba por segunda vez la llamada que había recibido. En esta ocasión los testigos eran el propio comisario, el jefe de detectives y Jean. Este último ya sabía palabra por palabra lo que iba a decir. Le había llamado y se lo había contado solo unos minutos después de que Katya Kovacs colgase.

No sabía si había servido de algo, pero había tomado precauciones, bajando a un locutorio del barrio y usando un teléfono fijo para contactar con el inspector. Un coche sin distintivos había pasado a recogerla. Ni siquiera se trataba de un vehículo de la policía, sino de alguien contratado para dejarla en un parking al azar, donde pudo poner al día a Jean. Tras escucharla, había concertado aquella reunión.

—Así que el robo se producirá la semana que viene —dijo el comisario, frunciendo el ceño. Era un veterano, con el pelo gris peinado en una onda pasada de moda y perpetuo gesto de perro de presa—. Y eso se lo ha dicho un novio, o conocido, que le pidió que esperase. Pero ahora nos lo cuenta porque...

—Porque no puedo permitir que amenacen a mi familia —le interrumpió Estela—. Si me chantajejan con eso hoy, podrán seguir haciéndolo siempre. A saber qué me pedirán que haga la próxima vez. Prefiero arriesgarme y que detengan a Katya para que todo acabe.

—¿Usted da credibilidad a su testimonio, Berthier? —dijo el comisario volviéndose hacia Jean.

—Totalmente, señor. Además solo tenemos que enviar unas patrullas a las direcciones que nos ha proporcionado la señorita Darmon para cerciorarnos de que todo concuerda.

—Avisé al museo, que doblen la seguridad. Más vale prevenir —se volvió hacia ella—. Gracias, señorita Darmon, le tomarán una declaración firmada completa. La protegeremos a usted y a su familia.

—Respecto a eso, mis padres no saben nada y preferiría que siguiesen así.

—Trasladaremos la petición a la policía de su país, después dependerá de ellos.

Estrechó su mano y salió del despacho, acompañado por el superior de Jean, que le hizo un gesto para indicar que después hablarían.

—Gracias por apoyarme —le dijo cuando se quedaron solos.

—Deberías haberme contado lo que estaba pasando mucho antes...

—Lo sé y lo siento —le interrumpió antes de que mencionase a William, aunque sabía que probablemente estaba pensando en él—. Ocultarlo era lo más fácil, ha tenido que pasar esto para que me dé cuenta de lo equivocada que estaba. No te imaginas cómo me arrepiento.

—Tranquila, no dejaremos que hagan daño a nadie. Les cogemos —Jean le sonrió y tomó su mano entre las suyas para tranquilizarla, su contacto era cálido.

—Eso espero.

La orden oficial había sido trasladarla a un hotel mientras durase la operación, pero Estela se había negado enérgicamente. No veía cómo iba a ayudar aquello a mantener a todos más seguros.

—No puedo cambiar mi rutina así, sabrán al instante que está pasando algo —su argumento era de una lógica aplastante.

Permitieron que regresase a su piso y colocaron una vigilancia mínima. Hicieron lo mismo con todas las direcciones que ella les había dado, dejando espacio a los delincuentes para que siguiesen trabajando. Jean le pidió que no le dijese nada a Monique, pero ella también se plantó en ese punto. Sin el apoyo de su amiga no iría a ninguna parte. Esperó a estar a solas en la biblioteca, entre las estanterías más recónditas, las que contenían enciclopedias desfasadas que nadie consultaba, para susurrarle al oído lo que ocurría.

Le tapó la boca con la mano para evitar que se le escapase un grito, no

sabía si de sorpresa, indignación o ambas. Cuando la vio más calmada, la soltó y la dejó hablar. Su tono era más moderado de lo habitual, pero seguía hablando acelerada, señal inequívoca de que estaba alterada.

—¿Cómo que entraron en tu piso? ¿Y luego esa zorra te amenazó? —dijo apretando los puños y mirando hacia el pasillo, por si alguien se acercaba.

—Nos amenazó a todos. Por eso fui a la policía.

—Normalmente no me gusta tenerles cerca, pero ahora me alegro... ¿Qué ha dicho tu inspector?

—Les tienen vigilados y van a esperar a que den el golpe para detenerles —susurró, mirando nerviosa su móvil. Lo había apagado, temiendo que pudiesen grabar su conversación de alguna manera a través de él. También le había pedido a Monique que guardase el suyo.

—Pero no hay ningún peligro, ¿verdad? No vas a volver a museo.

—Tengo que ir a pintar como siempre, o sospecharán algo —meneó la cabeza, con fastidio. Esa era la parte del plan que menos le gustaba, sobre todo por la posibilidad de encontrarse con William.

—¿Y William? —dijo su amiga como si le leyese el pensamiento—. ¿Qué le vas a decir?

—Ahora ya no importa. La verdad, supongo... —se encogió de hombros—. No podía dejar que amenazasen a mi familia y quedarme esperando. La policía me inspira más confianza, él es solo uno, no iba a poder protegernos como Jean. Tienen agentes, recursos.

—Pero no crees que él tenga nada que ver, ¿no? Con que la bruja esa te llamase y encontrasen tu piso.

Esa pregunta se la había hecho a sí misma desde el primer minuto. ¿Cómo habían llegado hasta ella? Si William había recuperado su bolsa, no había forma de que tuviesen sus señas. O quizá la habían reconocido, la habían seguido... La posibilidad de que él la hubiese traicionado y puesto en peligro de esa manera le parecía imposible. Podía tener muchas caras, pero no creía que fuese tan maquiavélico. O no quería creerlo.

—No, seguro que alguien nos vio investigando y nos siguieron, no lo sé. Él no haría eso.

Monique asintió, solo había visto a William una vez y la única referencia

que tenía de él era lo que Estela le había contado, así que no sabía a qué atenerse.

—Entonces esta tarde iré contigo al museo —dijo su amiga tras unos segundos.

—Ni hablar —negó enérgicamente—. No quiero hacer nada diferente y que ellos puedan sospechar. Habrá policías allí, no te preocupes.

No quería poner en peligro a Monique una vez más, ya se sentía culpable por todo lo que había provocado. Trataba de decirse a sí misma que no era responsabilidad suya y que los ladrones habrían intentado asaltar el Lemprière igualmente, pero su parte irracional seguía torturándola. ¿Y si no hubiesen investigado todas aquellas direcciones? O no hubiese sido tan curiosa... Sobre todo, ¿y si no hubiese conocido a William?

—Te mandaré mensajes para mantenerte informada, no te preocupes.

—Más te vale —su amiga la abrazó, de forma diferente a como lo solía hacer. Ahora parecía querer retenerla allí, como si tuviese miedo de perderla. Correspondió, apretándola fuerte contra su pecho, y después salieron de la biblioteca con la promesa, cumplida a duras penas, de no volver a hablar en público del tema.

El museo parecía vivir otra tarde tan corriente como las demás, como si las noticias sobre el inminente robo no hubiesen llegado hasta ellos. Los mismos turistas, los mismos niños correteando. Los vigilantes la saludaron como siempre al entrar y por un momento dudó de si la policía estaría vigilando ya o todo se habría demorado sin que nadie la avisase. Mientras subía por las escaleras hacia su lugar de siempre, apreció algunas diferencias sutiles. Había más gente de la habitual haciendo la ruta guiada, una pareja que parecía prestar más atención a las entradas y salidas que a las obras de arte. ¿Serían imaginaciones suyas? Se cruzó con un operario de mantenimiento, cargado con una fregona y un cubo. ¿Otro policía? Le alivió pensar que no eran tan fáciles de reconocer como querían hacer creer las películas. Le habría costado sentirse segura si todo el mundo a su alrededor llevase un auricular y el bulto de un arma bajo la chaqueta.

Colocó su caballete, destapó su lienzo y se dispuso a retomar el retrato. El

mismo del que había hablado con William la primera vez. Se mordió el labio. No podía preocuparse por él. Ella y los suyos debían ser lo primero. Sabía dónde se metía, ¿no? Él había elegido perseguir a delincuentes. Suspiró, conteniendo un temblor. No era capaz de ser tan fría.

La tarde fue pasando sin sobresaltos. No hubo visitas inesperadas ni intentos de robo. Todavía era pronto, si seguían de acuerdo con el plan, tratarían de llevarse las obras la semana siguiente. La forma en la que pretendían hacerlo, burlando cámaras, guardias y sensores, todavía era una incógnita para ella.

Desde el centro de control empezaron a bajar las luces, señal de que los visitantes debían dirigirse a la salida. Comenzó a recoger y decidió tomar el ascensor, se lo había ganado. Estaba bastante satisfecha con su trabajo de esa tarde, al menos había conseguido ahuyentar todas sus preocupaciones durante unas horas. Cruzó las puertas acristaladas con una sonrisa en los labios. Ya en la calle, alguien le hizo una seña desde el otro lado de la calle. El corazón le dio un vuelco un instante, hasta que reconoció a Jean.

—¿No se suponía que debíamos ser discretos? —dijo ella en voz baja al reunirse con él.

—Ya me han visto contigo, no les extrañará. Pensarán que estamos hablando de William o algo parecido.

—¿Y vienes para hablar sobre él?

—No... quería saber qué tal estabas —el inspector pareció sonrojarse durante un segundo al decirlo.

—Te lo agradezco, pero ha sido un día normal... Hay mucha policía dentro ¿verdad? —preguntó para confirmar sus sospechas.

—¿Les has visto? Supuestamente están de incógnito.

—Me ha dado esa sensación, pero no he sabido si eran imaginaciones mías.

—Hay agentes dentro y fuera. De la manera más discreta posible, con orden de cuidar que no te pase nada —Jean la miró a los ojos y un destello de preocupación brilló en los suyos.

—Estaré bien. Pero gracias de todas formas —decidió sacar el tema que la preocupaba—. No se ha sabido nada de William, ¿verdad?

—No ha dado señales de vida, ni en el ático que nos dijiste, ni en el restaurante... en ninguna parte.

Aquello no tranquilizó en absoluto a Estela, pero tuvo que reconocer que tampoco le apetecía ver a William esposado. Si la policía no sabía dónde estaba, quizá había una posibilidad de que hubiese renunciado a su plan y pudiese quedar libre al final. No sabía cómo se tomaban los delincuentes las deserciones, pero ese sería otro problema. A estas alturas, que tuviese que pasar una temporada escondido le parecía una alternativa mucho mejor que la cárcel.

—¿Vuelves a casa? ¿Me permites que te acompañe? Me quedaría más tranquilo... —dijo Jean, sacándola de su trance.

—Sí, gracias —ahora fue su turno para sonrojarse.

Caminaron por la acera hasta que una furgoneta aparcada frente al museo llamó la atención de Estela. Era blanca y azul, con el logotipo de una empresa de transportes. Tenía las puertas abiertas y dos operarios con mono blanco introducían una caja de madera para embalar cuadros en ella. Los vigilantes de museo supervisaban la maniobra.

—¿Qué están haciendo? —dijo, volviéndose hacia Jean. Algo no iba bien.

—La aseguradora nos ha obligado a trasladar las piezas más valiosas. Las guardarán en la cámara acorazada de un banco hasta que termine la operación —dijo él, sin comprender por qué estaba alterada—. Para evitar sospechas hemos dicho que se llevan a restaurar algunos cuadros de menor importancia...

—La furgoneta, ¡las cajas! ¡Jean! —le miró, el puzzle acababa de encajar de golpe y estaba tan atónita que su única reacción posible fue dar la vuelta y echar a correr en dirección al museo.

—Joder, ¡no puede ser! —dijo en ese momento el policía, dándose cuenta de lo que ocurría y corriendo tras ella, desenfundando su pistola a la vez.

Estela estaba demasiado lejos y ya era tarde para frustrar los planes de los ladrones. Al verla llegar, el conductor de la furgoneta arrancó, poniéndose en marcha con las puertas aún abiertas. Los hombres de la parte trasera empujaron los últimos cajones, puestos en fila en el interior, y se subieron de un salto ante la mirada de confusión de los vigilantes del museo.

—¡Alto! ¡Detengan esa furgoneta! —gritó Jean y salió a la carretera con la pistola en alto.

El morro del vehículo le esquivó por poco, obligándole a tirarse al suelo e impidiendo que pudiese tener un tiro claro, ya fuese a los ladrones o a las ruedas. Desde la parte trasera, uno de los delincuentes, calvo, corpulento y con un aire familiar, saludó a Estela agitando la mano, con una sonrisa. Después cerraron las puertas y se alejaron a toda velocidad entre el tráfico. Le reconoció, le había visto en varias ocasiones, era un hombre de Katya Kovacs. Corrió a ayudar a Jean, que se incorporaba en esos momentos. Salvo algunas magulladuras, no tenía nada grave.

—Era todo una trampa. Desde el principio —dijo Estela con rabia.

—Te manipularon para que acudieses a la policía, sabían cuál era el protocolo y lo que pasaría. No tuvieron que hacer nada, solo esperar a que autorizasen el traslado y les diesen los cuadros —dijo Jean, casi como hablando para sí mismo.

—No puedo creer que todo fuese mentira...

—Nadie podría haberlo adivinado. Todo el teatro que organizaron estaba muy bien pensado —el policía se sentó en las escaleras del museo, y ella le imitó—. Estoy seguro de que si ahora hacemos una redada no encontraremos nada en ese tren.

—¿Y lo que estaban cargando? No puede ser que estuviesen esperándome e hiciesen toda esa pantomima solo para mí.

—Hay un tesoro en objetos de arte, esa parte es cierta, pero tiene que estar en otro lugar —marcó el número de la central en su teléfono y explicó la situación. Pronto las sirenas empezaron a iluminar el lugar y llenarlo todo con su cacofonía.

Agentes de uniforme y otros de paisano se desplegaron y peinaron la zona. Pronto resultó evidente que no había ninguna pista, ni rastro de la furgoneta, probablemente ya había aparcado en algún garaje subterráneo a varios kilómetros. La encontrarían vacía o incluso quemada, en cuanto trasladasen todas las obras de arte a otro vehículo. Jean se lo explicó mientras dejaba que fuesen sus compañeros los que liderasen la búsqueda. Parecía abatido.

—Debería haberme dado cuenta. Las piezas encajaban demasiado bien.

—¿Y ahora qué? Tiene que haber alguna forma de encontrarles —dijo ella, tratando de pensar en cualquier detalle que les diese una pista.

—Teníamos vigilada a esa gente en varios puntos, interrogaremos a los que podamos coger. También entraremos en el piso de William, para ver si se ha dejado algo que nos oriente, pero esta vez una pista que sea cierta —sonrió débilmente.

—Me gustaría ir contigo, si es posible.

El inspector la observó un instante y asintió. Tal y como se habían desarrollado las cosas, Estela necesitaba verlo con sus propios ojos. Si todo había sido el decorado de una función, quizá reconocerlo de primera mano la hiciese reaccionar. En el fondo aún pensaba que William podía no haber tenido nada que ver, pero recordó sus palabras, la última vez que se habían visto: había ideado un plan en el que no harían falta las armas. Así había sido. Los vigilantes incluso les habían ayudado a bajar las piezas de sus enganches e introducirlas en el vehículo. Ahora estarían desolados, no quería ni imaginarlo.

—Tenemos una lista de las obras robadas —dijo otro detective, tendiéndole a Jean una hoja de papel—. Ha sido fácil porque coinciden con las del manifiesto presentado por la aseguradora para el traslado. La única diferencia es una pintura de la tercera planta. Esa no estaba previsto que saliese del museo, pero también ha desaparecido.

Estela abrió mucho los ojos, estupefacta. Mirando por encima del hombro de Jean, repasó la lista. Eran obras de valor incalculable. Solo una era “corriente”, si se podía llamar así a un lienzo que en su día se había subastado por varios millones de euros. Era el retrato de la joven holandesa que conocía tan bien. Ambos se miraron.

—¿Crees que es un mensaje de William? —dijo él, lanzándole una mirada inquisitiva.

—Si lo es, no sé qué quiere decirme —Estela frunció el ceño—. Podría tomármelo como una burla. Él sabe lo que significa ese cuadro para mí.

—Había casi mil millones de euros en arte en esa furgoneta. Tenemos que encontrarla... él te conoce, pero tú también a él, usaremos eso —Jean sonó resuelto y más animado por primera vez—. Vamos a su piso.

Si esperaban encontrar algo incriminatorio en el ático de William, se quedaron con las ganas. Ni siquiera parecía que alguien lo hubiese habitado recientemente. Si ella no hubiese estado allí solo unos días atrás, habrían pensado que llevaba desierto mucho tiempo. Estela caminó por el piso vacío sin dar crédito a sus ojos. Ya no quedaba nada de los muebles, libros y curiosidades que habían atraído su atención la noche que se había quedado a dormir allí. Solo la cama seguía en su sitio. De manera pulcra y eficiente, alguien se había llevado todo lo demás.

—La inmobiliaria que gestiona el alquiler no sabe nada —dijo Jean, mirando alrededor y alzando la vista al llegar a la escalera de caracol—. Según sus registros el ático ha estado clausurado pendiente de reformas en el último año.

—¿Nadie oyó el ruido de la mudanza? ¿Y los vecinos? —preguntó ella.

—El más cercano está dos plantas más abajo, no escuchó nada. Ni siquiera creo que supiese que había alguien viviendo aquí, es gente de dinero que prefiere hacer como que los demás no existen.

—Parece imposible...

—Los agentes que estaban apostados fuera no vieron nada. Quizá ya estaba vacío —el inspector meneó la cabeza—. Si no fueses tú la que me lo contó, pensaría que te lo habías inventado, o que te llevaron a otro lugar. Esto parece un truco de magia.

—Pero el restaurante existe de verdad, dime que sí...

—Sí, *Le Petit Poulet* existe y su dueña os recuerda, pero no sabe de ninguna actividad delictiva de Frost. No sé si dice la verdad o no, pero sospecho que jamás lo averiguaremos.

—Mamá Madeleine nunca diría nada malo de William.

Estela subió dando vueltas por la escalera, no había tenido oportunidad cuando había estado allí y ahora le apetecía. Aunque fuese en aquel piso ahora tan vacío e impersonal. Al menos conservaría el recuerdo del momento que pasaron juntos. ¿Había sido verdad algo de aquello? No iba a encontrar respuestas por mucho que se devanase los sesos, así que desechó la pregunta.

En la torre las vistas eran tan impresionantes como había imaginado. Los

ventanales proporcionaban una panorámica casi total de París. Se asomó al que daba a la Torre Eiffel, era una imagen de postal. Caminó en círculo hasta que quedó encarada en dirección a su propio barrio. No podía identificar la línea de azoteas al completo, pero sabía que estaba allí. Algo llamó su atención, un papel prendido entre el cristal y el marco. Lo cogió y lo desdobló. En él se veía el boceto de un pequeño gato. Bajó las escaleras a toda prisa.

—Tengo que ir a casa... pero te llamo después —le dijo a Jean, agarrando su mano un instante antes de salir apresuradamente por la puerta y despedirse estando ya fuera—. ¡Lo siento!

El policía la vio desaparecer escaleras abajo, estupefacto.

Estela entró como un rayo en su edificio, agradeciendo que Flora y André no estuviesen en la portería. No le habría gustado tener que despacharles con rapidez, ahora solo tenía en mente una cosa. Se peleó con sus llaves hasta encontrar la adecuada, la cerradura giró solo con media vuelta, lo cual confirmó sus sospechas. Antes de asomarse a la terraza, sabía lo que iba a encontrar. Sentado con total tranquilidad, con los pies apoyados en la barandilla y acariciando a Iska en su regazo, estaba William Frost.

—No sabía cuándo llegarías, así que me he puesto cómodo —dijo con total naturalidad, sin perder la sonrisa.

—Yo... debería avisar a la policía —sintió la indignación crecer en su interior, no sabía qué la enfurecía más, todo lo que había hecho o la desfachatez que demostraba.

—Si lo haces no voy a poder explicarte lo que ha pasado. Y tengo que hacerlo cuanto antes, no estás segura aquí.

—¿Y de quién es la culpa? —tiró su bolsa al suelo y se encaró con él, algo arriesgado en el precario espacio de su terraza.

—Es toda mía —reconoció William, con gesto de arrepentimiento—. Pero déjame que te diga por qué.

Apretó el teléfono móvil en su mano. En un par de toques podía tener a la policía al otro lado, si hacía falta retendría a William ella misma hasta que llegasen. Era lo que merecía por manipularla, engañarla y hacer que no tuviese claro qué era real y qué no. Quizá era eso lo que más le dolía, más que el

hecho de que la hubiese implicado en un robo.

—Cinco minutos. Después llamaré a la policía y te entregarás. No vas a salir de aquí —permaneció de pie en la puerta de la terraza mientras le escuchaba—. Empieza.

—Soy un ladrón, lo confieso. Lo he sido siempre —dijo él, dejando ir al gato, sentándose hacia ella y hablando sin sus habituales bromas—. No estoy orgulloso pero es mi forma de vivir. Siempre he pensado que robar arte es un crimen que se puede disculpar, porque son otros los que ponen precios desorbitados a los cuadros. Si subastan así partes de la historia de la humanidad, no merecen poseerlos.

—Si eso te hace sentir mejor... —Estela frunció el ceño—. Sigue.

—Es cierto que ayudé a organizar el robo del Lemprière, pero yo no quería implicarte. Solo tenía que informarme sobre ti para ver si serías un problema, nada más —titubeó al hablar—. Pero me acerqué demasiado. Las cosas que te dije, la cena, no entraban en el plan. No me gustaba mentirte y llegué a pensar en retirarme. Pero Katya no dejó que me lo plantease siquiera, me vigilaba desde el primer minuto. Se enteró de todo y me dijo que si no seguía adelante te haría daño.

—¿Alguna vez tuviste intención de entregar a la banda a la policía? ¿Qué había de verdad en eso? —preguntó ella, tratando de ignorar lo último que él había dicho. No caería tan fácilmente en su trampa una vez más.

—Yo siempre he ido por libre, si les encarcelan no derramaré una lágrima por ellos —se encogió de hombros—. No les delataré sin más, pero tampoco voy a ayudarles a escapar.

—¿Honor entre ladrones? —dijo ella con una pizca de sorna.

—Algo parecido... digamos que tengo principios.

—Tu amiga Katya me amenazó a mí, amenazó a mi familia, a Monique... ¿dónde están sus principios?

William guardó silencio unos instantes y su expresión se endureció.

—Eso no está bien y lo siento. Sabía que quería presionarte pero no cómo iba a hacerlo, se lo habría impedido.

—¿Cómo? Está claro que es ella la que lleva las riendas en todo esto.

—Ella lo cree así, desde luego.

Sus explicaciones no habían logrado convencerla, pero al menos la rabia, o la decepción que había sentido tras producirse el robo, se habían desvanecido ligeramente. Los minutos del plazo que le había dado habían pasado hacía mucho. Guardó su teléfono y se sentó en la pequeña silla frente a la suya.

—Se ha ido, ¿no? Con los cuadros... están ya muy lejos.

—Casi, el tren saldrá esta noche.

—¿El tren? Pero si la policía lo tiene vigilado, dijeron que allí no había nada. Cajas vacías.

—Katya movió los vagones verdaderos poco después de que tú los vieses y lo cambió por otros. Están en una vía muerta, cerca de la estación —sonrió con malicia—. Pero no se lo han llevado todo.

William se puso en pie y entró en su cuarto. Después de unos instantes regresó con su retrato, el que ya nunca podría terminar. Con dedos hábiles soltó varias de las grapas que había usado para unir el lienzo al bastidor. Antes de que terminase, Estela ya sabía qué estaba a punto de ocurrir.

—No me digas que... —se quedó boquiabierta.

Cuando la tela cayó, el retrato original quedó al descubierto, extrañamente fuera de lugar en aquella terraza. La muchacha holandesa la miró con dulzura. Siempre la había visto en una sala de museo, jamás a la luz del día. Era igual de espectacular, una obra maestra.

—Lo incluí en la lista de obras a trasladar, pero en realidad ya lo había robado hacía días —lo decía con sencillez y un tinte de orgullo, pero quizá también algo avergonzado al no saber cómo reaccionaría ella—. Aproveché un punto ciego de la cámara, desmonté el original en los baños y luego lo grapé aquí. Lo que se han llevado es una de mis mejores copias.

—¿Por qué? ¿No trabajas con ellos?

—Cada golpe que doy es solo para mí mismo... ellos eran un medio más para conseguir mi objetivo.

—¿Pero por qué este cuadro en concreto? —Estela no podía dejar de mirarlo.

—Sé apreciar las cosas bellas. Al menos eso creo —de nuevo aquella sonrisa que la desarmaba. Le maldijo por lo bajo.

Siguió mirando el retrato. Suponía que ahora él lo vendería en el mercado negro y se le perdería la pista. Era demasiado famoso como para exhibirlo o intentar subastarlo de manera pública. Algún magnate sin escrúpulos pagaría varios millones por él y lo tendría colgado en su salón, a la vista solo de sus íntimos, otros empresarios o políticos para los que el arte era un trofeo más. El cuadro desaparecería y se convertiría en una nota al pie de los libros de arte. Como muchos otros.

—¿Qué harás ahora? —preguntó, algo temerosa de su respuesta.

—No lo sé, en otra situación ya estaría en Venecia tomando un café —meneó la cabeza—. Pero no podía marcharme así, sin hablar contigo.

—Ayúdanos a coger a la banda, ¡aún hay tiempo!

—Eso no es tan fácil, Estela.

En ese momento sonó un ruido fuerte en el edificio, un crujido de madera como si alguien golpease, o más bien echase abajo, una puerta en otra planta. Ambos se volvieron con rapidez. William bajó de un salto y cruzó la habitación hasta la entrada. Estela le perdió de vista unos segundos y le vio regresar a la carrera.

—Tenemos que irnos, ahora. Ya vienen —dijo entregándole su bolsa y enrollando el cuadro.

—¿Qué ocurre? ¿Quién viene?

—Parece que Katya no quiere dejar cabos sueltos. Eso o me han seguido.

Estela palideció y se puso su abrigo precipitadamente, colocándose su bandolera cruzada sobre el pecho. No imaginaba cómo podrían salir. Si los intrusos estaban en la escalera, se toparían con ellos antes o después.

—Espero que no tengas vértigo —dijo William poniéndose en pie sobre la mesa y usándola para saltar por encima de la verja, hasta el tejado. Le tendió la mano desde el otro lado—. Vamos. No te separes de mí.

Le habría gustado decir que dudó, pero en realidad agarró su mano y se impulsó, cayendo al otro lado. Resbaló sobre el canalón lleno de barro y William la sujetó por la cintura, abrazándola y evitando que se precipitase al vacío. Se miraron a los ojos y durante unos segundos sintió el batir de su pecho agitado contra el de él. Después se separaron. No era incomodidad, solo que... se permitiría pensarlo cuando hubiesen logrado huir.

—Si damos la vuelta podremos pasar a otro edificio y entrar por una claraboya —dijo él señalando a la esquina—. Desde ahí bajaremos a la calle y luego ya veremos.

—No es un plan muy elaborado —bromeó ella.

—Es el que tenemos —él le guiñó un ojo y caminaron manteniendo el equilibrio. Él cogía su mano y abría la marcha.

Al llegar al final de la cornisa del edificio, antes de que tuviesen oportunidad de girar, Estela vio una silueta saliendo por su terraza. Después escuchó un disparo, luego otro. Se agachó por instinto y ambos corrieron tan rápido como pudieron, apoyándose en las tejas.

En el edificio contiguo las ventanas eran demasiado altas y angostas como para colarse por ellas. William la aupó hasta que pudo trepar a lo alto del tejado de zinc. Desde allí el panorama de chimeneas y antenas no era muy esperanzador. Tendrían que caminar manteniendo el equilibrio sobre la resbaladiza superficie gris azulada y deslizarse hasta la siguiente cornisa hasta dar con alguna entrada. Varios gritos a su espalda les anunciaron que no estaban solos. Un nuevo disparo retumbó tras ellos y la bala se incrustó a pocos metros, haciendo volar un fragmento de cerámica.

—¡Salta! —le gritó William cogiéndola de la mano y señalando a un toldo a rayas blancas y amarillas, unos metros más abajo. Era una locura, pero también permanecer expuestos allí arriba. Se agarró con fuerza a él y cerró los ojos, arrojándose al vacío.

12

Tras unos segundos interminables chocaron contra la tela, rasgándola pero sin llegar a romperla. La estructura de varillas metálicas había hecho de improvisado colchón. El dueño observó boquiabierto cómo salían de su terraza y cruzaban su casa, sin dar más explicaciones. En unos segundos estaban en las escaleras, corriendo en dirección a la calle.

Se detuvieron varias manzanas más allá, escondidos en un portal, recuperando el aliento. William sonreía, como si escapar de una muerte segura fuese un pasatiempo más. Estela le golpeó en el hombro, con más frustración que enfado.

—No podías ser contable, tenías que ser ladrón de arte y llevarles hasta mi piso —bufó—. Por tu culpa mi vida está patas arriba y ya no tengo dónde volver.

—Ellos ya sabían dónde vivías —respondió él, sin dejar de sonreír—. Pero es cierto que ya no podrás volver allí, lo vigilarán. Me buscan a mí, a ti... o esto.

Le mostró la pintura, que llevaba enrollada en su abrigo. Parecía muy pequeña así. No le gustaba que la hubiese robado, pero le alegraba que estuviese en sus manos y no en las de Katya. No se la merecía, y los ricachones dispuestos a comprarla en el mercado negro, tampoco.

—¿Y ahora qué? Tenemos que avisar a Jean y que la policía intercepte el tren con las obras de arte.

—No me entusiasma la idea, pero quizá sea lo mejor —dijo él con resignación—. Primero vamos a buscar un sitio seguro donde descansar.

Sabiendo que les buscarían por todo el barrio, pararon un taxi y William le dio al conductor una dirección en pleno Barrio Latino. No era una mala idea,

se confundirían con la enorme cantidad de turistas que pasaban por la zona a diario.

—Lo tienes todo pensado —dijo Estela mientras avanzaban entre el tráfico—. ¿Es otro piso tuyo?

—Algo más modesto. No creas que vivo siempre a todo lujo.

—Eso es fácil si la casa es de otro —le pinchó ella, pero él no pareció molesto.

Resultó ser una pequeña pensión, encajonada entre varios edificios y con un letrero luminoso que debía llevar en estropeado desde los años 70. El hombre tras el mostrador ni siquiera les miró al entrar, enfrascado en su periódico, entrecerrando los ojos, con sus gafas encajadas en lo alto de la cabeza, olvidadas. No había ascensor, solo una estrecha escalera. Al llegar a la primera planta se encontraron con una puerta solitaria. William sacó una llave de su bolsillo de la que colgaba un disco de plástico con un “1” grabado y la abrió. El interior era tan poco atrayente como el exterior. No se trataba de un hotelito con encanto, más bien el último escondite para traficantes y delincuentes. Que era lo que ambos eran ahora. No había maleta ni ropa a la vista.

—Ya me parecía que todas tus cosas no iban a caber aquí —dijo Estela, sentándose en la cama, que rechinó bajo su peso.

—Ah, el encanto de la vida criminal... —bromeó él—. No todo son casinos en Mónaco y yates en la Costa Azul.

—¿Tienes un yate en la Costa Azul?

—Quizá en otra vida —sonrió—. Por ahora debemos conformarnos con esto. Puedes ponerte cómoda mientras decidimos qué hacer.

—Avisar a Jean —respondió ella, convencida—. No podemos esperar más, imagina que todas esas obras de arte salen del país. Y tú tienes que devolver esa.

Señaló el lienzo que él había dejado sobre la mesa. No sabía cómo se lo tomaría, ni siquiera se había planteado qué pretendía hacer él con el cuadro. Una persona podría vivir muy bien durante años con los beneficios de venderlo. Incluso pedir un rescate era una opción viable, el gobierno lo pagaría gustoso antes de permitir que una obra así acabase en manos de

cualquiera.

Cogiendo el tubo, William se lo tendió.

—¿Qué haces? —preguntó ella, confusa.

—Nunca ha sido mío. Y tú eres la persona a la que más le importa este cuadro, en todo el planeta —dijo con total naturalidad—. Es lógico que tú decidas qué se hace con él.

—¿Así, sin más?

—Podemos hacer una ceremonia... —hizo una floreada y ridícula reverencia.

—Qué tonto eres —sonrió y cogió el cuadro, aún sin creérselo—. Gracias.

—No te voy a decir que lo robé para ti porque entonces quizá te sentirías responsable. Pero sabía que tú lo guardarías mejor que nadie.

Era cierto, aquello no la consolaba, pero entendía sus intenciones y le agradecía el gesto. Sopesó la tela enrollada con algo de vértigo. No solo tenía en sus manos millones de euros, era un fragmento de la historia de la pintura. Pensó en todas las manos que habrían pasado por ella, empezando por las del propio autor.

En ese momento su teléfono sonó y vibró insistente en su bolsillo. Había aprendido a odiarlo, porque solo era portador de malas noticias. Tragando saliva, miró la pantalla. Era Monique.

—¡Moni! ¿Dónde estás? —dijo cogiéndolo con rapidez, necesitaba hablar con ella—. No creerás lo que ha pasado...

—Me temo que tu amiga no puede ponerse en estos momentos, pero quizá pueda transmitirle un mensaje —dijo una voz grave de mujer, con un ligero tono burlón. Era Katya.

—¿Dónde está Monique? ¿Qué le has hecho? —el pánico se adueñó de Estela.

William se volvió al escuchar sus palabras y le hizo un gesto para que se tranquilizase y siguiese hablando.

—Ella no tiene nada que ver, haré lo que me diga... —siguió ella, ante el silencio de su interlocutora.

—Más te vale, bonita —le espetó Katya, como un latigazo—. Mira la pantalla.

Se encendió la petición de una videollamada. Aceptó y la pantalla mostró por un instante a la mujer, después giró el punto de vista y vio a su amiga, atada a una silla en un lugar que parecía un almacén, lleno de cajones. La imagen se movía y se entrecortaba. La mano de Katya apareció en pantalla, se acercó a Monique y tiró de su pelo hacia atrás, para obligarla a mirar a la cámara. Estaba amordazada y con los ojos llorosos. No sabía si lo que veía en su rostro eran moratones o cercos de maquillaje corrido. La llamada se cortó.

—Tienes algo que es mío, ya sabes qué. Y si no, habla con tu querido señor Frost, él te lo aclarará. Quiero que estés en Montmartre en treinta minutos, alguien lo recogerá —su voz sonaba dura y sin dar alternativa a la negociación—. Si avisas a la policía, olvídate de tu amiga. No me darán tanto por ella como por el cuadro, pero seguro que se venderá bien en algunos lugares... Por cierto, quiero que William también vaya. O estáis los dos junto a la iglesia o ya sabéis lo que pasará. Treinta minutos, no lo repetiré.

Estela se quedó paralizada en la misma posición, con el teléfono pegado al oído, mucho después de que el pitido indicase que Katya había colgado.

—Quiere el cuadro, ¿no? —dijo William al fin con el ceño fruncido, sin la ligereza en las palabras tan habitual en él, estaba realmente preocupado—. Se lo daremos, Monique es lo primero. ¿Dónde hay que ir?

—No.

—¿No, qué?

—No se lo daremos —respondió Estela, mirándole fijamente—. Quiere que vayamos los dos. La va a matar y a nosotros también. En cuanto tenga el cuadro se acabó para todos.

—¿Entonces, qué quieres hacer?

—Estaban en un lugar estrecho, con cajas de madera, que se movía... ¿podría ser el tren?

—Sí, es un sitio seguro y vigilado, podría ser. ¿Estás pensando en que intentemos rescatarla? ¿Nosotros solos? —a pesar de sus palabras no parecía que la idea le desagradase demasiado—. Podríamos avisar a la policía y que tu amigo Jean se encargue.

—Tardarían demasiado o les descubrirían, como la última vez... tienen a mi mejor amiga y no quiero arriesgarme. Iremos tú y yo. Quizá podamos

colarnos y sacarla de allí antes de que los guardias se den cuenta, no se veía a ninguno en la imagen —suspiró—. No me importa el cuadro, o el resto de obras de arte, solo quiero que Monique esté bien.

William asintió y cogió su abrigo, que había dejado sobre una silla.

—Has dicho que en la llamada parecía que estaban en movimiento...

—Sí, daba la sensación de que vibraba, eso es que el tren está en marcha ya ¿no? ¿Sabes dónde puede estar?

—Tienen que llegar a una terminal de mercancías y allí esperar para engancharse a un tren que sale de Francia... sé dónde es, vamos.

Salieron de la pensión y Estela buscó un taxi con la mirada, hasta que William le hizo una seña desde el otro lado de la calle. Estaba junto a un viejo Citroën, un modelo rojo oscuro, tan feo que resultaba bonito de alguna forma. Lo abrió y le hizo una seña para que subiese.

—No te imaginaba en un coche así —dijo ella, abrochándose el cinturón y mirando el anticuado interior.

—Creo que tendremos que empezar de cero con eso de las impresiones que te he dado... —el motor tosió al arrancar, tras varios giros de volante enfilaron la carretera de salida de la ciudad—. ¿Me veías más en un deportivo?

—Un deportivo, un yate...

—No llevo una vida con tanto glamour, siento decepcionarte —le hizo un gesto señalando la guantera—. Ahí hay algo que puede que necesitemos.

Estela la abrió y entre papeles y resguardos de aparcamiento, vio objeto envuelto en un trapo. Lo cogió, al desenvolverlo se encontró con una pistola de pequeño tamaño, casi no parecía de verdad. Encajaba en su mano a la perfección. Sintió un escalofrío.

—Yo... no quiero hacer daño a nadie.

—¿Ni siquiera si amenazan a tu amiga? —parecía una pregunta destinada a forzarla a tomar una decisión—. Nunca la llevo cargada, pero las balas están ahí. Tenemos que estar seguros antes de llegar. Ellos no van a andarse con bromas.

Buscó y encontró la caja de la que hablaba, las balas parecían minúsculas, aunque no deseaba comprobar el daño que hacían. Pensó en Katya, había

estado convencida desde el primer segundo que sus intenciones respecto a ellos eran mortales. Eran testigos, conocían su plan, el tesoro por valor de miles de millones que había cargado en el tren, información de primera mano sobre su organización... Sus hombres no dudarían en apretar el gatillo si tenían la oportunidad.

—La llevaremos cargada. Pero prefiero que la uses tú —dijo al fin.

—Está bien, saca el cargador, te diré cómo se hace...

Conduciendo con rapidez mientras seguían las vías de tren, William la instruyó sobre cómo montar el arma, quitar el seguro, apuntar y, llegado el caso, disparar. Solo como medida de precaución. Después volvieron a guardar la pistola en la guantera, aplazando la idea de que quizá tendrían que usarla contra una persona.

—¿A dónde pretende llevar las obras? —le preguntó, en parte para tener su mente ocupada en otra cosa que no fuese el peligro que corría su amiga, o ellos mismos.

—Hay varias opciones, Bélgica, Luxemburgo, Suiza... yo apuesto por Suiza, aunque Katya nunca llegó a decírmelo. No confiaba totalmente en mí.

—Por qué será...

—Ella no confía en nadie —dijo él, ignorando su pulla—. Y tampoco es de las que se retiran. Lo esconderá todo y regresará con otro nombre y otra cara, para seguir robando. Lo necesita, lo lleva en la sangre.

—¿Como tú?

—Yo procuro no perjudicar a nadie inocente. Siento lo que os ha pasado a tu amiga y a ti.

—Ahora ya no importa —dijo ella, con un suspiro—. Sé que es cosa de Katya. Intentemos solucionarlo.

Minutos después el coche se desvió y entró en un camino de grava que llevaba hasta una valla con varios carteles de advertencia. El más cercano avisaba de que el acceso estaba restringido a operarios de la línea ferroviaria. La puerta doble de metal estaba cerrada con un candado. William bajó y, sacando unas ganzúas del bolsillo, lo forzó a la luz de los faros. La cadena cayó y pudieron continuar. Al poco tiempo vieron las primeras vías y al fondo, las luces y las siluetas de vagones de tren.

—En esta zona aparcen los vagones que requieren limpieza o reparaciones —dijo William apagando el motor y quitando las llaves—. El andén está más adelante, habrá guardias, pero no suelen venir por aquí, no hay nada de valor que robar.

Sus pisadas sobre el suelo de gravilla hicieron un ruido que a Estela le pareció tremendo, propagándose a través de aquel plácido aire nocturno. Se escuchaba el rumor lejano de maquinaria. El centro del recinto estaba iluminado por focos situados en altos postes. Ellos todavía estaban amparados por la oscuridad, por suerte. William consultó su reloj.

—Hemos venido bastante rápido, no creo que hayan llegado aún. Tendrán que maniobrar para entrar y esperar media hora para enganchar con el otro tren. Katya ha sobornado a uno de los operarios y a varios guardias.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó, aún aprensiva ante la posibilidad de usar la violencia. Había visto a William guardarse la pistola en el bolsillo derecho de su abrigo.

—Bajarán a estirar las piernas. Nosotros aprovecharemos para subir y soltar a Monique. Si hay alguien vigilándola... —le lanzó una mirada significativa.

—¿Y las obras de arte?

—Haremos una foto al tren en el que van enganchados los vagones y se la mandaremos a tu amigo Jean. Les cogerán cuando lleguen a su destino.

Expuesto así parecía un plan infalible, pero sospechaba que las cosas no serían tan sencillas. Rodearon la zona iluminada, ya podían ver a los técnicos con chalecos reflectantes y al menos a dos vigilantes, apostados en garitas a cierta distancia, justo en la entrada de personal. Corrieron agachados y cruzaron hasta la zona de vías. Los vagones aparcados formaban pasillos donde era fácil esconderse de miradas curiosas. Aun así permanecieron agazapados.

Unos minutos más tarde, una sirena y un altavoz anunciaron una llegada.

—Tiene que ser este —dijo William.

Las barreras se levantaron y la misma vieja locomotora diésel de color amarillo que había descubierto en su incursión a la estación entró en el recinto, arrastrando cuatro vagones de mercancías. No había nadie a la vista.

Avanzó lentamente y tras varios cambios de agujas y movimientos marcha atrás, quedaron estacionados en una vía adyacente. La locomotora se desenganchó con un chasquido de mangueras de aire sueltas y se alejó.

—Cuando el tren que hayan elegido llegue, añadirán esos cuatro vagones a la cola. Cambiarán el manifiesto y nadie se molestará en inspeccionarlos en la frontera —le explicó—. Vamos, tenemos diez minutos como mucho.

El andén principal era el más iluminado y los operarios iban y venían por él, haciendo reparaciones en los bajos de los trenes o limpiándolos con mangueras a presión. Por suerte, al que ellos se dirigían, paralelo a ese, estaba mucho menos concurrido.

Lo primero que vieron fueron los pies de varias personas que paseaban por la superficie de cemento, fumando y hablando en un idioma que a Estela le sonó a algún dialecto de Europa del Este. Mientras los hombres estuviesen allí sería imposible acercarse. William le tocó en el hombro y le hizo una seña para que rodease la plataforma con él. Se arrastraron entre las vías, moviéndose en el estrecho espacio que dejaban las enormes ruedas metálicas. Se manchó los pantalones pero eso era lo último que le preocupaba ahora. Todo olía a grasa y combustible. Cuando se incorporó, asomándose lo justo para no destacar entre las sombras, vio que los vagones de mercancías tenían aquellas enormes puertas correderas a ambos lados. Eso era lo que él quería mostrarle, por allí tendrían una oportunidad.

Los cierres laterales se abrían tirando de una palanca, asegurada en su sitio con un candado de gran tamaño. Pero primero tendrían que descubrir en qué vagón tenían a Monique. Las únicas aberturas eran unos estrechos respiraderos en la parte superior, imposible ver nada por ahí.

—¿Recuerdas algo de la llamada? —le susurró William, bajando de nuevo entre las ruedas del tren—. Algún símbolo, un color... todos estos vagones parecen iguales.

—Solo se veían los cajones, no había nada particular —respondió ella, frustrada.

—No te preocupes, lo intentaremos en uno y si no pasaremos al siguiente —la tranquilizó él con una sonrisa.

En ese momento escucharon un repiqueteo diferente en el andén. Miraron

por el hueco que quedaba entre la maquinaria y alcanzaron a ver unos pies femeninos enfundados en caros zapatos de tacón. Se miraron, no hizo falta que dijese nada. Era Katya. Había bajado del vagón de cola, o eso les pareció. Se movieron en esa dirección. Estela suspiró aliviada por dejarla atrás, esa mujer le daba pavor. Parecía despiadada y capaz de cualquier cosa para salirse con la suya.

Saliendo por la parte posterior, William se incorporó para manipular el candado. Sus ganzúas le fueron de utilidad una vez más. En menos de un minuto, un chasquido les indicó que el paso estaba libre. Pero de momento no movieron la palanca.

—No sabemos si Monique estará aquí, o si estará sola —le dijo agarrando la barra de metal con firmeza—. Abriré un poco la puerta, echa un vistazo rápido. Con suerte no lo notarán, está oscuro y hay demasiado ruido.

Ella asintió y él giró el mecanismo con dificultad. Por un instante el metal chirrió pero después los pasadores se levantaron y pudo tirar de la corredera, abriéndola tan solo unos centímetros. Solo se veían cajas apiladas a ambos lados. Una luz mortecina parecida a la de la llamada iluminaba el techo, pero sospechó que todas serían iguales en aquel convoy.

Estaba a punto de decirle a William que no había nada a la vista y que necesitaría asomarse al interior al menos, cuando un pitido resonó en los andenes. Un tren de grandes dimensiones acababa de entrar y se dirigía al andén paralelo al suyo. La locomotora era mucho mayor que la que habían visto antes, pintada con rayas rojas y blancas. Avanzaba como una enorme bestia metálica en su dirección, arrastrando una hilera interminable de vagones de mercancías y contenedores.

—Se han adelantado —dijo William al verla—. ¡Van a enganchar los vagones ya!

Se escucharon pasos subiendo por las escaleras de los demás vagones y Estela no lo dudó. Empujando la puerta corredera lo bastante como para tener un hueco por el que colarse, agarró a William por la solapa y le arrastró dentro. Después cerraron y buscaron con rapidez un rincón en el que esconderse. En la parte de atrás había mucho material amontonado, muebles, algo que parecía el mascarón de proa de un barco. Se quedaron allí,

agachados, esperando. Las cajas les daban una protección precaria, pero no fue necesaria. Nadie entró en ese vagón. Solo el sonido del aire comprimido de las mangueras que se reconectaban y una repentina sacudida rompió el silencio.

—Ya han enganchado. Van a salir.

—¿Cuánto queda hasta la cita en Montmartre? —preguntó ella, nerviosa.

—Menos de cinco minutos —respondió William, mostrándole su reloj—. No tardarán mucho en avisar a Katya de que no hemos acudido. Si vamos a hacer algo tiene que ser ya.

—Vamos a cruzar el tren y salvar a mi amiga —dijo ella, incorporándose y dirigiéndose con decisión a la puerta que separaba los diferentes vagones.

En ese momento el tren arrancó, arrastrándoles en una marcha lenta que no tardó en convertirse en un rítmico traqueteo. Vieron alejarse las luces de la estación, pronto salieron a campo abierto.

La puerta que separaba los vagones era corredera también, pero por suerte se cerraba por dentro. Se asomaron a la estrecha ventana y vieron el salto al vacío entre ambas plataformas y la puerta contraria. No debería ser muy peligroso, a pesar de la velocidad. Estela temía más lo que se encontrasen después. Pero a simple vista no daba la impresión de haber nadie al otro lado.

William la miró y ella asintió levemente, abrieron la puerta y el viento frío les azotó el rostro. Olía a gasoil y a bosque, los árboles pasaban con rapidez. Saltaron al vagón siguiente agarrándose a las barandillas, fue menos traumático de lo que ella esperaba. Se asomaron al interior, de nuevo sin ver guardias, solo mercancía apilada. La cantidad de arte que había allí sobrepasaba la imaginación de Estela, no quiso ni pensar en su valor monetario.

—Tenemos un problema —dijo William, sacudiendo el pestillo. Estaba cerrado por el otro lado.

—¿No puedes abrirlo con las ganzúas?

—Es un mecanismo de palanca, necesitaría algo para forzarlo...

Le vio mirar al interior, al techo del vagón. Había una claraboya cuadrada, cubierta con una especie de plástico translúcido.

—Espérame aquí —dijo él, agarrándose a la pequeña escalera adosada al lateral del vagón.

—¡Ten cuidado! —le gritó para que le oyese por encima del vendaval que generaba el convoy en movimiento.

Le vio desaparecer y esperó, preocupada. ¿Y si perdía pie ahí arriba? Aquel era un tren de mercancías y daba las curvas sin preocuparse por sus ocupantes, y mucho menos de los que estuviesen sobre el techo. En ese momento dos figuras aparecieron en el lado opuesto del vagón, dos hombres vestidos de oscuro. Antes de que tuviese tiempo de esconderse su mirada se cruzó con la de ellos.

Se agachó tras la puerta, agarrada a la barandilla, buscando un sitio donde esconderse, pensando si debía retroceder, trepar al techo o ¿qué? En cualquier dirección estaría atrapada.

—¡Eh, tú! —oyó que la llamaban desde el interior, el ruido de botas militares aproximándose se hizo más fuerte.

Se incorporó, dispuesta a saltar para alejarse de los hombres. En ese momento la puerta se abrió y la sujetaron por el brazo. Se volvió dispuesta a pegar un puñetazo, patear y morder a quien fuese necesario. Su captor era un enorme hombre de pelo rapado y perilla, que sonrió al verla.

—Mira lo que hemos pescado...

Su compañero, más bajo y huesudo, miraba por encima de su hombro. Ninguno de los dos vio a William descender silenciosamente desde la abertura del techo. La dirección de su mirada la delató, pero para cuando el más cercano de los hombres se dio la vuelta, ya era tarde. Un golpe de candelabro le derribó al suelo. El que la tenía agarrada intentó echar mano de su pistola.

Con un firme pisotón, clavó su tacón en su pie, provocando que soltase un aullido de dolor y se distrajese tratando de apartarla. Esos segundos los aprovechó William, que estampó el candelabro contra su rostro. El mercenario cayó como un saco de patatas, quedando tendido junto a su compañero. Estela se libró de su mano inerte y respiró aliviada.

—¿Estás bien? —preguntó William, acercándose a ella.

—Tengo el brazo algo dolorido, nada más.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante? —preguntó él, frunciendo

el ceño—. Soldados, armas... si te hubiese pasado algo...

—También te podría haber pasado a ti, recuerda que he sido yo la que te he salvado —sonrió y negó con la cabeza—. No voy a dejar que Monique pase un segundo más con esta gente. Ya estamos muy cerca.

—Tenía que intentarlo —respondió él, correspondiendo a su sonrisa—. Vamos a buscar algo con lo que atarles.

Buscando entre las cajas encontraron lo que parecían unas pesadas cortinas de seda. Cogieron los cordones y ataron a los dos hombres con ellos, amordazándolos y arrastrándolos hasta un rincón, fuera de la vista. No sabían quién más podría llegar hasta allí, era mejor actuar con discreción.

William cogió las pistolas y la munición de los bolsillos de los mercenarios. Cargó una de ellas y se la entregó a Estela, que la sujetó en sus manos, sorprendida por su peso.

—Este es el seguro —le señaló una pequeña palanca en un lateral—. Quítalo solo cuando vayas a disparar. Sujeta con fuerza la pistola con ambas manos, la apuntas hacia tu objetivo y aprietas el gatillo con suavidad, no tires de él.

—¿Me dejas la tuya? —dijo ella, sintiéndose torpe con la voluminosa arma—. La pequeña, será más manejable para mí.

—Comparada con esta es casi un juguete... ¿estás segura?

—Sí, la prefiero.

Sacando la pequeña pistola plateada del bolsillo, se la entregó. Aquella le daba menos impresión, como si al usarla no fuese a herir o matar a nadie. Confiaba en no tener que hacerlo, al ver desenfundar al hombre se había dado cuenta de lo reales que se habían vuelto las cosas. No entrarían y saldrían con su amiga de la mano sin más. Habría que pelear por ella.

Avanzaron por el vagón, de nuevo a través de un estrecho pasillo creado por las voluminosas cajas que habían apilado a ambos lados. Sintió curiosidad por saber qué llevarían allí. Estaba segura de que si repasaba los robos a museos y colecciones privadas más importantes de la última década, hallaría la respuesta. Por lo que le había contado William, la banda de Katya había monopolizado el crimen en Europa durante años.

El camino estuvo despejado hasta el final. La puerta de separación era una

copia de las anteriores, se asomaron para ver y tuvieron que agacharse con rapidez. Había gente en el vagón de al lado. Permanecieron inmóviles unos segundos, pero no hubo ni gritos ni disparos esta vez. William se asomó un instante.

—Hay al menos dos hombres, se mueven de aquí para allá —dijo en voz baja cuando volvió a agacharse—. No estoy seguro, pero parece que hay alguien más, una persona sentada en el centro... podría ser tu amiga.

—¿Y qué hacemos? ¿Cómo les apartamos de ella?

—Lo del techo queda descartado, si ven que la trampilla se abre dispararán a la primera sin preguntar. Tampoco sabemos si están solos —el rostro de William se iluminó con una mirada maliciosa y sacó un mechero del bolsillo—. Tenemos que darles otra cosa de lo que preocuparse.

—¡No puedes quemar el vagón! —dijo ella, más preocupada por los cuadros que por su propia seguridad. Cualquier cosa a la que prendiese fuego sería una pérdida irreparable.

—No lo voy a hacer. Pero a ellos les va a parecer que sí.

Cediendo a sus peticiones de que tuviese confianza en él, le ayudó a sacar material de embalaje y algunos listones de madera de las cajas. Con ellos improvisaron una antorcha, lo bastante grande como para que su luz fuese vista desde el otro vagón. Tras encenderla, William la colocó contra el cristal. Las llamas lo ocupaban todo, dando la impresión de que se había declarado un incendio dentro. Esperaron escondidos, sin saber si alguno de los guardias estaría mirando en su dirección.

Varios gritos de advertencia y el batir de una puerta abriéndose les anunciaron que sí. Unos segundos después, fue su propia puerta la que fue zarandeada. William levantó el pestillo sin dejarse ver, sujetando aún la antorcha con una mano y alzando la pistola en la otra. Habían acordado que Estela se escondería un poco más lejos y que solo dispararía si no había más remedio. Su primera intención era dejar inconsciente a los guardias, o encañonar a uno y obligar al otro a tirar su arma.

La puerta se abrió de un empujón, la antorcha cayó al suelo, por suerte sin peligro. El mercenario entró, llevando un extintor, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. William le apuntó a la cabeza.

—Quieto. Suelta eso y levanta las manos —dijo con un tono amenazador muy convincente.

No habían contado con lo estrecho que era el espacio y lo cerca que tendrían que maniobrar. Tras unos primeros instantes de desconcierto, el hombre del extintor se giró con rapidez, intentando agarrar la mano que empuñaba la pistola. No lo logró, pero sí que la desvió lo suficiente como para poder enzarzarse en una pelea con William. Forcejearon, empujándose y golpeándose contra las paredes del vagón. Estela no tenía un tiro claro, y no se atrevía ni siquiera a hacer un disparo de advertencia.

El mercenario era más alto y musculoso, pero no ganaba en espíritu de lucha a su oponente. William consiguió retener el control del arma y le lanzó varios rodillazos a la entrepierna, que hicieron que se doblase. Con un tirón seco y un culatazo en la sien, el hombre cayó al fin. En ese momento sonó un disparo y una bala se incrustó en una caja de madera. El compañero del caído abría fuego desde el vagón contiguo.

Tirándose al suelo y parapetándose tras una esquina, William le hizo señas a Estela para que se ocultase. Agachó la cabeza tras unas cajas, pero no pudo evitar asomarse a mirar. Él devolvía el fuego apuntando cuidadosamente, con disparos precisos y espaciados, como un tirador olímpico. Escucharon un grito y después nada.

Esperó unos segundos. Al volver a mirar, el hombre yacía tirado en el suelo, agarrándose una pierna con gesto de dolor. Cruzaron hasta el otro vagón, agarrándose para resistir los bamboleos del tren al saltar de una plataforma a otra. William apartó el arma de la mano del hombre. La herida no parecía mortal, aunque sí dolorosa. Estela se agachó para vendársela, no podía dejarle allí de esa forma. La hemorragia se detuvo y el hombre dijo algo en un idioma que no entendió, pero que sonó a un agradecimiento. Le llevaron junto con sus compañeros, atándoles a todos al final del tren. Aunque gritasen, la distancia y el ruido de la marcha haría imposible que nadie les oyese.

Siguieron avanzando. El vagón era similar a los anteriores, mercancía apilada hasta el techo. Unos metros más adelante vieron lo que William había intuido antes, desde la puerta. Atada a una silla, en el centro de la única zona despejada, estaba Monique.

—¡Moni! ¿Estás bien? —dijo Estela corriendo hacia ella y agachándose a su lado. Su amiga alzó la cabeza, parecía aturdida, le costaba enfocar la vista y estaba amordazada.

—Deben haberla drogado, para que sea más manejable —dijo William—. Hay que hacer que beba agua, se despejará pronto.

A pesar de su confusión, Monique esbozó una sonrisa. Estela se abrazó a ella y tironeó de sus ataduras. William sacó una navaja plegable de su bolsillo y se la ofreció. Ella se preguntó cuántos recursos más guardaba bajo la manga.

—¿Dónde aprendiste a disparar? —le preguntó mientras cortaba los nudos y liberaba a su amiga.

—Hay que saber un poco de todo —respondió él, sin perder de vista el extremo opuesto del vagón, como si temiese que alguien fuese a aparecer en cualquier momento—. Me junté con malas compañías en el pasado.

—Al menos sacaste algo bueno...

—Yo no lo diría así. No me gusta usar armas ni herir a nadie, solo como último recurso —se volvió hacia Monique, que trataba de incorporarse apoyándose en Estela—. La mujer que estaba aquí, ¿sabes dónde se ha ido? ¿Había más guardias?

—Al... —a su amiga le costaba articular palabra—. Hacia allí. Eran muchos más.

Señalaba hacia el último de los vagones que quedaba del convoy de cuatro que habían salido de París. Si ella tenía razón, Katya debía estar en él, acompañada por más mercenarios.

—Es un milagro que no nos hayan descubierto ya —William meneó la cabeza con desaliento—. No creo que podamos pillar por sorpresa a los que queden con los mismos trucos que a estos.

—Ya tenemos a Monique, ¿no podemos esperar a que el tren frene y tirarnos? —preguntó Estela, sujetando a su amiga. El resto le importaba bastante menos ahora.

—Si hacemos eso nos cogerán rápido, no podemos huir de hombres armados y menos con ella así...

—¿Y soltar estos vagones y quedarnos atrás? Después podemos pedir a la policía que nos recoja.

William la miró con una sonrisa.

—Siempre tan ingeniosa. ¿Tienes cobertura? Intenta llamar a tu amigo Jean, dile lo que vamos a hacer. Yo voy a ver si es posible.

Se alejó hacia la parte delantera mientras ella sacaba su móvil y buscaba señal. Estaban cruzando una zona montañosa y la cobertura iba y venía. Intentó llamar varias veces, pero antes de que pudiese dar tono, el teléfono se quejaba amargamente. Bufando con frustración, comenzó a escribir un mensaje, explicando su situación. Pulsó el botón de enviar, sin saber muy bien si lo lograría en algún momento cercano. Pero al menos era algo.

—No he podido avisar —le dijo a William al verle regresar—. Solo un mensaje, pero no sé cuándo le llegará, o si llegará siquiera.

—No te preocupes —le dijo él—. He visto las conexiones de los vagones, debería poder cortar las mangueras y abrir el cierre, pero tendré que salir fuera.

—¿Has visto a Katya?

—A ella en concreto, no. Hay gente en el otro vagón, pero nadie mirando en esta dirección. No creo que se imaginen que alguien haya podido colarse.

—¿Podrás soltar el vagón sin que se enteren? —esa era la parte del plan que menos seguridad le daba.

—Creo que sí pero... me llevará tiempo. Tendrás que ayudarme.

Monique todavía no estaba en condiciones de echarles una mano, a pesar de que insistió en ello. La convencieron para que vigilase en la dirección por la que habían venido, por si los mercenarios que habían dejado atados lograban soltarse de alguna forma. Ella frunció el ceño como para indicar que no era una niña y sabía que le daban un trabajo menor, pero accedió. Si era capaz de poner ese gesto tan suyo, es que ya estaba mejor, pensó Estela.

La primera parte ya era arriesgada. Buscaron una barra larga de metal, algo que pudiesen encajar en la manija de la puerta del vagón de enfrente. Se decidieron por algo que parecía una espada ceremonial, que encontraron en un cajón junto con piezas de una armadura. Eso los retrasaría un poco, pero primero había que colocarla allí sin que les viesan. Para ganar tiempo, decidieron que lo haría Estela, mientras William se descolgaba entre los dos vagones y soltaba los enganches.

Abrieron la puerta de su lado despacio, atentos a cualquier movimiento extraño. Estela se agachó y se arrastró como pudo, pasando sobre la pasarela de metal, cargando con la espada. Temió que se le cayese, o golpear algo con ella y hacer saltar todas las alarmas. Pero no ocurrió y se quedó sentada, tomando aire. Vio a William bajar entre los dos vagones. Miró en su dirección un momento y cuando sus ojos se cruzaron le mandó palabras de ánimo moviendo los labios, sin emitir sonido. Él asintió, después sacó el cuchillo y lo clavó en la manguera más cercana.

Deslizó la espada a través de la manija, encajándola de forma que, si alguien trataba de abrir la puerta, quedase atascada con la barandilla de la plataforma. No sería una solución perfecta pero les daría unos minutos. Comenzó la ruta de regreso. Al saltar vio a William por debajo, atacando la siguiente manguera. Después solo quedaría abrir el enorme cierre metálico.

De regreso junto a Monique, se alegró al verla más despierta. Se dieron un abrazo y permanecieron agachadas, contemplando tan solo sombras. Él seguía luchando con los pernos de seguridad y los minutos se hicieron interminables. Se escuchó un chirrido y una pequeña sacudida. Todavía no lo había logrado pero el corazón se le aceleró. Quizá podrían terminar con aquella pesadilla pronto y regresar a casa.

Se oyeron gritos. En el vagón de enfrente un hombre apareció corriendo junto a la puerta, tiró de ella y le dio un empujón. Miró hacia abajo, sabía que algo estaba ocurriendo. Desde esa distancia y en la oscuridad solo se veía la silueta de William, pero era evidente que estaba ahí. Hubo más golpes y vio a otros hombres arremolinándose y sacando armas. El más cercano rompió el cristal de la ventana de un culatazo y trató de apuntar su pistola. Estela alzó entonces la suya y tomando aire, disparó.

El arma saltó entre sus manos, pero menos de lo que había esperado. El sonido no fue muy fuerte, pero el impacto resonó en el metal, suficiente como para que las miradas se volvieran en su dirección. Se escondió en una esquina, haciendo señas a Monique para que hiciese lo mismo.

Al volver a mirar, vieron que los hombres habían retrocedido, llevaban algo a modo de ariete con lo que embistieron la puerta. La plancha de metal comenzó a doblarse sobre sí misma, no aguantaría mucho más. Volvió a sacar

su pistola y disparó, en esta ocasión tres o cuatro tiros, en rápida sucesión. Los golpes cesaron por un momento. Después escuchó un chasquido y una ráfaga de ametralladora barrió la entrada del vagón. Trozos de madera de las cajas cercanas volaron en todas direcciones.

Tiradas en el suelo, Monique y ella trataron de no dar señales de vida para evitar más disparos. Esas balas atravesaban mucho más que las de su humilde pistolita. Los golpes en la puerta siguieron. ¿Qué habría sido de William? Estaba totalmente expuesto ahí fuera.

Con un último rechinar agónico, las bisagras cedieron y la espada se partió. Los mercenarios tiraron abajo los restos de la puerta a patadas. El primero, un hombre barbudo y de espaldas anchas, se asomó al hueco. Estela agarró su pistola, dispuesta a dispararle si se acercaba a ellas o hacía ademán de apuntar hacia William. En ese momento se produjo otra sacudida, más fuerte que la anterior, y con sonoro “clank” los vagones comenzaron a separarse. Los centímetros se hicieron metros, ampliando la distancia con rapidez. El hombre casi cayó al vacío, pero sus compañeros le sujetaron.

En esos preciosos segundos, Estela se asomó, buscando en la oscuridad. ¿Dónde estaba William? No quiso pensar que habría podido caer a las vías. De repente le vio, agarrado a los restos de una manguera solo con una mano. Estiró la suya, se descolgó tanto como pudo, alargando ambos brazos. Monique la atrapó por las piernas para darle unos centímetros más. Desde la lejanía varias armas empezaron a disparar. La ametralladora sonó de nuevo y las balas cayeron a su alrededor, pero el traqueteo del tren impidió que ninguna les diese. Al fin consiguió alcanzar a William, tomándole por la muñeca. Tiró con todas sus fuerzas. Tras unos instantes vio su rostro manchado de grasa surgir y otra mano tantear hasta dar con un saliente metálico. Impulsándose hacia arriba con un esfuerzo titánico, se desplomó junto a ellas, agotado.

Estela le abrazó, pero él respondió con una mueca de dolor. Metió la mano bajo su camisa, sacándola empapada de rojo.

—Espero que puedas hacer de enfermera también conmigo —dijo entre dientes, mientras se apoyaba contra la pared. En el suelo se formó un pequeño charco de sangre.

Buscaron algo con que vendarle con rapidez. En una de las cajas encontraron algo que parecía un vestido antiguo de seda, Estela lo rasgó en tiras sin ningún reparo, taponando la herida. Por suerte la bala no se había quedado dentro. Le habían alcanzado en el hombro izquierdo y aunque no podía levantar el brazo demasiado, tras observarlo con atención no parecía grave. Para cuando terminaron las curas, sus vagones ya se habían detenido. Las luces del tren de cabeza hacía varios minutos que se habían perdido en la oscuridad de las montañas.

—Espero que nos encuentren antes de que venga el siguiente... —dijo Monique.

Sacando su móvil, Estela comprobó el estado del mensaje. En teoría había salido, ojalá Jean mandase a alguien a buscarles, y pronto. Eso le hizo pensar en algo.

—Entonces... ¿cuando llegue la policía te entregarás? —le preguntó a William, sentándose en el suelo a su lado.

—Pero si nos ha ayudado —intervino Monique—. Eso tiene que contar.

—Estela tiene razón —respondió él, con gesto resignado—. Yo ayudé a planear el robo, aunque no lo llevase a cabo en persona soy igual de culpable que los demás.

—Testificaré a tu favor —dijo ella.

—Y yo también —añadió su amiga, decidida.

—Os lo agradezco. La policía francesa no tiene fama de benévola, pero quién sabe... —hizo una seña en dirección a los vagones repletos de tesoros incalculables con su sonrisa de zorro— si les devolvemos todo esto quizá cambien de idea.

13

Escucharon el helicóptero veinte minutos después de que los vagones se detuviesen. El ruido fue acompañado del brillo cegador de un foco, que recorrió las vías hasta dar con ellos. Después cayeron varias cuerdas a cierta distancia y hombres armados descendieron, como si se tratase de una película.

—¿Estela Darmon? —dijo el primero, cubierto con un pasamontañas y con las insignias de la policía en el brazo.

—Soy yo —respondió ella, levantando la mano, deslumbrada por las linternas de sus armas.

—El inspector Berthier le manda saludos. ¿Hay alguien más además de ustedes?

—Hay varios hombres atados en el último vagón. Aparte de eso nadie más.

Tras hacer un gesto a sus hombres, se alejaron en esa dirección. El último se detuvo frente a William, que tenía el rostro pálido y congestionado por el dolor, pero no se había quejado en ningún momento, y le pidió que le enseñase su herida.

—Avisaremos a una ambulancia. Vengan conmigo.

El policía ayudó a William a levantarse y le cargó sobre su hombro. Monique y Estela bajaron del tren con ellos y se dirigieron hacia el círculo de luz del foco del helicóptero. Las cuerdas del descenso seguían allí, pero también habían bajado una camilla. Parecía algo pequeña e insegura, el encapuchado se volvió hacia ellas como adivinando sus reticencias.

—La hemos usado muchas veces, no hay peligro —dijo mientras hacía que William se tendiese en ella, amarrándole con varias correas—. Le llevarán hasta el pueblo más cercano y de allí al hospital. Después el helicóptero

volverá a por ustedes.

Ambas asintieron, permaneciendo agachadas para evitar el remolino de aire de las aspas, que se hacía notar a pesar de estar a una decena de metros sobre ellas. William estiró una mano en dirección a Estela y ella cruzó la distancia hasta poder agarrarla. Él la estrechó con fuerza.

—Parece que tengo asiento de primera clase. Te esperaré, ¿vale? —le dijo sonriendo, estaba lívido por la pérdida de sangre pero no perdía su gesto algo burlón.

—Más te vale... —respondió ella, abrazándole para darle un beso.

—Señorita, el helicóptero tiene que salir ya... —dijo el policía, interrumpiéndoles.

—Franceses... —dijo William, poniendo gesto de fastidio.

El hombre ignoró sus palabras e hizo una seña hacia arriba. Estela soltó su mano cuando la camilla empezó a elevarse y a los pocos segundos el aparato había recogido el aparejo. Los tripulantes le aseguraron en un lateral y se alejaron surcando el cielo nocturno. Las luces de posición y el ruido desaparecieron al poco. Estela regresó junto a Monique, que la miraba con los ojos brillantes.

—¿Qué no me has contado? —le preguntó su amiga cuando se sentó junto a ella.

—Demasiadas cosas... —respondió ella, suspirando, pero con una sonrisa en los labios—. Pero de esto, ni yo misma sé qué pensar.

—Yo creo que lo sabes muy bien —rio Monique—. Pero bueno, no diré nada... parece un buen chico.

—¡Qué equivocada estás! Pero dentro de los malos, es de los mejores —replicó ella, contagiándose de su risa.

Se dio cuenta de que era la primera vez que se relajaba desde que había recibido la llamada de Katya anunciándole que su amiga estaba secuestrada. Su cuerpo empezaba a acusar el cansancio y estaba segura de que al día siguiente estaría llena de moratones de saltar, correr y agacharse. Hacía unos días no se habría imaginado que iban a dispararle, o que ella iba a tener que hacerlo. Tampoco se habría visto en esa situación tan remota, tratando de impedir la huida de un tren lleno de obras de arte. Casi parecía un milagro que

todo hubiese salido bien.

Respondió como pudo a las preguntas de Monique, tratando de ser totalmente sincera y soportando sus bufidos y su ceño fruncido cuando confesaba cuántas cosas le había ocultado desde que conoció a William. Algunas por vergüenza, otras no sabía muy bien por qué. Quizá por pudor o por no ser capaz de poner nombre ella misma a lo que estaba sintiendo.

—No lo vuelvas a hacer —le exigió ella, con gesto serio y tomándola de las manos.

—Prometido. Siento que te hayas visto involucrada... lo último que quería era que te arrastrasen a esto.

—No has sido tú, ha sido esa mujer... Espero que la cojan y le den su merecido.

Asintió, no sabía qué habría sido de Katya, pero la policía tenía los datos del tren y si todo iba bien, deberían interceptarlo en la siguiente parada. Aunque sospechaba que una delincuente internacional como ella sería demasiado inteligente como para esperar sentada a que les rodeasen.

El sonido de las palas de helicóptero volvió a escucharse cortando el aire tras lo que les pareció un lapso interminable. Para cuando llegó hasta donde estaban, el resto de policías ya habían regresado, arrastrando a los mercenarios que habían dejado atados, o haciéndolos caminar, aún medio aturcidos. Tras sentarlos en círculo, los agentes empezaron a hablar entre ellos rápidamente en francés. Monique trató de escucharles y después se lo contó en voz baja.

—Nosotras nos vamos primero. Después van a desviar una locomotora para llevarse los vagones.

—¿Se sabe algo del tren de Katya?

—Parece que todavía no —su amiga meneó la cabeza, compartiendo la misma frustración que ella.

—Señoritas, tienen que venir ahora —les dijo el mismo policía que había socorrido a William.

En el foco del helicóptero ahora había dos arneses, atados al mismo mecanismo que le había hecho ascender a él. Se miraron, tragando saliva, pero dejaron que las asegurasen con ellos. Agarradas de la mano, esperaron el

momento de subir, que se produjo tras un tirón de los cables. En menos de un minuto las izaron hasta la cabina. Allí las recibió un hombre de pelo rubio en el que no había pensado desde hacía un rato.

—¡Jean! —dijo Estela—. Me alegro de verte...

—Estela, ¿estás loca? —dijo el inspector, mirándola con enfado y alivio a partes iguales—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

Otro agente encapuchado y él tiraron del mecanismo hasta que tuvieron a Monique y ella dentro del helicóptero. Después repitieron la maniobra con dos de los detenidos. En cuanto estuvieron arriba, el aparato aceleró alejándose de la zona.

—No había más remedio. Tenían a Monique y no había tiempo —trató de explicarle ella—. No voy a disculparme por eso.

—Te entiendo, pero... —Jean la miró y al final su rostro se relajó— podría haberte ayudado. De todas formas me alegro de que las cosas hayan acabado bien. A pesar de ser una locura.

—Lo ha sido, ¿tendría que haberla visto! —dijo Monique, agarrándose de su brazo—. No la detenga, por favor.

—No pensaba hacerlo, en lo que a mí respecta sigue siendo solo una testigo, lo que haya hecho hasta ahora ha sido en defensa propia.

—Muchas gracias —dijo Estela, sinceramente aliviada—. ¿Y William? ¿Qué tal está?

—Bien, le he visto antes de salir. Según los enfermeros su herida no es grave, lo peor ha sido la pérdida de sangre. Se pondrá bien —clavó su mirada en Estela—. Respecto a lo demás... está bajo custodia, por supuesto.

—¿Por qué? —saltó su amiga—. Él también vino a rescatarme.

—Asociación con banda criminal, planificación de un robo... le tenemos en las cámaras, con el resto de implicados, de hecho es el primero al que hemos detenido. El fiscal no va a ceder en eso, aunque habrá atenuantes por haber colaborado.

—Él no es como los demás —intervino Estela—. No es justo.

—La ley es la ley, lo siento —respondió Jean, con un leve encogimiento de hombros—. No está en mi mano.

—Pues esa ley es una mierda —estalló Monique, cruzándose de brazos,

furiosa.

—¿Dónde está ingresado? Nos gustaría verle —preguntó ella, tratando de que su amiga se calmase.

—Le llevaban al hospital de la ciudad más cercana. A nosotros nos dejarán en un pueblo junto a la autopista y haremos el resto del camino en coche, no está lejos.

Cumpliendo el plan, el helicóptero sobrevoló las copas de los árboles hasta que tras cruzar un paso de montaña, vieron las luces de una ciudad. Se aproximaron con rapidez. La policía había improvisado una pista de aterrizaje en un aparcamiento, desplegando un círculo de luces rojas a modo de señalización. Descendieron en el centro, con precisión. Varios agentes llegaron para hacerse cargo de los detenidos y ayudarlas a bajar. En cuanto salieron del círculo, la aeronave se elevó de nuevo, regresando para buscar a los que todavía quedaban allí.

—¿Podemos ir ahora al hospital? —preguntó Estela.

—Primero me gustaría tomaros declaración —dijo Jean, con reticencia.

—Ya tendremos tiempo de eso después... ahora quiero ver a William, por favor.

—Está bien. Pero recuerda que es un delincuente y está detenido, hay un protocolo a seguir. Solo una visita rápida.

Sabiendo que era lo mejor que conseguirían, accedió. Las llevaron en un coche todoterreno con distintivos de la gendarmería. Los asientos eran más cómodos que los del helicóptero y no había tanto ruido, Monique se agarró a ella, no tardó en apoyar la cabeza en su hombro y quedarse dormida. Jean se volvió para observarlas desde el asiento delantero y habló en voz baja.

—¿Qué tal lo lleva?

—Ni siquiera parece que la hayan secuestrado —respondió Estela, acariciando la cabeza de su amiga—. Supongo que se dará cuenta en los próximos días.

—Suele pasar. La adrenalina nos hace soportar cosas increíbles.

—¿Se sabe algo del tren y de Katya? —había evitado preguntar directamente pero la incertidumbre era demasiado grande. No quería reconocerlo pero mientras aquella mujer estuviese libre no se sentiría del todo

segura.

—El tren hizo una parada, alguien tiró de la palanca de emergencia. Los maquinistas solo saben que varias personas se bajaron en medio de las montañas —Jean frunció el ceño—. Es un terreno boscoso, difícil, una zona fronteriza. Pueden salir por cualquier parte.

—¿Y el botín?

—Habrá que hacer inventario pero parece que no les dio tiempo a llevarse nada.

Eso al menos era algo bueno. Pero no compensaba el hecho de que Katya Kovacs hubiese huido, sabía que esas no serían las últimas noticias que tendrían de ella.

—Su descripción está en todas partes, acabaremos por atraparla.

—Eso espero...

El todoterreno se detuvo frente a la puerta de un pequeño hospital, probablemente el que se ocupaba de los casos de varios de los pueblos circundantes. Había varios coches de policía delante y hombres armados desplegándose por los alrededores. Las luces despertaron a Monique, que miró hacia fuera, confusa, desperezándose.

—Van a traer aquí a los detenidos —dijo Jean a modo de explicación.

Salieron del vehículo y se dirigieron a la recepción, donde había más policías aún entrando y saliendo. El lugar tenía el típico olor a desinfectante y medicamentos que tanto desagradaba a Estela. En el mostrador, una mujer le entregó a Jean la ficha de William, donde venía anotado el número de su habitación.

—Han terminado de operarle hace un rato, todo ha ido bien —les dijo, con tono tranquilizador.

—¿Podemos verle? —dijo ella con rapidez.

—Sí, puede que esté algo adormilado por la anestesia, pero pueden pasar. Solo unos minutos, necesita descansar.

Siguieron las indicaciones y subieron a la segunda planta. Caminaron por pasillos haciendo chirriar los zapatos en el linóleo. Algunos pacientes se asomaban para tratar de descubrir a qué venía tanto ajetreo. Tal y como había ordenado Jean, la puerta de la habitación de William estaba vigilada por dos

policías, que le saludaron al verle llegar.

—¿Alguna novedad? —preguntó, con un aire oficial que hizo que los hombres se cuadrasen y respondiesen formalmente.

—Le han subido del quirófano hace veinte minutos, señor. Desde entonces está durmiendo.

Estela sintió el impulso de abrir la puerta en ese mismo instante pero se contuvo y dejó que fuese Jean el que lo hiciese. Quizá le pareció correcto separar su papel de amigo del de policía, sobre todo delante de sus hombres. La impaciencia la reconcomía por dentro.

Cuando por fin empujó la manija, Monique y ella se asomaron con rapidez al interior. La habitación tenía dos camas, la más cercana estaba vacía. Caminaron hacia la más alejada, cerca de la ventana, William parecía dormido, tapado por una sábana, dándoles la espalda. Estela puso su mano sobre su hombro.

El ocupante de la cama se volvió. Era un hombre barbudo, de mediana edad, con el rostro surcado por arrugas. Obviamente, no era él.

Sin mediar palabra, Jean cogió su móvil y marcó un número. Abrió la puerta de la habitación e hizo una seña a los policías que custodiaban la entrada, para que mirasen al interior.

—Soy el inspector Jean Berthier —dijo con urgencia por teléfono—. Buscamos a un fugitivo, William Edward Frost. Moreno, un metro ochenta, ojos azules, visto por última vez en el hospital de...

Procedió a dar los datos completos del lugar, de los controles que debían poner y el número de efectivos destinados a la búsqueda. Los dos primeros en salir fueron los fallidos vigilantes, que mandó a revisar todas las habitaciones. Estela sabía que no estaría allí. Ni siquiera en las cercanías. Se preguntó si se lo habrían cruzado en algún momento al entrar, disfrazado. Internamente se alegró de que hubiese escapado, aunque sentía no haber podido despedirse. Monique contenía a duras penas la sonrisa también y para disimular hablaba con el hombre mayor de la cama.

—Dice que estaba en el pasillo esperando para que le hiciesen un escáner y alguien le puso en una camilla, le tapó y le dejó en otra habitación —le explicó después a Estela—. No le vio la cara, pero ya sabemos quién fue.

—Le perdieron de vista unos minutos después de la operación, pensaban que estaba aún inconsciente por la anestesia —dijo Jean, regresando junto a ellas—. Dio el cambiazo, cubrió a este hombre con las sábanas y el enfermero que le subió ni siquiera se fijó, solo vio sus papeles y supuso que era él. Voy a tener que liderar la búsqueda. Os llevarán a París y mañana quedaremos para tomaros declaración, si no os importa.

—Está bien, no hay problema —respondió ella, y Monique asintió. Ambas necesitaban volver a casa y descansar.

Casi amanecía cuando llegó a su piso. La llevaron dos agentes de policía, que insistieron en revisarlo por seguridad, aunque sabía que su misión era buscar cualquier pista sobre William. Por un instante había deseado verle una vez más en su terraza, pero sabía que Jean también lo habría pensado. No había ni rastro.

Habían dejado a Monique con sus padres, media hora antes. Había declinado su ofrecimiento de quedarse en su casa a dormir. Necesitaba estar sola y tratar de dar cierta normalidad a su vida, al menos en apariencia. Dormiría, después se daría una ducha y pensaría si iba a clase. Por razones obvias, su visita al museo Lemprière tendría que quedar aplazada indefinidamente.

Sola en su cuarto al fin, se sentó en la cama. Desde allí, con las persianas casi echadas, podía entrever a forma de su caballete. Incluso con tan poca luz, percibió algo extraño en los colores. Encendió una lámpara y la apuntó en su dirección, quedándose de piedra. Sobre el marco de su último trabajo, alguien había colocado el retrato robado. No la copia, el original. La última vez que lo había visto lo llevaba en su bandolera, así que William había tenido que estar allí. Había cumplido su promesa de entregárselo a ella. Apagó la luz y se tumbó en la cama. Aquella noche dormiría con muchos millones de euros al lado. Pero lo único que realmente le preocupaba era dónde estaría él.

Con las primeras luces de la mañana llamó a la policía para avisar de la aparición del cuadro. Como había supuesto, el primero en llegar fue Jean. Parecía haber dormido poco y su cara era todo lo opuesto a la alegría. Uno de

sus principales sospechosos había huido en sus narices. La aparición del retrato era un alivio, aunque menor. Tras él entraron varios técnicos forenses, que recogieron y embalaron el lienzo, procediendo después a buscar huellas, pelos, fibras, cualquier cosa que pudiese servirles para esclarecer quién había estado allí, cuándo, y lo más importante, dónde se encontraba ahora. Por sus caras de frustración ese no parecía ser el caso.

—Los agentes revisaron el piso cuando te trajeron, ¿el cuadro ya estaba aquí entonces? —preguntó Jean después de que se hubiesen marchado.

—Sí, pero me temo que tus hombres no son especialmente aficionados a la pintura —dijo Estela con una sonrisa—. Pensaron que era mi copia.

—¿No viste ni oíste nada? ¿No te dejó ningún mensaje?

Ella negó con la cabeza. Le habría gustado saber cómo estaba William y poder comunicarse con él de alguna forma, pero sabía que era demasiado arriesgado.

—Nada. Todo estaba como ves.

—Si William se pusiese en contacto contigo, ¿me lo dirías? —dijo él, después de caminar en torno a la habitación, estudiando cada rincón como si pudiese encontrarle escondido en ellos.

—Supongo que sí.

—¿Supones?

—Le salvó la vida a mi amiga, si me pidiese que guardase el secreto no sé qué haría —respondió ella, siendo tan sincera como pudo.

Jean guardó silencio, no supo decir si estaba decepcionado o si ya se imaginaba algo así. Caminó hacia la puerta de su cuarto, volviéndose con una expresión más seria y dura de lo habitual en su rostro.

—Confío en que hagas lo correcto. William puede ser tu amigo pero no deja de ser un delincuente, y como tal debe pagar por sus crímenes. Si se entrega intercederé por él ante el fiscal. Puede elegir entre eso o vivir siempre como un fugitivo. ¿Se lo dirás?

—Dudo que hable conmigo, pero sí, se lo diré.

—Gracias. Es su única salida.

—No creo que él piense lo mismo.

Los siguientes días transcurrieron a cámara lenta para Estela. Ni Monique ni ella querían resignarse a quedarse en casa, como si fuesen unas meras víctimas, y decidieron asistir al menos a las clases más importantes. Lo que había pasado no dejaba de volver a su mente, y el hecho de que se hubiese corrido la voz por la facultad no ayudaba a sobrellevarlo mejor. Sus compañeros no sabían con exactitud qué había ocurrido, pero especulaban y hablaban a sus espaldas. Lo que antes era cotidiano ahora parecía irreal: la cafetería, el olor de la pintura, las horas haciendo bocetos o pintando, tratar de concentrarse en la biblioteca.

Luego estaba la más que obvia vigilancia policial. Los agentes de paisano destacaban entre los estudiantes como si llevasen enormes letreros de neón. Habría resultado cómico si no resultase tan molesto que las siguiesen a todas partes.

Cuando ya empezaba a pensar que las cosas podían volver a su cauce recibió la llamada del subdirector Lemoigne. Subió hasta su despacho con aprensión, su última charla no había sido agradable y no esperaba algo mejor. No se equivocaba.

—Señorita Darmon, como recordará, hace unas semanas tratamos el tema de su beca... —comenzó el hombre, jugueteando con los papeles de su ficha.

—Sí, ¿hay algún problema? Sé que me he retrasado un poco con las entregas, pero lo he hablado con los profesores y han accedido a darme algo más de tiempo.

—Me temo que ellos no están autorizados para tomarse esas libertades —replicó él, rápidamente—. No podemos hacer excepciones, no importa el motivo. Todos los alumnos deben ceñirse a las mismas normas.

—Pero como sabrá, estos días ha habido... —trató de explicar ella, comenzando a sentir algo entre la furia y la frustración.

—No importa el motivo —la interrumpió con brusquedad el subdirector—. Ha incumplido su programa, se lo informo de antemano para que no se tome más molestias ni altere la rutina de sus profesores. Las posibilidades de que le concedan la beca son muy remotas, digamos que imposibles. No quiero engañarla. Será mejor que enfoque sus esfuerzos a lograr una plaza en otras instituciones más... flexibles. Es por su bien.

Estela abrió la boca para intentar hacerle entrar en razón pero entonces se dio cuenta de que sería inútil. Su decisión estaba tomada, probablemente ya lo estaba en la primera reunión que habían tenido. Aquellas esperanzas que le había dado solo eran una forma de mantenerla callada y evitar que montase un escándalo. En vez de echarla directamente le retiraban la beca y la dejaban perseguir el sueño imposible de renovarla. Solo que ahora se habían cansado de esperar.

—Alguien le ha dicho que se dé prisa, ¿verdad? —dijo, atando cabos de repente—. Quieren deshacerse de mí sin escándalos, por la puerta de atrás. Antes de que una persona importante de verdad, como un ministro o el presidente, les llame por teléfono y les diga que he ayudado a recuperar millones de euros en obras de arte y que mi caso es especial. Eso no les gusta, así que quieren dejarme claro que no soy bienvenida y que me vaya por mi propio pie de su facultad de niños ricos.

—Señorita Darmon, eso no...

—No se preocupe —dijo poniéndose en pie de repente, provocando que Lemoigne diese un respingo y retrocediese, asustado—. Ha logrado su objetivo, que me dé asco usted y todo lo que representa. Me alegraré de no ver su cara nunca más.

Cogió su expediente de la mesa y lo rompió por la mitad, haciéndolo pedazos y lanzándoselos al hombre. Después salió dando un portazo. Varios alumnos que esperaban fuera se sobresaltaron.

Cuando se serenó ya estaba de camino a su piso. Había dejado la facultad sin mirar atrás, perdiéndose en las calles de París y tratando de ordenar sus ideas. Qué ilusa había sido al pensar que no usarían ninguna trampa en su contra. Al fin y al cabo, ellos eran los que mandaban. Lo controlaban todo, ¿por qué no su futuro? Inconscientemente sus pasos la habían llevado hacia las avenidas más familiares, la ruta que conocía mejor. Estaba bien. Descansaría tirada en la cama toda la tarde y después pensaría qué hacer.

Se arrepintió de no haberse despedido al menos del profesor Parmentier. Se había tomado un interés personal con ella y sentía decepcionarle. Estaba segura de que tendría más que palabras con la dirección, pero poco podía

hacer él. Sabía que había poderes que escapaban a su control manejando los hilos. Todo por el capricho de un niño, como siempre, con demasiado dinero y tiempo libre. Porque estaba segura de que era Ryan, a través de su padre, el que lo había orquestado todo. Ahora ya no servía de nada lamentarse. Tampoco se arrepentía, si volviese al pasado no cambiaría nada de su relación. Salir con él le había servido para aprender a ser menos inocente. Respecto a su carrera, si la facultad se dejaba manipular de esa forma para favorecer a unos y a otros, no era un lugar donde desease continuar sus estudios.

Pensó cómo contárselo a Monique, era por ella por quien más lo sentía. Se lo tomaría fatal, ya le había dicho en más de una ocasión que si seguía en la carrera era por ella. No quería que renunciase por su culpa, pero tampoco había una solución fácil. Lo que sí que tenía claro era que no deseaba volver a su casa, quizá encontrase otra manera de continuar sus estudios en París, trabajando para pagarse clases particulares. No sería la primera persona que lo hacía.

Mientras cruzaba uno de los numerosos jardines que salpicaban la ciudad, esquivando a los turistas que se detenían para tomarse fotos, alguien la tomó del brazo con familiaridad, como si se tratase de un viejo conocido. Al volverse, con sorpresa, vio la sonrisa de William, que la miró y le guiñó un ojo desde detrás de unas gafas de sol. Además de eso vestía una chaqueta clara, llevaba una bufanda que le cubría casi hasta la nariz y se había cambiado el corte de pelo. La barba de unos días completaba su transformación. Desde cierta distancia no le habría reconocido.

—¿Me permite que la acompañe, señorita? —le dijo con tono burlón, adaptándose a su paso.

—¡William! Pero... dios, te odio tanto. ¿Cómo pudiste marcharte así? —le dijo tras el primer momento de confusión—. ¿Y a qué has venido? Toda la policía te está buscando.

—Lo sé, pero quería verte —contestó él, con sencillez—. Siento haber hecho que te preocupases.

—Eres... ¿Cómo estás? ¿A quién se le ocurre huir justo después de una operación? —la alegría de verle y su preocupación por él le provocaban

sensaciones contradictorias—. ¡Podías haber muerto!

—No podía dejar que me encerrasen, aquí son muy aficionados a tirar la llave, cuando se trata de gente como yo.

Caminaron como si fuesen una pareja normal, dirigiéndose a una zona apartada, con altos setos y un pequeño estanque con patos, a salvo de las miradas más curiosas. William entrelazó sus dedos con los de ella, no sabía si para completar la ilusión de que estaban juntos. En cualquier caso, provocó que se ruborizase intensamente. Pero no le soltó.

—El inspector Berthier dijo que intercedería por ti si te entregabas —le dijo después de unos instantes—. Ayudaste a recuperar lo robado, ha sido portada en los periódicos...

—No es tan sencillo. Si me detienen investigarán todo lo que he hecho estos últimos años, no van a dejar pasar la oportunidad —meneó la cabeza—. Mi firma está en demasiados “trabajos” en Francia y por toda Europa. Querrán que responda por todo.

—Así que es cierto que has sido un ladrón todo este tiempo...

—Y de los mejores. Pero solo robaba a quien se lo merecía, ya lo sabes. La mayor parte de lo que consigo lo reparto, quizá sea para garantizarme buen karma al final —sonrió—. Por ahora ha funcionado.

—¿Te parece buen karma que intente capturarte toda la policía de Francia y gran parte del extranjero?

—Ha merecido la pena porque te he conocido a ti —le dijo mirándola a los ojos, y esta vez su sonrisa era abierta y sincera, sin dobles sentidos.

—Qué tonto eres... —respondió ella, sonrojándose de nuevo pero sonriendo también—. ¿Pero qué vas a hacer ahora? No puedes quedarte.

—No puedo, por eso he venido a hacerte una propuesta.

La guió hasta uno de los bancos, bajo una frondosa higuera que les ocultaba casi por completo. No había nadie más en las cercanías, solo niños correteando de un lado a otro. A pesar de todo bajó la voz, como si desease una especial intimidad.

—Quiero que vengas conmigo. Sé que es muy precipitado y que tienes tu propia vida, pero lo he pensado mucho estos días, antes incluso del robo —los ojos le brillaban mientras hablaba, con pasión y seguridad—. Prefería dejarlo

todo antes que perderte a ti. O decepcionarte. Me gustaba cómo me mirabas cuando creías que era otra persona. Y así quiero ser para ti.

Estela se quedó boquiabierta y apretó sus manos con las suyas, tragando saliva.

—No puedes pedirme esto... ¿Cómo vamos a vivir? ¿Y dónde? Seremos fugitivos siempre —se dio cuenta de que sus objeciones sonaban muy débiles.

—Podemos ir donde queramos, tengo algo de dinero. Ya pensaremos en qué trabajamos. No quiero que dejes de pintar —dijo él, tan seguro... la estaba desarmando con rapidez—. No me digas que prefieres quedarte aquí con esa gente, en la facultad.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, no es un secreto. Parmentier me lo ha contado, lleva peleando contra ellos desde hace semanas, por ti.

—Es un tesoro ese hombre...

—Lo es. Allí no te merecen, Estela. Puedes ser una artista excepcional, no les necesitas.

—¿Y quién va a darme clase? ¿Tú? —la idea no la desagradaba, en el fondo.

—Podemos viajar a Italia y estar una temporada en Florencia. Estudiarás con quien tú quieras.

Suspiró imaginando la vida que le estaba ofreciendo y lo que tendría que sacrificar a cambio. No sabía si podría volver a ver a su familia o a sus amigos. A Monique. Tendría que dejar todo atrás, cambiar de nombre, ser otra persona. ¿Pero realmente le dolería tanto? ¿Quién era ahora? Solo una estudiante con sueños, atrapada por las normas de otros, que conspiraban para entorpecer y ahogar sus sueños...

—De acuerdo —dijo con una enorme sonrisa, sintiendo que se liberaba de un gran peso—. Sí, me iré contigo.

—¿Estás segura? —William se contagió de su sonrisa.

—Con una condición, no quiero perder a Monique. ¿Podré seguir en contacto con ella?

—Vendremos a verla siempre que tú quieras. No te preocupes.

—Entonces, vámonos. Vámonos cuanto antes —le abrazó y se miraron,

sonriendo, antes de fundirse en un beso apasionado. Le estrechó entre sus brazos mientras sus bocas se buscaban y sus labios se resistían a separarse, ya no quería perderle más, necesitaba agotar cada segundo a su lado.

Se quedaron unos minutos más allí, él jugueteando con sus dedos en la palma de su mano, robándole un beso de vez en cuando. Era un instante de felicidad tan pleno que parecían demorar el momento de romperlo. En algún momento tendrían que ponerse en marcha, sin embargo.

—¿Y ahora...? —preguntó ella, con curiosidad.

—Tengo una barca esperando en el Sena, es de un amigo. Nos sacará de París más rápido que por tierra —respondió él, poniéndose en pie y ofreciéndole su mano para que la cogiese y le imitase.

Caminaron saliendo de los jardines, encontrándose con más parejas, niños y visitantes hablando en todos los idiomas del mundo. Estela les prestaba ahora poca atención, con su mente funcionando a toda velocidad. ¿Se marcharían ya? ¿Tendría tiempo de una última despedida?

—William Edward Frost —dijo una voz que le hizo alzar la mirada—. Queda usted detenido, acusado de pertenencia a banda criminal, conspiración para cometer un robo...

Era Jean, plantado en la entrada del parque, con dos policías a cada lado. Sin mirar, Estela supo que otros tantos les habrían rodeado, cortándoles en paso en todas direcciones. La sencillez del plan del inspector la asaltó de repente.

—¿Me has estado siguiendo? —preguntó, indignada—. No tenías derecho.

—Lo siento, Estela. Pero sabía que él vendría a verte antes o después —respondió Jean, quizá ligeramente avergonzado pero firme en su deber. No se arrepentía.

—Está mal y lo sabes.

Pensó en las horas que había pasado vagando por la ciudad, frustrada, al borde de las lágrimas, furiosa. Todo eso, tan personal para ella, al parecer había ocurrido con los policías como testigos. Si hubiese podido le habría abofeteado.

—Inspector, se toma demasiadas molestias —dijo William, en apariencia indiferente ante su inminente captura—. Yo no soy el verdadero cerebro

criminal.

—Pero eres el primer paso para llegar hasta Kovacs. Lo siento.

—Yo lo siento más. Por provocar otra mancha en su currículum.

En ese momento, un enorme montón de globos, soltados por un vendedor que se encontraba al otro lado del parque, se cruzó frente a ellos. Cuando el policía más cercano hizo ademán de apartarlos, estallaron en cadena, llenando la zona con confeti y una espesa humareda blanca. El producto químico se dispersó invadiéndolo todo. Era imposible ver nada a más de un metro de distancia. La confusión fue total. Varios hombres vestidos de forma similar a William aparecieron de repente de la nada, entrando en el círculo de policías y haciendo más difícil todavía identificarle. Estela sintió cómo la tomaban de la mano y la sacaban de allí con rapidez.

—¡Detenedles a todos! —escuchó gritar a Jean, desesperado por no haber previsto la artimaña.

Al salir del humo vio que quien la llevaba era William, por un instante había temido que se tratase de uno de sus dobles y que él volviese a desaparecer. Corrieron acercándose a la verja de salida, cruzando la carretera sin mirar.

—¡Allí! ¡Seguidles, vamos!

Los policías estaban muy cerca, azuzados por su inspector. Al otro lado de la calle vieron un furgoneta con el lateral abierto. Saltaron dentro y la puerta corredera se cerró, Estela esperaba que arrancasen, pero para su sorpresa en ese mismo instante se abrió el lado opuesto y William la sacó casi en volandas. Cruzaron la acera y el dueño de una tienda les hizo pasar, señalándoles el fondo del local. Para entonces la furgoneta había acelerado haciendo rechinar las ruedas y los agentes de policía, engañados por su truco digno de un trillero, salieron en su persecución. Para cuando le diesen alcance y descubriesen que no estaban dentro, habrían ganado unos minutos preciosos.

Salieron por la puerta trasera y redujeron el paso, caminando una vez más con la tranquilidad de una pareja corriente. Aunque eran de todo menos eso.

—¿Al Sena? —preguntó ella, mirando a William.

—Sí, será lo mejor. Tu amigo no tardará en averiguar que le hemos dado el cambiazo.

—Me habría gustado despedirme de Monique... —sintió una punzada de dolor en el corazón. Ojalá su amiga lo entendiese.

—Mándale un mensaje y dile que esté en esta dirección en un cuarto de hora —dijo él, mostrándole el mapa en el móvil—. No podréis deciros mucho pero al menos os veréis.

Era un punto en el que el río hacía un recodo, forzando a los barcos a disminuir su velocidad. Pasarían bajo un puente, antes de acelerar de nuevo. Rezó para que Monique viese el mensaje y pudiese estar allí.

La línea inconfundible del Sena quedó al fin a la vista, al final de la avenida. Ya estaban muy cerca. Apretaron el paso, sonriendo un instante, mirándose. Era la primera etapa hacia su nueva vida. Contuvieron el impulso de echar a correr. Al llegar a la ribera bajaron en dirección sur.

—La barca está muy cerca, mira —dijo William, señalando un punto blanco, un centenar de metros más abajo.

La distancia se fue reduciendo y pudieron verla mejor. Era pequeña y estilizada, pintada de color blanco y azul, con un motor grande para su tamaño, o eso le pareció a Estela. Estaba amarrada a unas anillas de metal en la pared. Una escalera de piedra terminaba junto a ella, en un improvisado embarcadero.

—¡Frost! —gritó alguien, no se volvieron, no fue necesario. Sabían quién era.

—Salta y agáchate, no mires atrás —le dijo William.

Bajó las escaleras tan rápido como pudo y saltó a la motora, escondiéndose. Él la siguió, cortando las amarras y arrancando con tranquila precisión, como si nadie les persiguiese. El motor se encendió y la quilla de la barca cortó el agua, alejándose hacia el centro del río. Al mirar hacia arriba vio a Jean, llevaba la pistola en la mano y les observaba alejarse. Resignado, no levantó el arma ni hizo ademán de apuntarles. No dispararía a nadie que no supusiese una amenaza, mucho menos a ellos. Su figura se fue empequeñeciendo hasta desaparecer.

Unos minutos más tarde alcanzaron el puente donde había quedado con Monique. Vio a su amiga agitando la mano, desde lo alto, entre sorprendida y contenta de verla. Su padre debía haberla llevado hasta allí haciendo una

proeza imposible a través del tráfico. No podían parar, pero cuando estuvieron lo bastante cerca como para que pudiese escucharla, le gritó.

—¡Vendré a verte!

—¡Más te vale, o iré a buscarte yo! —respondió ella, y le pareció que tenía lágrimas en los ojos.

Ella misma sintió cómo se le humedecían los suyos, alzó su mano y le dijo adiós, el puente quedó a su espalda y siguieron por la lámina de agua, saliendo de la ciudad. No sabía cuándo podría volver, pero estaba convencida de que lo haría. Era una promesa.

Epílogo

El pueblo tenía una tonalidad rojiza, terrosa, visto en la distancia. Desde la avejentada piedra y el ladrillo de sus paredes hasta los tejados, que en algún momento debieron brillar al sol, todo parecía sacado de otra época, como rescatado de la Edad Media y colocado entre aquellos campos dorados y verdes. Llevaban ya seis meses allí pero todavía seguía maravillándole su belleza y tranquilidad. Dio otra pincelada, realzando el intenso azul del cielo. El cuadro estaba casi terminado.

William no llegaría hasta más tarde, así que tenía tiempo aún para recoger sus cosas y bajar a la coqueta casa que les habían cedido. Ser el único restaurador en muchos kilómetros a la redonda tenía sus ventajas. El otro motivo de que estuviesen allí, además de la impresionante colección de códices anatómicos del monasterio, era poder visitar a uno de los mejores pintores vivos que Estela había conocido, Salvatore Domenico. La había tomado como alumna, y sumado al resto de clases que había dado en el último año, se sentía satisfecha. No echaba en falta la universidad en absoluto. Y se notaba en sus lienzos.

Al cruzar la plaza mayor, los hombres sentados en los bancos de piedra bajo una frondosa parra, la saludaron con una inclinación de cabeza. En un lugar como aquel, los recién llegados eran toda una novedad y lo seguían siendo a pesar del tiempo que había pasado. Las primeras semanas habían tenido un desfile de visitantes llamando a su puerta, desde el alcalde, la doctora y el sacerdote local hasta simples vecinos que querían saludarles. Había perdido la cuenta de las cenas a las que habían sido invitados y de la cantidad de platos caseros de la deliciosa comida local que había probado.

Abrió la puerta con una pesada llave negra. También tenía una cerradura

convencional, pero nunca la usaba, prefería el aire antiguo que daba aquella pieza de metal labrado. En realidad no era necesario cerrar ninguna de las dos, aquel era un pueblo muy tranquilo, pero sus últimas experiencias le habían inculcado un poso de desconfianza del que sería difícil librarse. Dejó sus cosas junto a la entrada y subió a la segunda planta a darse una ducha.

Cuando salió, envuelta en una toalla, escuchó ruidos en la parte de abajo.

—Dime que eres tú... —dijo asomándose al hueco de la escalera.

—Soy yo —respondió la familiar voz de William—. ¿Estás lista?

—Dame unos minutos.

Terminó de secarse y arreglarse, su nerviosismo iba aumentando a cada minuto que pasaba, pero tomó aire, se miró en el espejo, alisando las arrugas sueltas que habían aparecido en su vestido, blanco y floreado, y sonrió.

—Estás preciosa —le dijo William, tomándola por la cintura en cuanto descendió por la escalera. La besó con ternura.

—Gracias. Me matan los nervios —confesó.

—No te preocupes, está todo arreglado. Es hora de irnos.

Como una concesión más a la vida italiana, habían alquilado un pequeño Fiat de color verde aguamarina. A Estela le encantaba conducirlo los fines de semana cuando salían a explorar otros pueblos. Allí nunca se terminaban las oportunidades de ver parajes idílicos o construcciones centenarias. A pesar de su experiencia al volante, sus manos le temblaron ligeramente mientras tomaban el camino de Florencia. Por suerte no tendrían que pasar por el centro de la ciudad, solía estar tan concurrido que el tráfico se volvía una pesadilla. Tomando un desvío, giró en dirección al aeropuerto.

—Cuando estás tan callada es que no dejas de pensar. Esa cabecita te va a echar humo —dijo William, tratando de distraerla y sacarle una sonrisa.

—Perdona, es que aún no me lo creo —respondió ella, esbozando una sonrisa—. ¿Ha sido muy difícil?

—Un amigo con uniforme de la policía les retuvo en Roma hasta que perdieron el avión. Después una empleada de su compañía se acercó y les ofreció un vuelo alternativo... en realidad se trataba de otra amiga mía —explicó con malicia, sabía que adoraba hacer aquel tipo de planes enrevesados—. Llegarán dentro de veinte minutos, creyendo que deben hacer

un transbordo. Espero que no se enfaden por estropearles las vacaciones.

—Yo también lo espero. ¿Crees que aun así les habrá seguido?

—Si alguien lo logra después de esto, merece un premio.

Mirando el reloj, buscó un sitio donde aparcar, evitando el parking del aeropuerto. En cuanto encontró un hueco en una de las calles adyacentes, estacionó y salió cogiendo a William de la mano, casi arrastrándole. No quería llegar tarde. Él se dejó llevar, sabiendo que no había posibilidad de luchar contra ella y su impaciencia. Le hacía feliz verla tan entusiasmada, a pesar de los nervios.

La terminal era más pequeña de lo que esperaba para una ciudad con tanta afluencia de turistas, pero se dijo a sí misma que así sería más fácil localizar a quien andaban buscando. Repasó el panel de llegadas, ¿habrían aterrizado ya? ¿Dónde estarían? William le tocó el brazo, dirigiendo su mirada hacia un grupo de tres personas.

Monique y sus padres caminaban por la terminal, arrastrando sus maletas. Parecían confusos, y no era para menos porque debían estar buscando un vuelo que ni siquiera existía. A Estela le habría gustado avisarles del plan, pero su intención era despistar a la policía o a cualquiera que quisiese usarles como medio para encontrarles, así que habían tenido que montarlo todo a sus espaldas. El momento perfecto había sido aquel, un viaje de vacaciones a Grecia que había acabado conduciéndoles de rebote hasta ellos.

Estela se quedó casi paralizada, con una sonrisa enorme en los labios. La familia Gillard siguió ignorante de su presencia hasta que Monique cruzó la vista con ella y soltó la maleta, llevándose las manos a la cara para taparse la boca y contener un grito. Los ojos se le llenaron de lágrimas y corrieron la una hacia la otra. Se fundieron en un abrazo, tan intenso que casi cayeron al suelo.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Qué haces aquí? ¡Qué morena estás! Y mira tu pelo... —dijo su amiga entre sollozos, mirándola como si no se o creyese.

—Ya sabes, vida nueva —había tenido que cambiar un poco su apariencia, por seguridad. Le había costado renunciar a su melena, pero ahora le gustaba.

—¡Estela! —exclamaron casi al unísono los padres de Monique, tan sorprendidos de verla allí como su hija, pero igual de felices.

Les incorporaron a su abrazo y durante unos minutos solo tuvieron

cumplidos para sus respectivos cambios de estilo, su vestido de verano, el nuevo color de pelo de Monique, unas llamativas mechas de color turquesa. William les observaba unos pasos más atrás, disfrutando de su reencuentro.

—Tú debes ser el famoso William, nos han contado muchas cosas de vuestra... aventura —dijo el señor Gillard, tendiéndole la mano—. Me llamo Bruno.

—Encantado —respondió él, estrechándola y sonriendo—. Les prometo que puedo explicarlo todo.

Todos rieron y se encaminaron hacia la salida, Monique y ella agarrándose por el brazo y poniéndose al día, los Gillard charlando animadamente con William, sin que pareciese importarles su fama de ladrón internacional y fugitivo de la justicia. Estela se sintió plenamente feliz.

El inspector Berthier entró en la casa del pequeño pueblecito de la Toscana. Le habían hablado de la pareja que había vivido allí durante seis meses. El restaurador que había hecho un trabajo tan bueno con los códices del monasterio local que había recibido una mención del propio arzobispo. La joven pintora que subía a los viñedos cercanos con sus lienzos, o retrataba a los aldeanos al carboncillo. Ya no quedaba nada suyo allí, pero habían dejado un bonito recuerdo en la mente de todos.

Rastrear los movimientos de los Gillard había sido la clave para dar con aquel escondite. Todo había sido normal hasta sus vacaciones en Grecia, cuando el equipo de vigilancia les había perdido durante casi un día entero. La explicación oficial había sido que habían tenido problemas con el vuelo directo y habían hecho una escala en Florencia, saliendo al día siguiente. Todo muy normal, hasta que decidió comprobar la ubicación de sus teléfonos móviles durante esas horas. Así había descubierto su paseo por la campiña y aquel pueblo. No había hecho falta más.

Las habitaciones estaban vacías, solo había muebles desnudos, tanto en la planta baja como en el primer piso. Los policías peinaron cada rincón, buscando huellas y cualquier pista que confirmase que habían sido Estela y Frost los que habían estado allí. Él ya lo sabía.

Con una súbita inspiración se dirigió a la escalera del desván. Era

estrecha, de madera. Aquel lugar había sido pensado más para almacenar los excedentes de las cosechas que para ser habitado. Aun así cuando levantó la trampilla vio que su instinto no le había engañado. Alguien había colocado una mesa de trabajo y un tablero de corcho. Ahora ambos estaban vacíos, salvo por un recorte de periódico, clavado con una chincheta en el centro.

Se puso unos guantes para cogerlo. Estaba en italiano pero no le resultó difícil entender lo que decía. Una banda de ladrones desconocida había asaltado un museo en San Petersburgo, llevándose varios huevos de Fabergé de la colección estatal. Por fortuna la gran mayoría se habían salvado debido a que estaban en préstamo en una exposición itinerante por toda Europa, que actualmente podía visitarse en Viena. Las autoridades habían decidido extremar las medidas de seguridad, en previsión de nuevos intentos de robo.

No estaba seguro de si aquello era una advertencia o un desafío. Quizá una invitación. Si era eso lo que querían, de acuerdo, así sería. Se verían en Viena. Y esta vez les atraparía a todos.

A.C. McALLISTER, vive en Barcelona y compagina su trabajo de periodista con la escritura. Desde que publicó su primer relato en la revista de su instituto, supo que aquello era a lo que quería dedicarse.